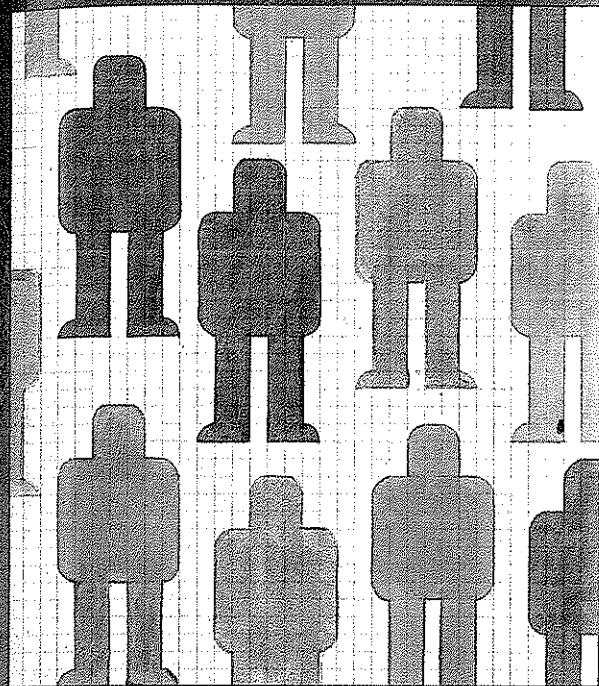




En los últimos dos siglos la geografía ha mantenido relaciones con la mayor parte de las ciencias sociales. Dichas relaciones han sido particularmente intensas con la antropología, con la sociología, con la economía, con la historia y con la pedagogía. Más recientemente, el desarrollo de la geografía de la percepción ha obligado también a los geógrafos a volverse hacia el campo de la psicología, para comprender la formación de las imágenes espaciales que influyen en el comportamiento geográfico de los grupos humanos. En este libro se dedica atención a las relaciones entre la geografía humana y algunas de estas disciplinas sociales, concretamente la antropología, la sociología y la economía. El análisis es esencialmente histórico y muestra el carácter cambiante de estas relaciones, así como la influencia que en ellas han ejercido los intereses corporativos y las estrategias desplegadas por los miembros de las comunidades científicas afectadas.

MONTESINOS / Biblioteca de Divulgación Temática



HORACIO CAPEL  
**GEOGRAFIA HUMANA  
Y CIENCIAS SOCIALES**  
una perspectiva  
histórica

Horacio Capel

GEOGRAFIA HUMANA  
Y CIENCIAS SOCIALES

Horacio Capel

**GEOGRAFIA HUMANA  
Y CIENCIAS SOCIALES**  
Una perspectiva histórica

**MONTESINOS**

©Horacio Capel 1984  
Edición propiedad de Montesinos Editor, S.A. 1987  
c/. Maignón, 26-08024 Barcelona  
Diseño cubierta: Julio Vivas  
ISBN: 84-7639-007-0  
Depósito legal: B-10016-87  
Imprime: Cronión, S.A. Barcelona  
Impreso en España  
*Printed in Spain*



# I. El nacimiento de la geografía humana

## 1. *La geografía como ciencia histórica y matemática*

Como aspiración a un conocimiento general y sistemático la geografía humana ha tenido un desarrollo relativamente tardío. Pero en la descripción geográfica de la Tierra, el hombre ha estado siempre presente, de una manera o de otra.

A lo largo de la historia, la geografía ha tenido un carácter singular como ciencia orientada, a la vez, hacia las ciencias físico-matemáticas y hacia las ciencias históricas. En efecto, la geografía era una parte de la cosmografía que se dedicaba al estudio matemático de la Tierra y a la investigación de su estructura física. En la línea de la tradición de Eratóstenes, de Hiparco y de Ptolomeo, el holandés Bernhard Varenius definió en 1650 a la geografía como «una ciencia matemática mixta que explica las propiedades de la Tierra y de sus partes relativas a la cantidad, esto es, la figura, situación, dimensiones, movimientos, fenómenos celestes y otras propiedades similares».

Pero al mismo tiempo, en su dimensión corográfica, la geografía era también una ciencia histórica, en el sentido que tenía esta expresión hasta el Renacimiento, es decir, como informe descriptivo resultante de la observación y la encuesta. Por ello cuando a partir del *Panepistemon* de Poliziano (1491) se realizaron las primeras clasificaciones de las ciencias, los clasificadores vacilaron a la hora de incluir a la geografía en

uno o en otro grupo. Mientras que unos, como Hobbes (1651) la consideraron entre las ciencias de la razón y dentro del grupo de las disciplinas matemáticas, otros como Bacon (1623) la incluyeron entre las ciencias de la memoria, en el grupo de ciencias históricas, que incluía la historia natural y la historia civil.

Hasta el siglo XVII los geógrafos trataban de las cosas humanas dentro de la parte corográfica, y más raramente en la parte general. Una buena prueba de ello lo constituye la *Geographia Generalis* (1650) de Varenius, que es un tratado de geografía astronómica y física en la que el hombre está totalmente ausente, y en donde, incluso, se afirma explícitamente que los aspectos humanos «pertenecen con menos rigor a la geografía».

A pesar de ello, desde las descripciones geográficas de Herodoto o Estrabón los geógrafos habían extendido siempre sus descripciones corográficas no sólo a las características físicas de los territorios, sino también a los grupos humanos que los habitaban. Este carácter descriptivo, ó «histórico», de la geografía se afirmó a lo largo del siglo XVIII y primera mitad del XIX, período durante el cual la geografía se fue identificando de forma creciente con la descripción enciclopédica de países, a la vez que disminuía su relación con las matemáticas. El desarrollo de ciencias especializadas de la tierra (geodesia, geología, etc.) explican este creciente divorcio entre la geografía y las disciplinas fisico-matemáticas, que, desde luego, no llegó a ser nunca total.

## 2. El tardío desarrollo de la geografía humana

La posibilidad de una geografía general de las sociedades humanas empezó a vislumbrarse en el siglo XVII. En los manuales de geografía de esa centuria empezó a usarse la expresión *geografía política o civil*, que algunos autores, como por ejemplo Guillaume Sanson de Abbeville incluían dentro de la

*geografía histórica*. En la segunda edición de su *Introduction à la Géographie* (1690) aparece ya una división tripartita de la geografía que los autores repetirían una y otra vez: geografía astronómica, «que explica la correspondencia del Globo Terrestre con la Esfera»; geografía natural, «que da las divisiones de todas las partes de la Tierra y el Agua»; y geografía histórica, «que considera la Tierra por los Estados Soberanos, por la extensión de las Religiones, por la extensión de las Principales Lenguas, por las diferentes Especies y Razas de Hombres, por sus Colores, y por la Forma exterior del Cuerpo». Con algunas pequeñas variantes en la terminología (astronómica, física y política) ésta fue la división que se usaría ampliamente durante el siglo XVIII y que perduraría luego todavía largo tiempo en los manuales escolares.

En esta geografía política o civil se incluía muchas veces la descripción corográfica de países y regiones, con los rasgos principales de los diferentes pueblos. Pero otros autores la consideraron como una parte de la geografía general y se dedicaron en ella a reflexiones —generalmente breves— sobre las razas y sus variedades, la población y su distribución, la adaptación a los diversos climas, la religión, las formas de gobierno, las características de los pueblos salvajes, bárbaros y civilizados, o los rasgos básicos de la actividad comercial. Éstos son, por ejemplo, los temas que aparecen en las *Lecciones de Geografía Astronómica, Natural y Política* (1804-1806), escrita por el gran geógrafo español Isidoro de Antillón.

La relación de la geografía con la historia se hizo muy intensa durante el siglo XVIII. La geografía contribuía a la realización de una historia crítica, ayudando a identificar los topónimos antiguos y a conocer el teatro de los acontecimientos humanos. La aspiración a una historia de la humanidad que explicara el devenir de los pueblos exigía necesariamente de la geografía. Así aparece claramente formulado en el ambicioso proyecto que Herder expuso en su obra *Ideas para una filosofía de la historia de la Humanidad* (1785), que constituye el punto de partida para la *Erdkunde* de Carl Ritter.

La consideración de la superficie terrestre como teatro de la historia, y la aceptación explícita de que dicho teatro influye en los acontecimientos humanos, convertía a la geografía en un auxiliar indispensable de la ciencia histórica, lo cual contribuyó a asegurar su presencia en las facultades de Filosofía y Letras. En sus esfuerzos por asegurar la presencia institucional de su ciencia, los geógrafos esgrimieron frecuentemente esta relación con la historia y, a partir de ahí, se atribuyeron el papel de puente entre las ciencias naturales y las humanas. Así aparece, por ejemplo, en la introducción del *Lehrbuch der Geographie* de Hermann Guthe, publicado en 1868 y que ampliado y transformado luego por H. Wagner (1883) se convertiría en lo que Ratzel consideró «el mejor tratado de geografía de nuestro tiempo»: «La geografía —escribió Guthe— enseña a conocer la Tierra como sede del hombre; no es una simple descripción de la Tierra con sus mares, etc., sino que al descubrir la superficie del globo sitúa al hombre en medio de la creación y muestra cómo, por un lado, éste se encuentra en situación de dependencia respecto a la naturaleza que lo circunda, y cómo, por otro lado, ha intentado sustraerse a tal dependencia, con lo que la geografía viene a constituirse en el elemento de conjunción entre la ciencia natural y la historia».

La aparición de la geografía humana como rama autónoma dentro de la geografía se produce, no sin reticencias, en los dos decenios finales del siglo XIX. En Alemania la *Anthropogeographie* de Friedrich Ratzel puede considerarse el hito fundamental, en una línea que, como ya sabemos, tenía una larga tradición: no es sin duda un azar que el primer volumen de esa obra, publicado en 1882 lleve el subtítulo de «Introducción a la aplicación de la geografía a la Historia». Esta orientación de la geografía hacia la historia se combina en este autor con un acentuado interés por los temas etnográficos, particularmente por los problemas de difusión, y con una excelente formación naturalista y positivista, que dio un marcado sesgo ecologista y darwinista a su obra. En Francia, y más tarde en Gran Bretaña, la influencia de las ideas de Le Play contribuyó a introducir la

expresión «geografía social», en competencia con la de «geografía humana» que al final triunfaría. En 1895 un geógrafo que a través de Patrick Geddes estaba muy influido por Le Play, dio a su manual escolar *Man and his Work* el subtítulo de *Introduction to Human Geography*. En España fue también en el último decenio del siglo XIX cuando la expresión empezó a utilizarse, y seguramente fue en 1894 cuando esto ocurrió por primera vez; en la introducción a una conferencia pronunciada por Reclus en Bruselas y traducida en dicho año en el «Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid», Martín Ferreiro escribió que esta lección «enlaza de una manera indisoluble a la Tierra con el hombre porque la historia del planeta no puede separarse de la historia del género humano; por esta razón pudiera llamarse geografía humana la asignatura que M. Reclus ha empezado a explicar». La primera investigación de nivel superior en la que se usó esta expresión es, probablemente, la de Jean Brunhes sobre el regadío de la Península Ibérica, (1902), que lleva el subtítulo de «Estudio de geografía humana». Pero el Prof. Pierre Deffontaines, discípulo y colaborador de Brunhes, explicó en varias ocasiones que éste había impuestó el título de la tesis tras una larga discusión con el director de la misma, Vidal de la Blache, el cual vacilaba entre las diversas expresiones que antes hemos citado.

### 3. Las reticencias ante la geografía humana

Cuando a finales del siglo XIX comienza a desarrollarse la geografía humana, esta nueva rama no fue fácilmente aceptada, y encontró, sobre todo, grandes dificultades para su reconocimiento en el país donde la ciencia geográfica había alcanzado un mayor nivel, Alemania.

Los testimonios de esta resistencia al reconocimiento son numerosos y coincidentes. El mismo Ratzel afirma explícitamente en el prólogo de la segunda edición del volumen I de su *Anthropogeographie* (1899) que «mientras que en Alemania, la



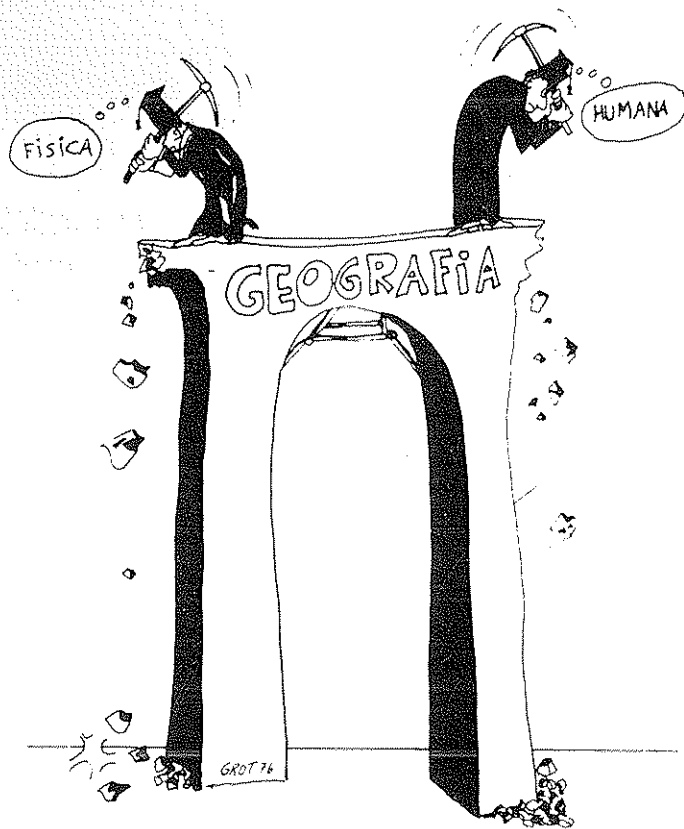
El geógrafo francés **Jean Brunhes** (1869-1930) fue el primero en utilizar la expresión «geografía humana» en una tesis doctoral: *Étude de Géographie humaine. L'irrigation, ses conditions géographiques, ses modes et son organisation dans la Péninsule iberique et dans l'Afrique du Nord* (1902). Más tarde escribiría el primer tratado general de esta rama de la geografía publicado en la escuela francesa: *Traité de Géographie Humaine* (1910).

patria de Carl Ritter, se discute aún si debe considerarse que la antropogeografía forme parte de la ciencia geográfica», en otros países la acogida de la obra había sido favorable; entre estos países cita concretamente Francia, Inglaterra, Italia, Estados Unidos y Hungría, donde la Academia de Pest había realizado ya una traducción de su obra.

Ratzel alude también a los ataques que habían hecho a su *Anthropogeografie* Hermann Wagner y Georg Gerland. Estos ataques proceden de dos perspectivas diferentes. Wagner (1849-1920), que en razón de su particular inclinación a las compilaciones estadísticas fue el editor del *Almanach* de Göttinga y publicó una obra sobre *Die Bevölkerung der Erde*, estaba asimismo muy interesado por los problemas de la enseñanza y del método geográfico, siendo también el editor del «*Geographisches Jahrbuch*» durante cuarenta años. Su ataque a la *Anthropogeografie* de Ratzel es el de un geógrafo que mantiene esencialmente la distinción entre geografía general y geografía regional, considerando que es en esta última donde deben estudiarse los problemas humanos; es en definitiva la concepción de Varenio. El ataque de Gerland es el de un geógrafo que defiende que los aspectos humanos son menos científicos y no forman parte de la geografía. El caso de Gerland (1833-1919) es interesante porque arroja luz sobre la actitud de algunos geógrafos. Su formación era esencialmente etnográfica y sólo tras haber intentado sin éxito ocupar una cátedra de esta disciplina, se volvió hacia la geografía; el propósito de desarrollar una ciencia exacta y precisa y, quizás, su deseo de mostrar su amplia formación en geografía física para hacer olvidar su antigua dedicación le llevaron a adoptar una postura radical, pretendiendo reducir la geografía a los aspectos físicos. Para él el intento de Ratzel era inaceptable, y la geografía debería reducirse al estudio de las características naturales de la superficie terrestre.

En otros países ocurrió lo mismo. El maestro de la geografía francesa Paul Vidal de la Blache, comienza la introducción de lo que habrían de ser sus *Principes de Géographie Humaine*





*El dualismo entre geografía física y humana, según una caricatura de Grot, publicada en «Geo Crítica».*

con estas palabras: «La Geografía humana es una de las ramas que han brotado recientemente sobre el viejo tronco de la Geografía». Y este brote fue considerado durante cierto tiempo poco importante, escasamente geográfico. André Meynier, con referencia a los primeros decenios del siglo XX, ha hecho notar que «la geografía humana no goza entonces ni del mismo prestigio ni del mismo éxito (que la geografía física)», y añade: «se admite tácitamente que el verdadero geógrafo muestra primero su competencia en geografía física, y que después no tendrá ninguna dificultad en adaptarse a la geografía humana, considerada más fácil».

En Gran Bretaña la división fundamental a fines del siglo XIX y principios del XX, parece establecerse también en un sentido muy semejante al de la división de Varenio, es decir, entre una geografía general, que era sobre todo una geografía física, y una geografía regional. Cuando en 1901 Halford Mackinder fue nombrado para formar parte del «University's Board of Studies for Geography» de Londres, se encontró con que la mayor parte de los miembros de la comisión estaba constituida por geólogos, siendo los únicos geógrafos J. S. Keltie, G. G. Chisholm y el mismo Mackinder. En 1902 al tratar de elaborar un programa de geografía para los nuevos exámenes de selección hubo una fuerte discusión entre los que querían dar a éstos una inclinación geológica y los que insistían en que fuera claramente geográfica. Mackinder escribió en su diario el día 9 de mayo de 1902:

«Reunión del Board of Geographical Studies en la London U.; fuerte división de opiniones sobre el nuevo programa para la matrícula. Judd, Seely y Miss Raisin deseaban incluir la Geografía Física —es decir, algunos preliminares de Ciencia General—, Keltie, Chisholm, Laughton, Hewins (aunque éste no tomó parte en la discusión) y yo deseábamos hacer de la Geografía Regional la base —es decir, deseábamos que el programa fuera definitivamente geográfico.»

De estas palabras parece deducirse que la alternativa planteada en aquel momento era, sobre todo, entre una geografía general (física), defendida por geólogos y geógrafos de formación naturalista, y una geografía regional, que convertía las enseñanzas en más específicamente geográficas. En realidad, las definiciones que en aquel momento se aceptaban de la geografía por parte de los más destacados geógrafos británicos, si por un lado admitían la idea de la síntesis y la integración de conocimientos diversos de carácter físico y humano, por otro, situaban esta integración en una perspectiva regional. Como prueba de ello, puede aducirse que cuando en 1890 A. J. Herbertson fue nombrado por Mackinder ayudante de geografía regional de la Universidad de Oxford, éste escribió aludiendo al título de la asignatura: «usamos entonces por primera vez oficialmente la palabra que era, y todavía es, la clave del método adecuado, tanto en la escuela como en la Universidad».

El énfasis en la geografía regional enlazaba con la antigua línea corográfica y representaba una garantía para la identidad de la geografía frente a otras disciplinas. Los geógrafos afirmaron una y otra vez que su ciencia era una disciplina de encrucijada, situada a caballo entre las ciencias de la naturaleza y de la sociedad, lo cual podía ser esgrimido a la vez frente a naturalistas y frente a científicos sociales, y permitía resistir la competencia creciente de unos y otros. Por eso mismo, el «dualismo» que suponía el desarrollo de una geografía humana diferenciada de la física, era percibido como un peligro para la unidad y continuidad de la disciplina. Eso explica una parte de las reticencias ante dicho desarrollo. Por otra parte, el prestigio de las ciencias naturales y la influencia de algunos grandes maestros de formación u orientación geomorfológica, había contribuido a difundir la idea de que lo verdaderamente científico era el estudio de la geografía física, a la que algunos autores no dudaban en calificar como «el alma de la geografía». De ahí procedía una abierta desconfianza hacia los estudios de geografía humana o cultural que,

se pensaba, sólo podían desarrollarse a costa de la geografía física.

Los ecos de esta actitud pueden encontrarse incluso mucho más tarde en autores muy diversos, que han manifestado su inquietud ante el peligro que, según ellos, amenaza a la geografía debido a una excesiva especialización. Es la opinión que en nuestro país expresó claramente J. M. Martínez Val (1946), el cual tras aludir a la tendencia existente hacia una especialización y evolución autónoma de la geografía física y la humana, señalaba que este hecho «ofrece no pocos peligros contra un sano criterio científico», añadiendo: «apenas puede dudarse que una actitud extrema en este sentido tendría como consecuencia una paralización en el progreso de los estudios geográficos, que no pueden desarrollarse científicamente sin la base firme de la morfología de los terrenos».

El mismo autor —y, lo que es más significativo, en un trabajo dedicado a los problemas de la geografía humana— insistió repetidamente en la idea de la unidad de la ciencia geográfica y advirtió que esto lo hacía porque se trataba de un «criterio que convenía dejar suficientemente expuesto y documentado aquí (...) como precaución necesaria ante afirmaciones excesivas que por poner la geografía humana avanzando a costa de la física (Alemania, Estados Unidos) o como disciplina geográfica exclusiva (Japón) suponen una desestimación de la geografía física, cuyo valor y necesidad para una total comprensión de los hechos geográficos son innegables».

#### 4. *El peso creciente de la geografía humana*

A pesar de todas esas reticencias, los geógrafos fueron prestando atención creciente al estudio de los aspectos humanos, no sólo como parte del análisis regional, sino también con referencia a problemas concretos en una perspectiva más general. En esta misma obra tendremos ocasión de señalar numerosos ejemplos de ello. Bastará ahora mostrar el reflejo

de dicho desarrollo en el nivel institucional de los congresos internacionales de geografía. En los que se celebraron primeramente, lo que hoy se denomina geografía humana aparece en los títulos de las secciones bajo la expresión de «Geografía económica, comercial y estadística», a la que en ocasiones se añade la Etnografía, en otras, la Geografía política y en algún caso la «Meteorología y los Viajes» (como en el congreso de 1871) o la Hidrología (congreso de 1904). En el primer Congreso Geográfico, el celebrado en Bruselas en 1871, las comisiones existentes se denominaban: 1) Cosmografía, 2) Navegación, Viajes, Meteorología, Estadística, Geografía económica y política, 3) Etnografía, y 4) Geografía. De ello parece deducirse que lo más específicamente «geográfico» no era la geografía económica y política, que se situaban en una sección aparte, sino los problemas cartográficos y físicos en general, que se incluían en la sección «Geografía». La expresión geografía humana aparece como nombre de una sección por primera vez en el congreso internacional de geografía de 1895 («Geografía humana y Etnografía»), para desaparecer inmediatamente y reaparecer tres decenios más tarde, en el congreso de 1928 y en los siguientes.

A lo largo de nuestro siglo, la geografía humana se fue afirmando como una poderosa rama de la disciplina, y ello hasta el punto de que, frente a las primeras reticencias, para muchos autores la geografía sólo tiene sentido en tanto que ciencia humana o social. El desarrollo de la geografía cultural, a la que en seguida nos referiremos, contribuyó a este cambio en el seno de la disciplina. Frente a la antigua relación privilegiada con las ciencias naturales, en 1938 K. Mason, director de la School of Geography de la Universidad de Oxford, no dudaba en escribir que las afinidades de la geografía se daban «con los diversos estudios sociales, y son aquéllos que están interesados en estos estudios los que pueden ayudar a los geógrafos»; y añadía: «si la geografía debe tener una etiqueta, ésta no debería ser ni *Arte*, ni *Ciencia*, sino *ciencia social*».

Después de la segunda guerra mundial, el afianzamiento

de esta rama de la geografía tuvo un reflejo institucional en la creación de cátedras de geografía humana en las universidades y centros de investigación superior. Por otra parte, el rechazo del énfasis naturalista ha ido unido en algunos autores a la afirmación de la condición social de la ciencia geográfica, identificando geografía con geografía humana. Es lo que hizo, por ejemplo, Maurice Le Lannou en su tratado de geografía humana (1948). Después de definir a esta rama de la disciplina como la «ciencia del hombre habitante» afirma con referencia a la geografía física: «por apasionante que sea penetrar en el misterio de las construcciones de la naturaleza, este juego no nos es útil si el espíritu de la geografía humana, es decir, de la geografía simplemente (de la *géographie tout court*), renuncia a conducirlo».

Más concreto es el testimonio de Pierre George que en 1961 escribía que «el contrasentido inicial reside en el rechazo de considerar la geografía como una ciencia humana y como una ciencia única», y que en su obra sobre *La acción del hombre y el medio geográfico* (1970) escribió:

«podríamos definir la geografía como el estudio de la dinámica del espacio humanizado. Persistimos en considerar la personalidad de la geografía como ciencia humana, persuadidos de que su propia significación con respecto a la de las ciencias de la Tierra consiste en considerar siempre los fenómenos de toda clase estudiados por ella en relación con la presencia y la acción de las actividades humanas sobre la Tierra.»

Para George, como para otros muchos geógrafos, se abandona el campo de la geografía cuando se sale del espacio marcado por la huella perceptible de la presencia del hombre; es decir, que para que el espacio sea geográfico ha de estar ordenado, organizado de forma sensible por el hombre.

El desarrollo de la geografía humana está claramente relacionado con la evolución de las restantes ciencias sociales, de

las que con frecuencia han procedido problemas, métodos y teorías. No se trata, evidentemente, de influencias en un solo sentido, sino recíprocas. La temprana institucionalización universitaria de la geografía, en relación con otras disciplinas sociales como la antropología o la sociología, explica que éstas hayan podido verse afectadas también por la influencia de las ideas geográficas, sobre todo a fines del siglo XIX y en los primeros decenios del XX. Pero el problema no ha de plantearse solamente en términos de influencias, sino también en el de coincidencias y desarrollos paralelos en función de estímulos diversos que están relacionados con la evolución del pensamiento científico y de la sociedad en general.

En los últimos dos siglos la geografía ha mantenido relaciones, en mayor o menor grado con la mayor parte de las ciencias sociales. Pero éstas han sido particularmente intensas con la antropología, con la sociología, con la economía, con la historia y con la pedagogía. Más recientemente el desarrollo de la geografía de la percepción ha obligado también a los geógrafos a volverse hacia el campo de la psicología para comprender la formación de las imágenes espaciales que influyen en el comportamiento geográfico de los grupos humanos.

En la presente obra vamos a dedicar atención a las relaciones entre la geografía humana y algunas de estas disciplinas, concretamente la antropología, la sociología y la economía. El examen de las relaciones con las otras ciencias sociales citadas plantea problemas particulares que no podemos abordar en el limitado espacio de esta obra. Nuestro análisis será esencialmente histórico y tratará de mostrar el carácter cambiante de estas relaciones desde el momento en que se produjo la institucionalización universitaria de la geografía en el último tercio del siglo XIX.

## II. Geografía humana y antropología

### 1. *Dos disciplinas próximas*

Pocas ciencias sociales presentan tal cantidad de problemas comunes con la geografía como la antropología (y aludiremos aquí indistintamente a sus tres niveles: etnología, etnografía y antropología). Y quizás con ninguna otra —aparte de la historia— ha habido tan numerosos contactos en los momentos iniciales del desarrollo de estas disciplinas.

Para empezar, son comunes en una y otra ciencia, los problemas de su definición teórica y la insatisfacción por los métodos empleados y los resultados alcanzados. «Disciplina de perfiles borrosos y científicidad discutida» ha considerado J. R. Llobera a la antropología, ciencia a la que otro antropólogo (Tyler, 1969) no ha dudado en desvalorizar con estas palabras, que tanto recuerdan a otras desvalorizaciones hechas por los geógrafos de su propia disciplina: «Los antropólogos se empeñan en creer que son científicos (...) a pesar del carácter refractario de sus datos, de lo caótico de sus métodos y de la exigüidad de sus resultados».

También es común a ambas disciplinas, la pretensión de encontrarse a caballo sobre las ciencias naturales y humanas, y la de la originalidad de los métodos que de ello se siguen. El carácter de «ciencia natural de la sociedad humana» ha sido afirmado de la antropología (Radcliffe-Brown, 1950), mientras

que otro autor ha podido escribir que la etnografía es «una ciencia que no cabe dentro de ninguno de los casilleros de Ciencias de la Naturaleza y Ciencias del Espíritu (...) sino que está situada entre ambos y de los dos participa» (Días, 1948); y otro todavía afirma que la originalidad de la etnología «reside precisamente en el hecho de que siendo, como es, por hipótesis una ciencia humana, no puede permitir, sin embargo, que se la aisle de las ciencias naturales» (Lévi-Strauss, 1960). De esta posición de encrucijada entre conocimientos diversos surge una pretensión metodológica, familiar igualmente a los geógrafos: una de las tareas de la etnología, considera un antropólogo, es precisamente «hacer una síntesis e interpretación de las conclusiones a que han llegado las disciplinas hermanas» (Eggan, 1954).

La amplia utilización de las monografías y del trabajo de campo, la clasificación y la comparación, así como la utilización sistemática de la inducción, y el énfasis en la importancia del «método comparativo», son otros tantos rasgos que también han emparentado durante mucho tiempo a estas disciplinas. Por último, una cierta semejanza en el proceso de institucionalización y unas estrechas relaciones en la fase inicial del desarrollo, son otros rasgos comunes también dignos de señalar.

El proceso de institucionalización universitaria fue algo más tardío que en geografía pero, al igual que en esta ciencia, vino precedido por una gran actividad de sociedades etnológicas, como la *Ethnological Society of London* (1843), la *American Ethnological Society*, y otras. Estas sociedades, fundadas para estudiar las características de los diferentes pueblos de la Tierra, estaban integradas esencialmente por viajeros, funcionarios, políticos y aficionados, y tuvieron una estrecha relación con las ciencias naturales y con los estudios de arqueología prehistórica. La organización de museos de historia natural y etnográficos, constituyó otro importante factor de desarrollo de los estudios.

De todas maneras, la mayor parte de los que realizaron los trabajos etnológicos durante el siglo XIX, y que hoy se conside-

ran los padres de la moderna antropología, no son propiamente antropólogos, sino aficionados, con diversas titulaciones, atraídos por motivos diversos hacia el estudio de las sociedades primitivas. Así entre los nombres que se citan en las historias de la etnología aparecen filósofos como Waitz; médicos convertidos en etnólogos y geógrafos, como A. Bastian; profesores universitarios de derecho, como H. J. S. Maine; abogados como J. F. McLennan o Lewis S. Morgan; geógrafos como E. Hahn o F. Ratzel.

Hasta la última década del siglo XIX, la mayor parte de los datos etnológicos fueron recogidos por misioneros, comerciantes o naturalistas que tenían otros objetivos principales en sus expediciones. Sólo entonces empieza a sentirse la necesidad de realizar expediciones estrictamente etnológicas, siendo la realizada por Haddon al estrecho de Torres (1808-1900), un hito fundamental. Desde fines del siglo empieza también la institucionalización universitaria; en Gran Bretaña, por ejemplo, E. B. Tylor fue nombrado en 1884 profesor adjunto de la Universidad de Oxford, y en 1896 profesor ordinario; mientras que James Frazer recibió en 1908 una cátedra honoraria de antropología social en la universidad de Liverpool, siendo el primer profesor que llevó esta titulación. A pesar de ello, todavía en 1910, W. H. R. Rivers, podía afirmar que «hasta muy recientemente la etnología ha sido una ciencia de aficionados», considerando que había que realizar esfuerzos «para situar a la etnología al mismo nivel que las otras ciencias».

De hecho, puede afirmarse que es únicamente hacia 1925 cuando las investigaciones etnológicas y etnográficas se convirtieron en una actividad profesional aceptada en varios países, desligándose de su relación con los museos y relacionándose cada vez más estrechamente con la universidad.

Como resultado de esta tardía institucionalización, las relaciones con algunas ciencias pudieron ser fuertes en la fase inicial del desarrollo de la antropología. En particular fueron grandes con la geografía, interesada también en los estudios sobre los pueblos primitivos. Una y otra ciencia pueden alegar

con frecuencia precedentes comunes, ya que en las campañas de exploración en las que se describían las tierras descubiertas o conquistadas, era normal también la descripción de los pueblos primitivos que las habitaban. Por otra parte, la preocupación de los geógrafos por la adaptación de los grupos humanos, blancos y no blancos, a los distintos medios naturales, significaba igualmente otro factor de convergencia.

Los contactos de la geografía con la antropología fueron, sobre todo, estrechos desde fines del siglo XIX hasta los años 1930, cuando la mayor parte de las obras generales de geografía humana incluían siempre y dedicaban gran atención a los problemas de los caracteres somáticos y las razas, las civilizaciones y las culturas, la vivienda, las técnicas de cultivo, los grupos rurales, los modos de vida, temas todos en los que los antropólogos realizaban al mismo tiempo destacadas aportaciones.

Como ejemplo de obras generales de geografía humana en las que esta problemática aparece ampliamente desarrollada puede citarse: las de Krebs (1921 y 1931), Hettner (1929), Hassinger (1937), Girao (1946), Biasutti (1941), Cumin (1943), o Migliorini (1947).

Puede decirse que los geógrafos casi llegaron a considerar la etnografía como una parte de su ciencia, como lo prueba el hecho de que en los congresos internacionales de geografía, la comisión de etnografía aparezca con entidad propia desde el primer congreso celebrado en 1871, en el que, como ya hemos indicado, sólo existían cuatro secciones: «Cosmografía, Navegación, Viajes, Estadística y Meteorología»; «Geografía económica y política», «Etnografía» y «Geografía». Y perduró hasta 1925, con nombres diversos como «Antropo-Etno-Filología» en el Congreso Geográfico de 1875; «Geografía antrópica, Etnología y Lingüística» en el de 1881; «Antropología y Etnología» en varios de los siguientes y «Geografía humana y Etnografía» en el de 1899.

En la geografía alemana la tradición de estudios de *Völkerkunde* se mantuvo durante bastante tiempo: todavía en 1934

Sigfried Passarge escribía una obra sobre etnología desde la perspectiva geográfica *Geographische Völkerkunde* (1934). Ello facilitó sin duda las relaciones entre estas dos ciencias, sobre lo que no es difícil facilitar numerosos datos demostrativos. Así, por ejemplo, los dos últimos tomos de la obra de Theodor Waitz *Antropologie der Naturvölker* (1858-1871), fueron preparados para su publicación por el geógrafo Georg Gerland tras la muerte de su autor; y la obra de E. Hahn (1856-1928) es valorada por los antropólogos por su importante contribución al estudio de los procesos de domesticación. Por otra parte, Adolf Bastian (1826-1905) organizador, junto con Virchow, de la Sociedad de Antropología, Etnología y Prehistoria de Berlín y fundador del *Königliche Museum für Völkerkunde*, que se convirtió en el museo etnográfico más importante del mundo, llegó a ser también presidente de la Sociedad Geográfica de Berlín; para él la geografía, «la madre de senos múltiples, con ramificaciones que se extienden por todo el globo», era una ciencia indispensable y previa para el estudio de la etnología, reconociendo que los diferentes medios físicos tenían influencia en la configuración de las ideas colectivas elementales (*Völkergedanken*).

Pero, sobre todo, debe valorarse aquí la figura de Friedrich Ratzel, el padre de la geografía humana, considerado también en las historias de la etnología como uno de los fundadores de dicha ciencia. De él se ha valorado, sobre todo, su papel decisivo en el triunfo de las ideas de difusión cultural, sus aportaciones al estudio de las migraciones, su insistencia en la unidad biológica fundamental del *Homo sapiens*, y el haber realizado algo que no habían hecho antes otros autores, como Tylor, a saber: «una descripción de los pueblos vivientes agrupados geográficamente». Su *Völkerkunde* (1865-1888) y su *Anthropogeographie* (1882) se han considerado como «un panorama bien equilibrado» de la etnología (Lowie, 1937), a la vez que se han valorado como las últimas obras etnográficas compiladas por un solo autor, ya que después de él los avances de la especialización imponían la colaboración de varios autores para realizar una obra como la suya.

También la moderna geografía rusa institucionalizada estuvo íntimamente ligada en sus comienzos a la antropología. Lo muestra el caso de Dimitri Nicolaevich Anuchin, que fue desde 1884 director del Departamento de Geografía y Antropología de la Universidad de Moscú y mantuvo siempre un gran interés por los problemas antropológicos, llegando a ser en 1890, cuando ya era geógrafo profesional, presidente de la sección de Antropología y Etnografía de la Sociedad de Ciencias Naturales de Rusia. La tesis doctoral de este geógrafo versó sobre un tema de antropología física: *Algunas anomalías de los cráneos humanos, con particular preferencia a su distribución según las razas*.

En Norteamérica las relaciones entre geografía y etnología existieron desde principios de siglo, pero se hicieron particularmente intensas durante los años 1920. En el origen institucional de la etnología norteamericana se encuentra, como es sabido, la figura del alemán Franz Boas, profesor de la Clark University, desde 1892, y luego de la Columbia University, hasta 1936, y maestro de los grandes antropólogos norteamericanos. Boas, que había sido ayudante del Museo Etnográfico de Berlín y profesor de aquella Universidad, tuvo una buena formación geográfica a través de su maestro, el geógrafo Theobald Fischer (1846-1910), gran especialista en los países mediterráneos; él mismo empezó siendo geógrafo, e incluso intervino en los debates sobre el concepto de geografía (Boas, 1887) pero sus investigaciones sobre los esquimales le llevaron a considerar el medio ambiente como un factor limitativo más que creador, abandonando progresivamente la geografía. Como antropólogo, Boas criticó el método comparativo e insistió desde 1896 en la importancia de los factores históricos y en el interés de estudiar los procesos de crecimiento a través del estudio de culturas en áreas geográficas reducidas.

La influencia directa o indirecta de la obra de Boas llenó el panorama de la antropología norteamericana durante los cuatro primeros decenios del siglo e influyó en la importancia concedida en aquel país al estudio de los procesos históricos y

a las áreas culturales. Entre 1915 y 1930, lo que Eggan ha llamado el «período floreciente» de la etnología norteamericana, se realizaron gran cantidad de estudios regionales en los que se analizaba la distribución espacial de rasgos culturales, como los estudios de Wissles, Lowie, Kroeber, Spier y otros, prestándose particular atención a los fenómenos de difusión. Es muy posible que la temprana relación con la geografía a través de la figura de Boas influyera en este sesgo espacial y difusionista de la antropología norteamericana. Pero, al mismo tiempo, ésta, a su vez, influyó en la ciencia geográfica de ese país, sobre todo a partir de los años 1920, y particularmente a través de la estrecha colaboración de Carl Sauer con A. L. Kroeber para el estudio de los indios «pueblos» del sureste de Arizona (Sauer y Brand, 1930). Estas influencias, junto con la tendencia historicista, se encuentran en la base del desarrollo de la geografía cultural (Sauer, 1931), que tanta importancia había de alcanzar posteriormente. Una obra como la de Wagner y Mikesell (1962) puede servir de ejemplo de hasta qué punto ha sido importante la relación con la antropología para la geografía norteamericana: para muchos de los artículos incluidos en dicha obra resulta prácticamente imposible decidir a cuál de las dos disciplinas pertenecen.

En Gran Bretaña, donde el geógrafo G. C. Chisholm había acuñado la expresión «Etnografía económica», las relaciones entre la geografía y la etnología se hicieron íntimas con la obra de H. J. Fleure (1877-1969). A partir de una amplia formación naturalista, Fleure se interesó por la antropología y la geografía durante sus estudios en Zurich (1903-1904), llegando a ser titular en 1917 de una cátedra de «Geografía y Antropología» en el University College of Wales, en Aberystwyth. Sus publicaciones se refirieron con gran frecuencia a cuestiones antropogeográficas, desde *La distribución geográfica de los tipos antropológicos en Gales* (1916) hasta el estudio de *Las razas de la humanidad* (1927). Como antropólogo se opuso a la noción de la evolución cultural unilineal, y contribuyó a poner de manifiesto la importancia de las regresiones y degeneraciones,

concediendo gran atención al análisis de las «supervivencias» sociales y culturales en territorios aislados; apoyó las tesis difusionistas y valoró ampliamente las investigaciones sobre las sociedades prehistóricas, atendiendo a sus diferencias y semejanzas con los primitivos contemporáneos. Se interesó también por el problema de la capacidad de ajuste de los diferentes pueblos a sus condiciones naturales (Fleure, 1927 y 1929), e intentó, junto con H. Peake, trazar un vasto cuadro de tipo geográfico-arqueológico-antropológico en la obra *Corridors of time* (Fleure y Peake, 1927-36) que fue elogiada por algún antropólogo (Penniman, 1935) como una figura importante acerca de la evolución del hombre «desde la barbarie a la civilización». Las ideas de Fleure tuvieron gran influencia entre los geógrafos sociales ingleses durante cierto tiempo. A ello se unió el eco de la obra de Roxby (1930), que en su conocido artículo sobre el objeto de la geografía humana planteó el problema de las relaciones entre esta ciencia y la antropología, asegurando que era «tan necesario encontrar la correcta relación entre geografía humana y antropología como entre geografía y geología».

En Francia la relación con la etnología venía indicada de forma natural a partir del desarrollo de la geografía humana y especialmente por la insistencia en ciertos temas en la obra de Vidal de la Blache, en particular el concepto de modo de vida. Pero esta relación fue, sobre todo, fuerte a través de algunos discípulos de Jean Brunhes, y en concreto de Pierre Deffontaines. Este último, gracias a su formación de prehistoriador y a su contacto permanente con estos especialistas, mantuvo siempre un interés particular por los problemas etnológicos, que introdujo en muchas de sus publicaciones. En 1948 llegó, incluso, a fundar junto con André Leroi-Gourham, el conocido etnólogo subdirector del Musée de l'Homme de París, una revista titulada «*La Revue de Géographie Humaine et d'Ethnologie*», de la que fue secretaria la hija de Jean Brunhes. El interés de esta revista es doble. Por un lado, se trata de la primera vez que una revista incluyó en su título la expresión



*Pierre Deffontaines (1894-1978) fue uno de los más ilustres representantes de la geografía cultural francesa. Discípulo directo de Jean Brunhes, dirigió los casi cuarenta volúmenes de la colección «Geographia humana» que constituyen una valiosa aportación a esta tendencia, con títulos como L'homme et la montagne, L'homme et la forêt, L'homme et la maison, L'homme et le vent, L'homme et l'hiver, etc. Fue también un excelente dibujante de los paisajes y temas que estudiaba. La figura representa una vista de Riels, cerca de Montbuy, en Cataluña, dominada por los cingles de Berti (abril 1963).*



«Geografía humana». Por otro lado, su aparición se debe a que «dos grupos de investigadores, los geógrafos y los etnólogos, han sentido el interés y la necesidad de unir sus fuerzas». La revista se dirigía no sólo a los especialistas, sino también a un público más vasto interesado «en conocer mejor al hombre, su medio y su trabajo» (las citas proceden de la presentación de la revista).

La tendencia etnológica se hizo acusada en algunos discípulos no franceses de Vidal de la Blache. Es el caso del yugoslavo Cvijic, cuya obra sobre la península de los Balcanes y la tierra de los eslavos del sur (París, 1918) es en buena parte pura etnografía. Es también el del rumano Simon Mehedinti (1868-1962), que tras la publicación de su obra sobre *El país y el pueblo rumano* (1927) se especializó cada vez más en aspectos antropogeográficos y etnológicos y llegó a proyectar una obra titulada *Ethnos*.

También en la geografía italiana han sido frecuentes, incluso hasta época cercana, los contactos entre geografía y etnología. Bastará recordar simplemente que en 1941 R. Biasutti comenzó la publicación de su obra colectiva sobre *Razze e Popoli della Terra*, y que en 1945 se constituyó un centro de estudios de «Geografía Etnológica» en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Florencia.

En la Península Ibérica, la relación entre geografía y antropología fue igualmente estrecha en los primeros momentos del desarrollo de la geografía humana, y persistió con gran intensidad hasta los años 1950. En Portugal, donde los estudios de antropología recibieron un fuerte impulso gracias a la obra del antropólogo portugués A. A. Mendes Corrêa, la asociación entre una y otra ciencia se observa en los trabajos de J. Leite de Vasconcelos, de Jorge Lopes Díaz y de Jorge Dias. A la influencia de estos autores se debe, sin duda, el marcado énfasis en los temas culturales que aparecen en la obra de ese maestro de la geografía ibérica que es Orlando Ribeiro. En España, el «Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid», publicó desde fines del XIX numerosos artículos de antropología y etnología,

sobre pueblos primitivos y sobre índices cefálicos en España, como por ejemplo el de Oloriz (1894). La obra de L. de Hoyos Sainz *Antropodemografía española, Regiones y Razas*, fue editada por la Real Sociedad Geográfica de Madrid, en 1942, y su *Distribución de los grupos sanguíneos en España*, por el Instituto Juan Sebastián Elcano de Geografía, cinco años más tarde.

Los antropólogos, por su parte, han valorado frecuentemente la importancia de la geografía para sus investigaciones, considerándola como una ciencia afín. Así la historia de la etnología de Lowie (1937), al plantear en el último capítulo la cuestión de las perspectivas de dicha ciencia, se refiere esencialmente al interés de las aportaciones de la geografía y la psicología, resaltando tres aspectos geográficos: la preocupación por las relaciones espaciales, los métodos cartográficos y los estudios geográficos sobre el papel del medio natural.

## 2. La geografía cultural

La tradicional colaboración entre geógrafos y antropólogos permite entender la facilidad con que se desarrolló la geografía cultural a partir de la segunda y tercera décadas de nuestro siglo. El nacimiento de esta tendencia se encuentra íntimamente ligada a los estudios del paisaje, y surgió al pretender ampliar la investigación a los factores que determinan la formación de los países culturales e interesarse, consiguientemente, por el estudio de las culturas.

La expresión «geografía cultural» fue acuñada y difundida durante los años 1920, primero en Alemania por Siegfried Passarge (*Kulturgeographie*) y poco después en Estados Unidos por Carl O. Sauer (*Cultural Geographie*). En el primer país, las preocupaciones por definir de manera precisa la geografía frente a otras disciplinas competidoras, había llevado a desarrollar desde principios de siglo la geografía del paisaje, sobre todo en la obra de Otto Schlüter (1872-1952) y

Siegfried Passarge (1866-1958). El énfasis en la morfología o fisonomía de los paisajes que existen en la superficie de la Tierra parecía asegurar la independencia de la geografía, al atribuirle un objeto científico específico y no reivindicado por otras disciplinas. La geografía se convirtió para muchos geógrafos en una morfología del paisaje terrestre, interesándose tanto por la descripción e interpretación de las formas naturales (geomorfología, paisaje natural), como por el paisaje humanizado resultante de la actividad de los grupos sociales. Se aceptó que el paisaje humanizado era esencialmente un *paisaje cultural*, y de esta manera la cultura y la morfología cultural se convirtieron en ramas esenciales en la obra de algunos geógrafos alemanes, y en particular en la de Passarge, para el cual las cuatro fuerzas espaciales básicas pasaron a ser el espacio, el hombre, la cultura y la historia (*Raum, Mensch, Kultur und Geschichte*).

La influencia de estas ideas llegó a Estados Unidos a través de Carl O. Sauer, de familia germana y bien familiarizado con la geografía alemana. Por otra parte, esa orientación se acentuó, como hemos indicado ya, por la colaboración de Sauer con el antropólogo A. L. Kroeber en el estudio de las poblaciones indígenas de California y Arizona, la cual fue enriqueciendo su anterior preocupación por los paisajes culturales hasta llegar a una verdadera geografía cultural que tiene en cuenta la historia de las civilizaciones. Las ideas de Frobenius sobre la morfología cultural pudieron tener entonces una aplicación geográfica. Cada cultura daría lugar a una combinación de elementos que habría que captar en toda su complejidad. Sin duda Sauer acentuó estos aspectos, ligados a una actitud historicista, como reacción al determinismo positivista ratzeiano difundido en Estados Unidos por E. Ch. Semple y E. Huntington. A pesar de todo, geógrafos y antropólogos coincidieron también entonces en prestar atención al papel del medio ambiente físico en el desarrollo de las culturas utilizando métodos cartográficos para analizar su distribución.

En su artículo *The morphology of Landscape* (1925), Sauer

destacó ya que el objeto del enfoque morfológico debería ser el estudio del «contacto del hombre con su cambiante hogar, expresado por el paisaje cultural» y, de manera más general, la interrelación entre grupos y culturas tal como se expresa en los diferentes paisajes del mundo. Pero fue, sobre todo, en el artículo sobre geografía cultural redactado para la *Encyclopedia of Social Sciences* y publicado en 1931 donde presentó sus ideas sobre los distintos enfoques posibles de la geografía humana, tal como entonces se estaba configurando en Estados Unidos. Según él, mientras que para unos el interés principal se centraba en la relación del hombre con su medio físico, otros con la geografía cultural dirigían su atención «a los elementos de la cultura material que da carácter al área». Siguiendo el magisterio de Sauer, la escuela de Berkeley se convirtió en el más activo núcleo culturalista norteamericano.

En Francia los más interesantes geógrafos culturales pueden encontrarse entre los discípulos de Jean Brunhes. Destacan en particular Pierre Deffontaines, autor de importantes trabajos sobre geografía de las religiones, sobre los tipos de vivienda, sobre la evolución de los paisajes culturales, sobre la distribución de técnicas ganaderas; Deffontaines incluyó en la colección de geografía humana por él dirigida, y publicada por la editorial Gallimard de París, numerosos volúmenes de geografía cultural: en realidad, es probable que sea ésta la mayor colección de obras publicadas dentro de la tendencia culturalista. Otros autores, como X. de Planhol, R. Dion, A. G. Haudricourt, P. Veyret o G. Chabot, realizaron asimismo valiosas aportaciones a esta tendencia geográfica, que influyó más tarde en la obra de otros geógrafos franceses como J. Rimbert o A. Fremont.

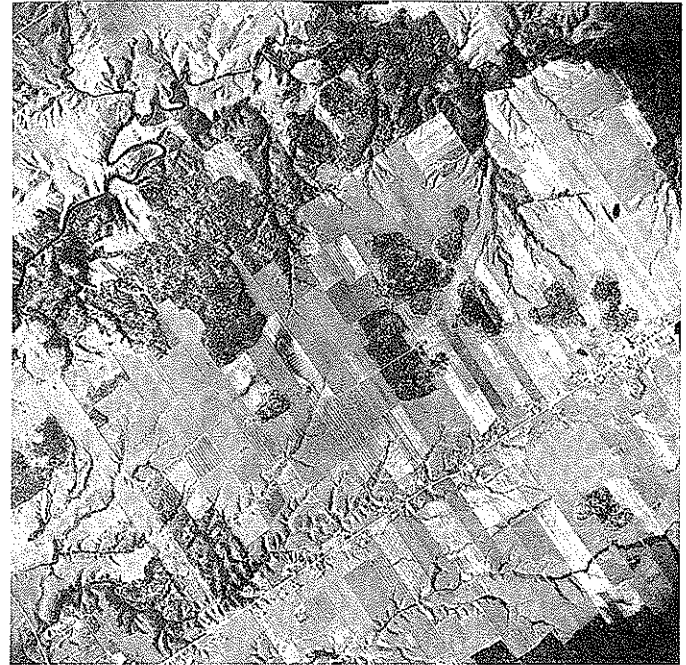
Algunos geógrafos culturalistas llegaron a considerar que la geografía debería preocuparse esencialmente de los problemas de la cultura, con lo que identificaban, de hecho, la geografía humana y la geografía cultural. Lo más corriente, sin embargo, ha sido considerar a esta última como una simple rama de la primera, con la misma consideración que la geografía económica o la política.

### 3. Los temas de la geografía cultural

La geografía cultural es, sin duda, un campo en el que confluyen los intereses de especialistas muy diversos: antropólogos, historiadores, sociólogos, arqueólogos, etc. Por ello, los geógrafos se han visto obligados a debatir repetidamente la especificidad de su aportación. En general, la respuesta ha sido que no son los temas estudiados, sino los procesos y los conceptos integradores los que permiten identificar dicha aportación. Los dos aspectos esenciales del «punto de vista geográfico» aparecen inmediatamente en la discusión, ya que la geografía cultural estudiaría la distribución de las áreas culturales y compararía dicha distribución con las características de la superficie terrestre, para descubrir, por un lado, las dependencias ambientales de cada cultura y, por otro, la influencia de los hechos culturales en la organización y la morfología del espacio terrestre. Identificación y caracterización de *áreas culturales* y *ecología cultural* se convierten así en dos aspectos esenciales en el trabajo de estos geógrafos.

El estudio de la distribución espacial de rasgos culturales aislados ha sido antiguo en esta disciplina. La geografía de las religiones y de las lenguas ha recibido numerosas aportaciones desde fines del siglo pasado, y esta última, como ya hemos visto, fue objeto de atención específica en los primeros congresos internacionales. Las investigaciones acerca de la toponimia, también tradicionales en geografía, enlazan evidentemente con la geografía lingüística y permitieron identificar las antiguas áreas de expansión de determinados elementos culturales. Los geógrafos realizaron asimismo interesantes aportaciones al estudio de los tipos de casas y de sus elementos constructivos, de las costumbres y los tabúes en el consumo de alimentos, o de las prácticas culturales relacionadas con la agricultura.

Más tarde el análisis se extendió a los conjuntos culturales que permitían identificar territorios ocupados por culturas particulares. Los geógrafos toman la noción de cultura de



*Un paisaje agrario en Canadá, Canton de Normandin, (Roberval). El espacio ha sido ocupado a partir del camino junto al cual se sitúa el poblamiento, trazándose las parcelas perpendicularmente sin otro límite que las dificultades introducidas por el propio terreno.*

otros especialistas y, sin entrar en las polémicas existentes, destacan, sobre todo, la existencia de sistemas de creencias y de comportamientos que son compartidos por conjuntos de individuos. La cultura se concibe como un baño que unifica e integra a todas las clases sociales y que es un resultado de la habilidad de los seres humanos para comunicarse entre sí mediante símbolos. Con frecuencia el geógrafo cultural ha estado dispuesto a estudiar el lenguaje, las creencias, las tradiciones, los ritos y los símbolos en cuanto elementos culturales unificadores, pero se ha mostrado reacio a analizar las profundas diferencias sociales en la utilización de estos elementos culturales. Sólo más recientemente se han destacado los hiatus y las discontinuidades de comunicación existentes entre grupos sociales que ocupan un área en común pero están separados por una fuerte segregación social.

El concepto de cultura se ha utilizado en geografía a escalas diferentes. Términos como el «mundo islámico», la «América hispana», el «África negra» y otros similares han sido frecuentemente empleados en las obras de geografía descriptiva universal, para establecer grandes agrupaciones de países y regiones. Expresiones de claro contenido cultural, con rasgos unificadores muy generales, se toman aquí para caracterizar grandes áreas de la superficie terrestre y derivar a partir de ello consecuencias geográficas muy diversas: comportamientos demográficos, tipos de poblamiento, paisajes agrícolas, etc. Otras veces, la cultura permite identificar y estudiar grupos más reducidos, como pueden ser, por ejemplo, las comunidades memnonitas de Norteamérica, incluidas dentro del vasto conjunto de la América anglosajona, o las comunidades gitanas de las Europas central y occidental.

Los geógrafos aceptan que cada cultura da lugar a un tipo particular de paisaje cultural. Los hábitos alimenticios y los tabúes religiosos, el uso de un instrumental agrícola, las creencias que influyen en el comportamiento habitual de los individuos y en sus decisiones respecto a la localización de la vivienda, sus prácticas laborales tradicionales y sus sistemas de

relaciones sociales, así como otros muchos rasgos aparecen generalmente correlacionados en forma de complejos culturales y originan una morfología particular del espacio terrestre, que se reconoce en la forma de los campos, en el tipo de plantas cultivadas, en la disposición y forma de las casas, o en la trama viaria de las ciudades. Los análisis pueden realizarse a pequeña escala, como hizo, por ejemplo, Oscar Schmieder en su *Geografía de América Latina* (1963), o a gran escala, como se ha hecho con mucha frecuencia en las tesis de geografía regional. La representación cartográfica del área de extensión de los diferentes rasgos caracterizadores de una cultura, y las coincidencias y correlaciones permiten al geógrafo caracterizar las áreas culturales.

Los paisajes y las áreas culturales en su distribución actual son resultado de la historia cultural. Los geógrafos han prestado gran atención al estudio del origen y dispersión de determinados rasgos culturales, tales como la domesticación de plantas o animales, las prácticas de cultivo, los tipos de viviendas, los planos urbanos y, de manera general, la difusión de innovaciones culturales. La identificación de los focos originarios y, con ella, de las antiguas áreas culturales; el análisis de las rutas o ejes de penetración y de las formas de difusión; el establecimiento de la secuencia temporal de la difusión; etc., han sido temas repetidamente tratados en la geografía cultural, y que se han considerado indispensables para entender correctamente la distribución actual de los fenómenos geográficos considerados.

La identificación del área de extensión de un determinado rasgo cultural o de un complejo cultural, con su correspondiente paisaje, conduce al geógrafo a hacerse preguntas sobre los procesos que intervienen en su formación y sobre las condiciones ambientales que están relacionadas con ellos. La ecología cultural se interroga sobre las condiciones ambientales necesarias para dar lugar a determinados rasgos culturales. En este sentido se plantean cuestiones sobre la asociación entre los tipos de recursos disponibles, la valoración que se hace de ellos y las técnicas concretas de explotación, por un

lado, y los diferentes sistemas culturales existentes, por otro. También investiga las relaciones entre las condiciones naturales y las formas de habitación humana; la influencia de los materiales geológicos dominantes y la tipología constructiva de las viviendas; de las condiciones climáticas sobre la forma de los tejados o la disposición de los alojamientos; de la topografía sobre la estructura del poblamiento.

Naturalmente, los geógrafos también han debatido el efecto de las prácticas culturales en la modificación del medio natural. La reacción contra el determinismo ambiental, dominante en los años finales del siglo XIX, estimuló en geografía este tipo de investigaciones tendentes a destacar el papel desempeñado por el hombre en la transformación de las características físicas del medio. Algunos de los temas concretos en los que los geógrafos han realizado valiosas aportaciones durante la primera mitad de nuestro siglo son, por ejemplo, el de la difusión de especies animales o vegetales desde sus focos originarios; la extinción de especies animales como resultado de la actividad humana; la modificación del paisaje vegetal por la acción repetida de rozas, que han provocado la expansión de la sabana a expensas del bosque originario; o el acelerado proceso de erosión y de laterización provocado por prácticas agrícolas abusivas.

Durante la década de los 50 y de los 60, la geografía cultural se vio negativamente afectada por el desarrollo de las corrientes cuantitativas; los geógrafos más renovadores se desinteresaron de ella, al considerar que dichos estudios eran poco científicos debido a su carácter «cualitativo». Aunque realmente no dejó de cultivarse, la disminución de su importancia relativa se refleja claramente en las revistas más importantes y en los congresos internacionales de geografía: en el que se celebró en Montreal en 1972, la sección de geografía cultural sólo recibió diez comunicaciones, referentes a temas como: la minoría judía en Roma, cosechas y animales de culto, condicionamientos climáticos de las casas rurales, matrimonio y medida de interacción social. Pero por los mismos años,

nuevos temas y preocupaciones enlazaban con la tradición de la geografía cultural. El descubrimiento de la importancia de las «geografías personales» y de las imágenes colectivas sobre los comportamientos humanos espaciales, así como, más tarde, de los filtros culturales que influyen en la elaboración de dichas imágenes generó un renovado interés por la geografía cultural, que se acentuó en la última década con el nuevo auge de las corrientes historicistas en la disciplina. Al renovado interés por la geografía cultural ha contribuido, asimismo, el hecho de que la ecología cultural se convirtiera en las dos últimas décadas en un campo de convergencia de los intereses de geógrafos, antropólogos y ecólogos, armados con nuevos conceptos y teorías. La noción de ecosistema ha permitido plantear bajo nuevas perspectivas el problema de la asociación entre medio ambiente, organismos vivos y prácticas culturales, así como el de los ajustes e interacciones de las actividades humanas y el medio cultural.

### III. Geografía humana y sociología

Podría decirse que la geografía humana se ha desarrollado con una actitud ambivalente hacia la sociología: con el convencimiento de que las relaciones con esta ciencia eran indispensables y, al mismo tiempo, con el temor de que llegaran a ser demasiado estrechas. En geografía siempre ha existido el miedo de que esas relaciones podían conducir a la pérdida de identidad de la disciplina y podrían, en palabras de unos geógrafos, «arrojar por completo a la geografía en los brazos siempre expectantes de la sociología» (Ruppert y Schaffer, 1969).

En los decenios finales del siglo XIX, las ideas de algunos sociólogos pudieron influir en la elaboración de determinados conceptos geográficos. Concretamente, la influencia de Frédéric Le Play ha de ser tenida en cuenta para entender la génesis de la noción vidaliana de «modo de vida», y en Gran Bretaña se dejó sentir a través de la obra de Patrick Geddes y de su ayudante el geógrafo Herbertson. Pero desde finales del siglo XIX el esfuerzo de una y otra disciplina por acotar el campo específico de cada ciencia dio lugar a polémicas entre geógrafos y sociólogos, en las que pesaban más los esfuerzos diferenciadores que los de cooperación e intercambio. A pesar de todo, las relaciones nunca se cortaron, y a lo largo de nuestro siglo los geógrafos fueron tomando conciencia de que el espacio es, en realidad, un producto social.

Si en un primer momento los geógrafos partían del medio natural y llegaban finalmente a la sociedad, investigando la forma en que las condiciones físicas o bióticas afectaban a la vida social, la reacción frente al determinismo ambientalista y la generalización de las concepciones que L. Febvre llamó «posibilistas» llevó a primer término los hechos de civilización y condujo luego, poco a poco, a un cambio importante en la reflexión. El geógrafo se vio obligado a tener en cuenta la sociedad, las características de los grupos sociales, sus normas jurídicas y sus sistemas de valores, para entender la transformación del medio físico y para interpretar adecuadamente la organización y la diferenciación espacial.

#### 1. Los geógrafos y la morfología social

En los primeros años de nuestro siglo, geógrafos y sociólogos compitieron en Francia por apropiarse el campo de los estudios socioespaciales. Una rama naciente de la sociología, la morfología social que trataba de legitimarse como ciencia, abordaba el estudio de problemas semejantes a los que pretendía también estudiar la geografía humana, aunque partiendo de posiciones diferentes.

La aparición de la morfología social, se produjo a fines del siglo XIX por obra de Émile Durkheim. Desde las páginas de la revista «*L'Année Sociologique*», que él había fundado, Durkheim propuso en 1897 considerar la organización social como un sistema autónomo, con una «morfología» y una «fisiología» específicas. En una sociología que se concebía a sí misma como una ciencia social integradora, los aspectos morfológicos constituían el sustrato social formado por «la masa de individuos que constituyen una sociedad, el modo en que están distribuidos sobre el suelo, y la naturaleza y configuración de todo tipo de cosas materiales que afectan a las relaciones colectivas».

Para Durkheim la morfología social, entendida como el

estudio de la estructura física de las sociedades, constituía el punto de partida y el de llegada de todos los estudios de la vida social. Las páginas de «*L'Année Sociologique*» contienen numerosos estudios de esta nueva rama científica que, en palabras de un miembro de dicha escuela, tenía por objeto «estudiar el cuerpo material, la magnitud o volumen, la figura espacial, la densidad de los grupos, sus cambios de forma y sus movimientos en el espacio» (Halbwachs, 1932). En un sentido estricto suponía el estudio de la población, mientras que en un sentido amplio implicaba el estudio de los grupos económicos, políticos o religiosos en su dimensión espacial.

Siguiendo las ideas de Durkheim, su discípulo Marcel Mauss considera en 1927 que los fenómenos que la sociología estudiaba eran, o bien «estructuras materiales» de la sociedad («cantidades determinadas de individuos de una y otra edad en este instante y en un lugar concreto»), o bien «estructuras en movimiento, es decir, sus funciones y el funcionamiento de esas funciones». El primer aspecto era estudiado por la *morfología*, y el segundo por la *fisiología*. El contenido y las pretensiones de cada una de estas partes era realmente muy amplio. Así en concreto la morfología social:

«estudia el grupo en tanto que fenómeno material. Comprende y debería remover en sí misma todo lo que se confunde o divide arbitrariamente con el nombre de estadística (excepción hecha de las estadísticas especiales que derivan del estudio de las instituciones morales, económicas, etc.; excepción hecha también de las estadísticas somáticas, estaturas, etc. que dependen de la antropología somática); con el nombre de demografía; con el nombre de geografía humana o antropogeografía; o geografía histórica, o geografía económica y política; comprende, asimismo, el estudio de los movimientos de la población en el tiempo y en el espacio, natalidad, mortalidad, edades, etc.; alternativas, oscilaciones de las estructuras; corrientes y movimientos migratorios;

comprende también el estudio de los subgrupos de la sociedad en tanto se conforman al suelo. Sobre esta sólida base ha de edificarse un día la sociología completa.» (Mauss, 1927).

Con esta concepción tan amplia es fácil comprender que las coincidencias en los temas de estudio entre sociólogos y geógrafos habían de ser numerosas, así como muy vivo el debate sobre la delimitación de campos disciplinarios. Las discusiones se prolongaron en Francia con gran virulencia durante los dos primeros decenios del siglo. Particular dureza revistieron los ataques de los morfólogos sociales contra «esa disciplina de gran ambición que se llama a sí misma geografía humana» (F. Simiand, 1906). El problema era serio desde el punto de vista metodológico y atrajo la atención de ese gran historiador que era Lucien Febvre (1922), convertido conjuntamente en teórico de la ciencia geográfica: «Geografía humana o morfología social; método geográfico o método sociológico; hay que elegir. No se trata de una querrela de escuela, ni, si se me permite la expresión, de una discusión de botica, sino de una cuestión de fondo».

La argumentación de Febvre se dirigió a demostrar que los morfólogos sociales, al tiempo que mantenían la ambición de constituir una ciencia integradora, semejante a la de la disciplina que atacaban, tenían una visión sesgada e incorrecta de la geografía y, en realidad, estaban impugnando la antropogeografía ratzeliana, y las actitudes deterministas de algunos geógrafos. La crítica fundamental de los sociólogos se centraba en que el geógrafo partía del suelo, y no de la sociedad, mientras que el morfólogo social, además de tener un aparato teórico y conceptual más elaborado, partía de la sociedad. Febvre, en la línea del pensamiento vidaliano, insistió en que la geografía humana que se atacaba «era simplemente una concepción de ella; y no toda la geografía humana», señalando también que «es éste un vicio frecuente entre los metodólogos no especializados en las ciencias sobre las que discuten (...);

hay que documentarse de prisa, en poco tiempo y lo más brevemente posible: atacar, pues, a un hombre, a una obra» —en este caso la obra de Ratzel.

La reducción durkheimiana tenía, sin embargo, su explicación. Por un lado, los geógrafos de la época ponían generalmente el acento en el estudio de los aspectos físicos y en la influencia de las condiciones del medio cultural. Por otro, Durkheim tenía intereses institucionales que defender, ya que desde 1887, como profesor de «Ciencia Social y Pedagogía», era en realidad el primer catedrático de sociología en una universidad francesa (Burdeos), y en 1902 pasó a ocupar este mismo puesto en la Sorbona. Por ello, es comprensible que utilizara ese sesgo geográfico para acusar a los geógrafos de invadir campos que no les correspondían, y defendiera, a la vez, que la población, los modos de vida o las formas de poblamiento no eran propiamente hechos geográficos. Esa restricción, para la que Durkheim podía encontrar numerosos argumentos en las mismas obras geográficas, era usada por el sociólogo francés y por sus discípulos para justificar la creación de una «morfología social» ligada a la sociología que él cultivaba, la cual tendría a la geografía, la historia y a la etnografía como disciplinas parciales de carácter auxiliar.

En esa perspectiva, la geografía debería limitarse a estudiar las adaptaciones de los grupos humanos a las condiciones del medio natural. Y si hemos de dar crédito a las declaraciones teóricas de los geógrafos, se ha de convenir que seguramente en el fondo muchos de ellos no estarían en desacuerdo con la división de papeles que así se establecía. Pero las razones institucionales les impedían también aceptar una restricción que limitaba gravemente las posibilidades de desarrollo futuro de la disciplina, en particular después de que F. Ratzel en Alemania, y P. Vidal de la Blache en Francia, sentaran las bases de una geografía humana sistemática. La importancia de lo que estaba en juego se refleja en estas terminantes palabras de Lucien Febvre: «la morfología social no puede pretender la supresión de la geografía humana en su

beneficio, porque las dos disciplinas no poseen ni el mismo método, ni la misma tendencia y el mismo objeto».

El diálogo se hacía, de esta forma, muy difícil y, en efecto, prácticamente dejó de existir. A pesar de la proximidad evidente de los temas tratados por geógrafos y sociólogos, no existió en Francia ningún intento serio de llegar a una convergencia de esfuerzos. En lugar de ello, cada parte tendió a insistir en las diferencias de enfoque y a justificar una división que se apoyaba, en buena parte, en razones institucionales. Los sociólogos cuestionaron el método de los geógrafos, al que consideraban poco sistemático y no fundado sólidamente en una base teórica coherente; mientras que éstos reprocharon a los morfólogos —un tanto injustamente— el descuidar la importancia de las condiciones ambientales. Es probable que, pese a todo, existieran numerosos préstamos mutuos. Los sociólogos utilizaron los materiales de los geógrafos en sus análisis del medio cultural, al tiempo que éstos emplearon las ideas de los primeros en la elaboración de la noción de modo de vida, un concepto cuyas raíces últimas pueden encontrarse, como ya hemos señalado, en Le Play, pero que se alimentó también de los trabajos sobre grupos sociales de la escuela de Durkheim.

Pero la incomunicabilidad existió y probablemente perjudicó, sobre todo, a la geografía humana. Cuando se releen los trabajos elaborados por unos y otros en las primeras décadas del siglo, se tiene una viva impresión de que eran los morfólogos sociales los que habían tomado el mejor camino. No hay más que comparar los trabajos acerca de la población o los estudios sobre morfología urbana. Desde principios de siglo algunos sociólogos como Maurice Halbwachs (1877-1945) habían iniciado el estudio de problemas tales como la expropiación y el precio de los terrenos urbanos (*La politique foncière des municipalités*, 1908; *Les expropriations et les prix des terrains à Paris, 1860-1900*, 1909), la distribución y los niveles de vida de los grupos sociales urbanos (*La classe ouvrière et les niveaux de vie*, 1913), o los problemas de extensión y la orde-



nación urbana de las ciudades (*Les plans d'extension et d'aménagement de Paris avant le XIX siècle*, 1920; *La population et les tracés de voies à Paris depuis cent ans*, 1928), temas que los geógrafos tardarían todavía mucho tiempo en incorporar. A la larga, el desarrollo de la disciplina geográfica tuvo un desenlace sorprendente. Los geógrafos han acabado aceptando la validez de las posiciones teóricas mantenidas por los morfólogos sociales a principios de siglo. Cuando hoy se afirma que «el espacio es un producto social» no se hace más que admitir un postulado básico sostenido por la escuela de Durkheim hace ochenta años, y que a través de una poderosa e ininterrumpida línea institucional ha inspirado el desarrollo de la sociología urbana francesa contemporánea.

## 2. La sociografía

El impulso hacia la creación de una morfología social era bastante general en el campo de la sociología europea durante los primeros decenios del siglo. Y no todos los geógrafos adoptaron la misma actitud negativa que habían seguido los franceses de enfrentamiento radical con ella. El caso de la sociografía holandesa lo muestra de forma clara y pone de relieve, a la vez, la importancia de los aspectos institucionales y personales en el sesgo que adoptan los debates sobre la delimitación de los campos científicos.

En Holanda la existencia de cátedras especializadas de geografía humana desde 1908 obligó a una mayor atención hacia las ciencias sociales por parte de algunos geógrafos. Eso explica el esfuerzo de Rudolf Steinmetz (1862-1940) para acercar la geografía a la sociología. Steinmetz era partidario de la separación de la geografía física y humana y de la vinculación de esta última con las ciencias sociales. Desde su cátedra en la Universidad de Amsterdam, acometió la creación de una *Sociografía* que debería abordar «la descripción con todos los

medios de las relaciones y situaciones de un pueblo en un momento determinado». La nueva ciencia aspiraba a integrar el conocimiento del medio socio-cultural y trataba de conseguir un conocimiento completo de las sociedades localizadas en el espacio.

Steinmetz, etnólogo de formación y, aunque geógrafo de profesión, sociólogo por vocación, aceptaba para su sociografía un papel auxiliar respecto a la sociología, a la que había de facilitar un material empírico primario para que ésta pudiera elaborar posteriormente sus interpretaciones, evitando que fueran meramente especulativas. Venía a ser así una especie de base descriptiva y concreta para la sociología.

El proyecto de Steinmetz se relaciona con la actividad científica del sociólogo alemán Ferdinand Tönnies (1855-1936), del que es casi perfectamente coetáneo. Para este autor, la sociología en sentido estricto se dividía en teórica o pura, y en aplicada o empírica, para la que adoptó el término de sociografía. Esa rama empírica debería abordar el estudio de los problemas de la población, la actividad y su impacto sobre las condiciones sociales, así como la patología social (delincuencia, ilegitimidad, suicidios) y debería poseer un fuerte componente estadístico. Tönnies ligaba dichas investigaciones a la definición y caracterización de las comunidades espontáneas o naturales (*Gemeinschaften*) y de las sociedades voluntarias (*Gesellschaften*) que, como es sabido, constituyen nociones básicas en su concepción sociológica. Para su realización propuso establecer «observatorios sociográficos» que recogerían sistemáticamente las estadísticas sociales que se precisaban.

Sin duda, la sociografía de Steinmetz está dentro de esta misma línea de preocupaciones, aunque la tradición geográfica que él heredaba por su profesión le conducía a una mayor preocupación por lo concreto y por lo morfológico. Su pensamiento fue continuado por su sucesor ter Veen, y tuvo una gran influencia en la creación de «oficinas sociográficas» de diversos municipios del área de Amsterdam, destinadas a



*La evolución del área Amsterdam-Haarlem entre 1575 y 1975 (según J.G. Borchert y J.A. Van Ginckel: Dis Ranstad Holland in der niederländischen Raumordnung, 1979). La escuela holandesa ha realizado importantes aportaciones a la geografía social y a la planificación territorial.*

recoger información socioespacial con vista a las tareas de planificación municipal. El proyecto de Steinmetz constituyó un fracaso institucional, en el sentido de que no fue capaz de conseguir el reconocimiento institucional de su sociografía como rama diferenciada de la geografía humana e integrada en la sociología, ni tampoco tuvo un eco decisivo en la comunidad científica de los geógrafos. Su insistencia en la necesidad

de separar la geografía física y la humana como ramas ligadas, respectivamente, a las ciencias de la naturaleza y a las ciencias sociales, iba claramente a contracorriente de las ideas y de los intereses corporativos de los geógrafos de la época, empeñados en asegurar la autonomía de su campo disciplinario afirmando, por encima de todo, la unidad de la ciencia a través del estudio regional y del énfasis en el paisaje. A pesar de todo, la sociografía dejó un impacto intelectual grande en la geografía holandesa, y su existencia explica la temprana preocupación por lo social que se desarrolló en dicha escuela nacional.

### 3. *La ecología humana*

Un caso semejante de crecimiento institucional diferenciado en relación con el estudio de un idéntico problema intelectual se encuentra en el desarrollo de la geografía humana y de la ecología humana norteamericanas. Para ambas comunidades científicas, el tema de las relaciones del hombre con el medio ambiente se convirtió en el problema clave fundamental.

La expresión *ecología* fue empleada por primera vez por el ecólogo alemán Haeckel en 1866 para referirse al «conjunto de conocimientos referentes a la economía de la naturaleza, la investigación de todas las relaciones del animal, tanto con su medio inorgánico como orgánico, incluyendo sobre todo su relación amistosa y hostil con aquellos animales y plantas con los que se relaciona directa o indirectamente»; «en una palabra —concluía Haeckel—, la ecología es el estudio de todas las complejas interrelaciones a las que Darwin se refería como las condiciones de la lucha por la existencia». A pesar de que en los momentos en que Haeckel propuso esta expresión había ya surgido, o surgieron, otras para designar la misma noción, fue «ecología» la que acabó triunfando, debido a la mayor influencia de este biólogo. Sobre todo su uso se generalizó a partir de 1895, fecha en que fue empleada también por la escuela de biología danesa.

En un principio, se produjo un desarrollo independiente de la ecología animal y de la vegetal, aunque ambas con la misma finalidad, a saber, el estudio de las relaciones mutuas entre los organismos (vegetales o animales) y sus ambientes respectivos bajo condiciones naturales. Fue ya en nuestro siglo cuando la expresión pasó a tener un sentido más general.

Puede decirse que la geografía humana nació precisamente como una ecología humana. En efecto, Friedrich Ratzel, el que puede considerarse el creador de aquélla, tuvo una amplia formación de naturalista y conoció y utilizó directamente los trabajos de los biólogos alemanes y en especial del mismo Haeckel, con el que estudió en Jena. Eso le permitió elaborar su antropogeografía desde la perspectiva de una «biogeografía universal».

El tema de las relaciones entre los grupos humanos y el medio natural se convirtió en uno de los problemas-clave de la nueva geografía institucionalizada durante el último tercio del siglo XIX. Y en la polémica sobre el carácter determinante o no de las condiciones ambientales, tanto los llamados deterministas como los posibilistas estaban debatiendo, en definitiva, una cuestión estrictamente ecológica, sea cual fuera la respuesta que se le daba.

En la geografía norteamericana, donde la obra de George Perkins Marsh había inaugurado ya una línea de reflexión medioambientalista, la teoría ecológica se difundió y se desarrolló ampliamente entre 1900 y 1930. El primero en introducir las ideas ecológicas en ese país fue W. M. Davis, en conexión con su concepto de *ontography*. La «ecología, a la que se presta una atención creciente por los biólogos —escribió Davis— está estrechamente relacionada con lo que yo llamo aquí “ontografía”, aunque hay una distinción entre las dos, en el sentido de que la ecología se refiere fundamentalmente a los organismos individuales, y la ontografía incluye todos los hechos pertinentes en estructura, fisiología, individuos y especie». Una distinción con la que, sin duda, no estarían de acuerdo los biólogos.

Al surgir la preocupación dentro del campo geográfico por las relaciones entre cultura y medio ambiente, el contacto con la ecología era inevitable. La influencia ratzeliana, llegada a través de Miss Semple, no dejaría de impulsar el movimiento en esta dirección. Cuando en 1923 H. H. Barrows defendió, en su discurso presidencial ante la Association of American Geographers, que la geografía debería ser considerada como una ecología humana, su propuesta, a pesar de la oposición que encontró, tenía el camino ya preparado.

Barrows rechazó la idea, tan extendida entonces y ahora, de que el simple hecho de estudiar los fenómenos bajo una dimensión espacial o bajo el ángulo de las asociaciones espaciales (*spatial arrangements* o *areal associations*, escribió él) basta para situar al cuerpo de teorías referentes a esos hechos en una ciencia o en otra. Para Barrows, los problemas que la geografía debería abordar son los de las relaciones del hombre y el medio, desde el punto de vista de los ajustes o respuestas (*adjustments, adaptations*) del hombre al medio y del control de éste por el primero. «Los geógrafos, creo, serán bastante prudentes como para considerar este problema desde el punto de vista de la adaptación del hombre al medio, más que desde el de la influencia del medio», escribió Barrows, aludiendo directamente a la polémica del determinismo.

Paralelamente, sin embargo, se había ido desarrollando otro proyecto intelectual semejante, que conduciría al nacimiento de la ecología humana como rama específica de la sociología. Desde que en 1892 Albion W. Small ocupara allí la primera cátedra de sociología creada en Estados Unidos, la universidad de Chicago se había convertido en el más importante núcleo de la sociología norteamericana, y sin duda no por azar los miembros de este grupo se volvieron hacia la biología y la ecología en busca de una base teórica para sus trabajos sociológicos, ya que el mismo Small había aceptado el camino de las analogías orgánicas en el primer manual de sociología que redactó, en colaboración con G. Vicent (1894).

En aquel ambiente el término «ecología humana» fue acu-

ñado por Robert Park en 1921 y suponía un intento consciente de trasladar a la sociología los conceptos ecológicos de procedencia naturalista, aplicando al estudio de las comunidades humanas el esquema teórico de la ecología animal y vegetal. Tanto él como sus colaboradores y discípulos (Ernest W. Burgess, R. D. MacKenzie, Louis Wirth) aplicaron ese marco teórico al estudio de las comunidades urbanas en general, y al de los guetos en particular, así como a los análisis sobre delincuencia y desorganización de la vida comunitaria.

Para estos sociólogos, el concepto darwiniano de la lucha por la vida se convierte en un principio activo regulador de la sociedad. El orden social aparece como un orden vital basado en el enfrentamiento de intereses conflictivos de individuos o grupos. De la *competencia* se derivan, a su vez, los principios ecológicos fundamentales de dominio, invasión y sucesión. La lucha de las actividades e instituciones económicas y sociales para conseguir un emplazamiento favorable conduce, en último término, al dominio de unas u otras sobre el espacio y «tiende a determinar el modelo ecológico general de la ciudad y la relación funcional de cada una de las diferentes zonas de la ciudad para con las otras».

Por su parte, la *sucesión* se relaciona con los procesos de desplazamiento e invasión, y designa «esa secuencia ordenada de cambios por la que atraviesa una comunidad biótica en su ciclo de desarrollo», a través de estadios más o menos definidos, en los que se reconocen, al igual que en las comunidades orgánicas, fases progresivas, etapas climax y fases de degradación.

Para Park, los grupos sociales constituyen, por otra parte, *comunidades*, en el sentido de que son sistemas integrados de hábitats y sus habitantes. Esas comunidades poseen una cierta unidad orgánica, y tienen una estructura definida y una evolución desde la juventud a la senectud. Al igual que en los organismos pueden reconocerse en ellos *procesos metabólicos*, tanto de carácter anabólico o asimilador como catabólico o de desecho. Los procesos de integración o de desintegración

social, pueden ser así estudiados como tales procesos metabólicos. Las implicaciones ideológicas de esta actitud científica resultan bien claras, ya que con ella fenómenos sociales tales como la segregación espacial aparecen como inscritos en el orden de la naturaleza.

El concepto de espacio vital que había usado Ratzel a fines del siglo XIX, y que fue luego duramente criticado por otros geógrafos, reaparece ahora años más tarde en la obra de Park. En efecto, según él, la presión demográfica sobre los recursos naturales influye en el hábitat y tiende a intensificar la competencia. Los controles sobre el volumen y el movimiento de la población «presentan extraordinarias semejanzas» al de las poblaciones animales y vegetales, aunque son más complejos, en el sentido de que «en su seno la competencia biótica y la lucha por la vida han asumido formas superiores y más sublimadas». Todos estos aspectos referidos a la comunidad biótica, y basados en la competencia, se integran en la obra de Park resumidamente bajo el concepto de *simbiosis*, y constituyen la base sobre la que se edifica la superestructura cultural.

El proyecto intelectual de la ecología humana fue desarrollado por Park en el nicho intelectual prestigioso que era la escuela de sociología de Chicago, y en competencia con un proyecto semejante propuesto al mismo tiempo desde el campo de la geografía. Los conflictos no podían faltar. Y los argumentos esgrimidos estuvieron, sin duda, afectados por los intereses corporativos de sociólogos y geógrafos.

Park elaboró su ecología humana en los años 1920 aprovechando las oportunidades profesionales que le brindaba la sociología y siendo plenamente consciente de que los geógrafos desarrollaban desde finales del XIX un proyecto intelectual semejante. En los primeros años del siglo, tras su licenciatura en filosofía, Park amplió estudios en Alemania, donde realizó su tesis doctoral bajo la dirección del filósofo neokantiano Wilhelm Windelband. Siguiendo a éste desde Estrasburgo a Heidelberg, tuvo ocasión de estudiar también con los geógrafos Georg Gerland y Alfred Hettner. Gracias a este último, la

geografía fue una revelación para él y llegó a la conclusión de que —como escribe en su autobiografía— «todo estudiante de sociología debería conocer la geografía, en particular la geografía humana, puesto que, después de todo, toda la cultura es finalmente un fenómeno geográfico». Desde ese momento, Park fue sensible a las investigaciones de los geógrafos, que citó ampliamente en sus propios trabajos, y reseñó numerosas obras geográficas en las páginas del «*American Journal of Sociology*». De hecho, no es exagerado afirmar que junto con la ecología vegetal y animal, la geografía humana constituyó la otra gran fuente de inspiración de la ecología humana de los sociólogos en su fase fundacional. Así se reconoce por ejemplo, en los trabajos clásicos de definición de la ecología humana, como los del mismo Park (1936), o el de Mackenzie (1926).

Pero la semejanza de los temas estudiados obligaba a delimitar los campos respectivos. Para ello Park realizó una hábil reducción del contenido de la geografía con el fin de justificar la necesidad de un proyecto intelectual independiente como el que él proponía. El estudio que ha realizado J. Nicholas Entrikin de los escritos publicados e inéditos del sociólogo norteamericano muestra que los puntos de vista que mantuvo sobre la distinción entre geografía humana y ecología humana experimentaban modificaciones oportunas, según los contextos en que se realizaban, y fueron, en su conjunto, caprichosos. Como ha mostrado Entrikin, la preocupación fundamental de Park por asegurar un campo independiente para la ecología humana, le condujo a reducir el contenido de la geografía y a definirla en cada caso de tal manera que no incluyera el estudio de cualquier aspecto que él quería incluir en la ecología humana. Para ello pudo utilizar hábilmente, y de forma sesgada, las mismas declaraciones de los geógrafos, en particular las que ponían el énfasis en los hechos de localización y en el estudio regional. Apoyándose en la distinción de Windelband entre ciencias nomotéticas e idiográficas, y aprovechando que Hettner había usado dicha clasificación para fundamentar el carácter científico de una geografía regional

### Definiciones sociológicas de la ecología humana

«La ecología humana es una rama de la Ecología general que trata de las relaciones de los organismos humanos con su medio. Los ecólogos tratan de modo especial los problemas de la ordenación espacial del hombre y de su influencia en la vida social. La gente que vive en las marismas del sur de Luisiana tiene un tipo diferente de comunidad que los que lo hacen en los Apalaches. El medio del hombre es un medio humanizado.» (William F. Ogburn y Meyer F. Nimkof, 1961).

«Rama de la ciencia que trata de las relaciones recíprocas entre el hombre y el medio; comprende la autoecología humana, o estudio de las relaciones recíprocas entre el individuo y el medio; y la sinecología humana, estudio de las relaciones recíprocas entre los grupos y sus medios. Dentro de las ciencias sociales comprende la geografía humana, estudio de las relaciones recíprocas directas entre los individuos (o grupos) y su medio físico; y la ecología interaccional, estudio de las concentraciones espacio-funcionales que en áreas determinadas surgen y cambian mediante procesos de interacción ecológica.» (James A. Quinn, 1944).

«La ecología humana es el "estudio del desarrollo e interacciones de las sociedades humanas entre sí y con su medio"; de manera concreta se ocupa de "la evolución de la forma y comportamiento humano y del uso y abuso de los recursos de los ecosistemas que nuestras culturas han aprendido a explotar."» (Arthur S. Boughey, 1971).

idiográfica. Park consideró que, frente a ella, la ecología humana sería una ciencia nomotética que se elevaba a la interpretación de los datos que la geografía —al igual que la historia— le proporcionaba. De esa manera, su propia ciencia se situaba en una posición jerárquica superior y más comprensiva a la de esas otras que proporcionaban simplemente las descripciones parciales y preliminares, y reservaba a la ecología la explicación científica de los procesos sociales, así como la de «las fuerzas que mantienen las cosas en sus posiciones respectivas en el espacio».

Park reconoció que había innegables razones para identificar la ecología humana con la geografía y con la economía, dos disciplinas bien desarrolladas en el momento en que él inició el desarrollo de esa nueva rama de las ciencias sociales. Pero al mismo tiempo, desde su posición institucional, consideraba que «puesto que la ecología humana no puede ser al mismo tiempo geografía y economía, puede adoptarse como hipótesis de trabajo que no es ni lo uno ni lo otro, sino simplemente algo independiente de ambas» (Park, 1936). La ecología era siempre, desde luego, algo «superior y diferente» a la geografía, pero la diferencia podía establecerse aludiendo, según los casos, a una u otra concepción de la geografía o a oportunas reducciones *ad hoc* de su contenido. En efecto, la insistencia de algunos geógrafos en el estudio del paisaje podía llevar a Park a desvalorizar «ese orden estático que el geógrafo descubre cuando inspecciona el paisaje cultural» y a afirmar, a la vez, el carácter restrictivo que tenía el estudio geográfico frente al más ambicioso e integrador proyecto sociológico del estudio de la trama de la vida, es decir, de esa red que «entrelaza en un nexo vital a las criaturas vivas de todo el mundo» (Park, 1936), olvidándose interesadamente de que ese mismo proyecto intelectual había sido propuesto con gran fuerza y convicción por el geógrafo F. Ratzel cuarenta años atrás. Otras veces, sin embargo, una y otra ciencia podían diferenciarse simplemente por el hecho de que «la geografía tiene por objetivo el espacio y la ecología el proceso», sin perjuicio de

que para el mismo autor que escribía esas palabras la dimensión espacial pudiera ser reivindicada, a su vez, como elemento de diferenciación respecto a la economía, considerando que «el ecólogo estudia los mismos problemas económicos, pero en su relación con los procesos de distribución humana» (McKenzie, 1926).

En realidad, las definiciones que dan los sociólogos de la ecología humana (Cuadro 1), se asemejan extraordinariamente a las que proponen los geógrafos de su disciplina, incluyendo con gran frecuencia la preocupación por la distribución espacial, que para éstos es lo más específicamente geográfico. La expresión «relaciones del hombre (o de los grupos humanos) con el medio» aparece generalmente en ellas, aunque estas relaciones pueden ser estudiadas en tanto que recíprocas, o en tanto que ajustes ante el medio.

Fácilmente se comprende que en esta situación los intentos realizados por unos y otros para deslindar los campos respectivos se convierten en una tarea complicada. Para los ecólogos, la geografía humana pasa a ser unas veces una ciencia aparte y afin, y otras una simple rama de su ciencia. En general, tienden a ver a la geografía como una ciencia descriptiva que centra su atención en el medio físico o que, en todo caso, en tanto que geografía humana, realiza el análisis del mismo «a través del hombre» (Hawley, 1950). El geógrafo estudiaría las relaciones entre el hombre y su medio físico, mientras que los ecólogos estudiarían las que se dan entre el hombre y su «medio social». Afirman además que los geógrafos no estudian las interrelaciones entre los grupos humanos, y que no tienen en cuenta la evolución o los procesos de cambio. En este sentido se orienta, por ejemplo, la argumentación de Amos Hawley que presentamos en el Cuadro 2.

Seguramente ningún geógrafo estaría de acuerdo en una caracterización tan restrictiva de su ciencia, ni en los años veinte ni en la actualidad. Su estrecha asociación con la historia hizo siempre a los geógrafos particularmente sensibles a los procesos de cambio y a las interrelaciones entre los grupos

sociales, ya se tratara de poblaciones migrantes, de campesinos que realizan prácticas de cultivo o de simples consumidores. Y en cuanto al tema de las interrelaciones entre el hombre y el medio, sólo hay que recordar que una antigua y amplia bibliografía geográfica se ocupó desde principios de siglo de distinguir cuidadosamente entre un *medio natural*, prácticamente inexistente ya en la superficie terrestre, y un medio modificado por el hombre y que incluye también el ambiente social, al que se denomina *medio geográfico*.

Los geógrafos, por su parte, han tendido a reclamar la exclusividad del estudio de la dimensión espacial de los hechos sociales, olvidando que los ecólogos humanos y los otros especialistas sociales recurren a esta dimensión de forma habitual y que la atención que conceden a las distribuciones espaciales es algo más que episódica. Han tendido a afirmar también que lo que diferencia a su ciencia de la ecología no es tanto el objeto a los métodos utilizados, sino «al fin a que sus investigaciones van encaminadas», lo que no parece muy consistente. Por último, no han tenido inconveniente en aceptar que es el ecólogo y no el geógrafo el que se preocupa de la organización social y del «medio social», olvidando el hecho de que si el hombre actúa como ser económico social, ello ha de conducir necesariamente, también en geografía, a la estructura social.

#### 4. La geografía como ecología humana

A pesar de las patentes afinidades entre geografía humana y ecología humana, una y otra se desarrollaron de forma bastante independiente, cultivadas por dos comunidades científicas separadas y apoyadas en nichos institucionales diferenciados. Ambos grupos de científicos segregaron con el transcurso del tiempo sus propias tradiciones y métodos de análisis, y realizaron sus aportaciones con un conocimiento mutuo relativamente escaso. Sin duda éste no se interrumpió del

### Las relaciones entre geografía y ecología humana, vistas desde cada disciplina

#### 1. Desde el campo de la ecología humana.

«La ecología es por ello diferente de la geografía humana. La geografía trata de los hombres y sus actividades en sus aspectos visibles y en tanto que pueden ser vistos como fenómenos distribuidos. No se preocupa, sino accidentalmente, de las interrelaciones entre los hombres. La ecología humana, que también está interesada en las relaciones del hombre con su medio geográfico, se concentra en las interdependencias humanas que se desarrollan en la acción y reacción de una población con su *habitat*. Dicho de otra manera: en tanto que la geografía contempla la adaptación del hombre desde el punto de vista de las modificaciones de la superficie de la tierra, la ecología humana hace un análisis detallado del proceso y organización de las relaciones implicadas en la adaptación al medio. Esto nos proporciona un segundo punto de distinción entre las dos disciplinas. La geografía implica una descripción de cosas en un momento del tiempo; su interés está en la distribución, más que en el desenvolvimiento. Por el contrario, la ecología es evolucionaria. Intenta describir el proceso de desarrollo tanto como la forma de la adaptación del hombre a su *habitat*.» (Amos H. Hawley, 1950).

#### 2. Desde el campo de la geografía.

«Hasta ahora las diferencias entre una y otra (entre la ecología y la geografía) están más que en el contenido y en el objeto estudiado, más incluso que en el método, en la intención perseguida por sus cultivadores y en el fin a que sus investigaciones van encaminadas, mientras que el geógrafo lo que se propone es el conocimiento de las combinaciones o complejos resultantes de la interacción de la naturaleza y el hombre actuando en cuanto a ser económico y social, el propósito preferente del ecólogo en la comprensión de la organización social, recurriendo al factor espacial sólo en cuanto puede contribuir a esta explicación. Pero esta contribución le obliga a recorrer caminos en los cuales necesariamente ha de encontrarse con el geógrafo.» (Manuel de Terán, 1964).

todo, como demuestran, por ejemplo, los comentarios bibliográficos realizados en las respectivas revistas científicas y las referencias en los manuales más importantes. Pero el potente desarrollo de la ecología sociológica en el mundo anglosajón, la convirtió en una rama frondosa, cada vez más autónoma y alejada de la geografía. Desde los años 1930 y 1940 se invirtió además el sentido de las influencias. Si en un primer momento las ideas de origen geográfico fueron esenciales en la configuración de la ecología, a partir de los años 1940, esa ciencia aportó nuevos conceptos y métodos a la geografía, y en particular a la geografía urbana.

Mientras tanto, sin embargo, se desarrollaba también en geografía humana una tradición estrictamente ecológica que continuaba la línea iniciada por Ratzel.

En el mundo anglosajón, el artículo de Barrows tuvo un inmediato eco y, aunque dio lugar a algunas oposiciones por parte de aquéllos que situaban el estudio regional como el objetivo más específico del geógrafo, provocó también tomas de posición favorables, como las de C. L. White y C. T. Renner (1936) o la de H. J. Fleure (1937).

En Gran Bretaña la geografía humana se configuró a principios de siglo bajo la influencia de la obra del sociólogo francés F. Le Play, que se difundió en aquel país a través de Patrick Geddes (1854-1932). Ello implicaba una fuerte base positivista, ya que tanto el primero, ingeniero preocupado por elaborar una física social, como el segundo, botánico de formación e influido por la biología determinista, se sitúan dentro de esa corriente de pensamiento. La preocupación de Geddes por la reforma social, en la cual coincidía parcialmente con su amigo Reclus, se difundió a través de la «*Sociological Society*» y de la «*Sociological Review*», en cuyas páginas trató de aplicar el programa de Le Play de estudio integrado del territorio, el trabajo y la sociedad («*Place, Work and Folk*). La realización de amplias encuestas sociológicas y territoriales era, según su concepción, un punto de partida indispensable para acometer la reforma social. De esa manera los «*social*

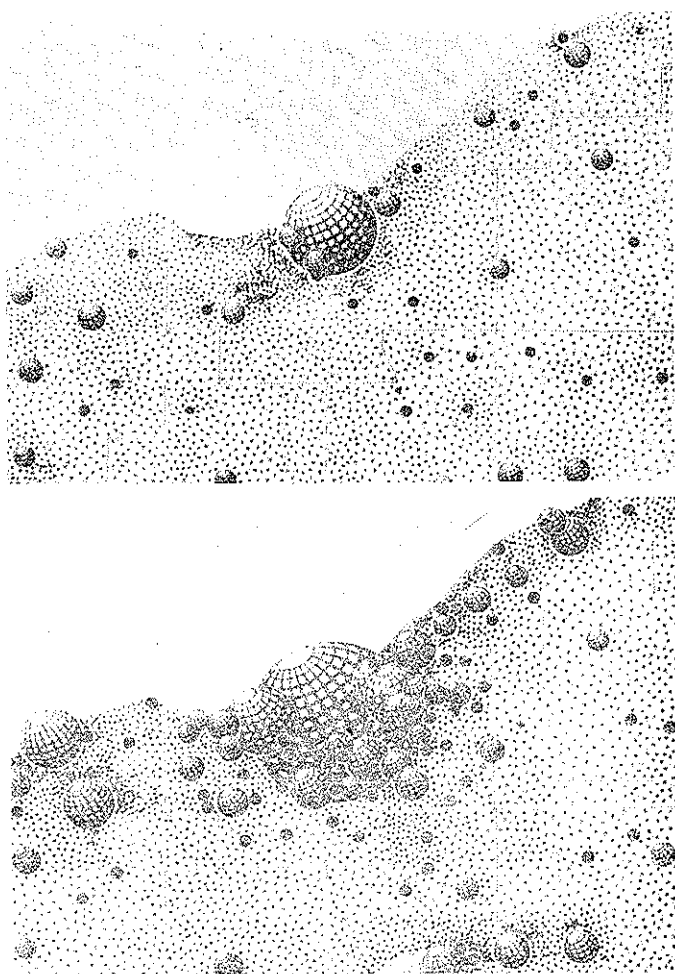
*surveys*» se convirtieron en Gran Bretaña en un modelo indudable para la planificación del territorio, así como para la docencia y la investigación geográfica.

Las ideas de Geddes se popularizaron en la geografía británica, sobre todo, a través de Andrew J. Herbertson, pero influyeron sensiblemente también en H. J. Fleure, en H. Mackinder, en L. Dudley Stamp y en C. B. Fawcett, entre otros, originando una tradición de investigaciones geográficas que, sin duda, tiene muchos puntos en común con el desarrollo de la ecología humana norteamericana, aunque el peso de la tradición geográfica acentuara en ella el estudio de los aspectos físicos y regionales.

Seguramente, es esa tradición la que explica la atención que bien tempranamente prestó a los temas urbanos un discípulo de Fawcett, Robert E. Dickinson. Cuando a fines de los años 1940 este geógrafo se instaló en Estados Unidos, esa formación de base le condujo naturalmente a un acercamiento a la ecología humana, como se refleja claramente en su libro *City Region and Regionalism. A geographical contribution to Human Ecology* (1947), que tan decisiva influencia tendría en el desarrollo de los estudios de geografía urbana.

En la escuela francesa, aparte de las numerosas declaraciones explícitas de los fundadores (Vidal, Martonne, Brunhes), en el sentido de que el geógrafo debería estudiar, sobre todo, las relaciones entre el hombre y el medio, debe citarse la definición de Albert Demangeon (1942) para quien «la geografía humana es el estudio de las agrupaciones humanas en sus relaciones con el medio natural». Dicha definición es para M. Derrueu (1962) «la más aceptable», con la única condición de que «tengamos en cuenta que en un mismo lugar se superponen varios grupos humanos de diferentes tipos y que los vínculos que explican la vida de dichos grupos no los hace depender siempre de un medio ambiente inmediato». Pero fue, sobre todo, Max Sorre el que más ampliamente siguió este camino hacia la ecología. Desde su tesis doctoral sobre los Pirineos mediterráneos (1913), que subtítulo *Ensayo de Geografía bio-*





Mapa de la población de Ohio en 1880 y en 1930, realizado por Guy-Harold Smith. Ilustración del trabajo de Manuel de Terán. La representación cartográfica de la densidad de población, CSIC. 1951.

lógica, hasta su monumental obra sobre *Les fondements de la Géographie Humaine* (1943-1952), Sorre fue precisando sus puntos de vista en un sentido claramente ecologista.

El primer volumen de su obra básica sobre los fundamentos de la geografía humana, dedicado a los fundamentos biológicos, fue subtítulo de forma bien significativa *Ensayo de una ecología del hombre*, y en él expone Sorre las líneas esenciales de su pensamiento. Este volumen es, como él mismo declara, «un discurso de las relaciones del hombre y su medio, considerados bajo el ángulo de la geografía». El autor afirma explícitamente que «en el amplio sentido de la palabra *toda geografía humana es ecología*; es por ello por lo que la geografía humana es una disciplina autónoma distinta de la ecología o la sociología». Sorre analizó en este primer volumen los diferentes aspectos del hombre como ser vivo sujeto a unas condiciones de existencia y sometido a la influencia del medio. En los dos restantes volúmenes abordó el estudio de los fundamentos técnicos de la geografía humana, pero siguió situando en el primer término de su preocupación el aspecto de las relaciones hombre-medio.

Por los años 1940 otros geógrafos franceses adoptaron también, al menos en discusiones teóricas, la concepción ecológica, al poner el acento en las «combinaciones» de fenómenos diversos, físicos y humanos que, con diferentes grados de complejidad, se dan en el espacio. Dichas combinaciones de elementos, que se ponen en juego en cada espacio regional concreto, definen el medio, el cual se entiende cada vez más en un sentido amplio que incluye el ambiente físico y las modificaciones introducidas en él por la acción humana. «El medio no es más que la organización de las fuerzas productivas en un marco espacial concreto», escribió Cholley en 1948, y con ello se acercaba, sin duda, al concepto del medio social que usaban los ecólogos humanos de Chicago.

Años más tarde, la aplicación de conceptos más rigurosos, como el de ecosistema, permitiría precisar más el estudio de las interrelaciones, tanto en el campo de la ecología sociológi-

ca como en el de la geografía. En el primero, desde mediados de los años 1950 existen intentos como el de Stanley Cain (1956) de aplicar el concepto de ecosistema para sistematizar las investigaciones sociológicas; poco después Otis D. Duncan (1959 y 1961), lo aplicó también al ecosistema urbano, considerando que el conjunto de una estructura humana puede ser comprendido como el resultado de la interacción de cuatro elementos fundamentales: la población, el medio, la tecnología y la organización social. En el campo de la geografía, el auge positivista de la revolución cuantitativa facilitó que, desde comienzos de los años 1960, se produjeran también intentos semejantes, en particular en el ámbito de la geografía anglosajona. El concepto de ecosistema llegó aquí en un primer momento desde la ecología biológica, donde por aquellos años F. R. Fersberg y E. P. Odum, entre otros, realizaban esfuerzos para analizar el impacto de la acción humana sobre ecosistemas simples o relativamente aislados. Los geógrafos emplearon el concepto de sistema y ecosistema para el estudio de la tradicional relación hombre-medio, sobre todo después de que Edward Ackermann reformulara en 1963 el problema clave de la geografía, afirmando que éste era nada menos que «la comprensión del enorme sistema de interacción que comprende toda la humanidad y su medio ambiente natural sobre la superficie de la Tierra», (Ackermann, 1963). A partir de entonces, al mismo tiempo que los geógrafos físicos estudiaban los ecosistemas naturales de la superficie terrestre, los geógrafos humanos acometían el de los ecosistemas rurales, el de ecosistemas naturales afectados por actividades no agrarias, (lagos y turismo, montaña y turismo), o el de la ciudad considerada como un ecosistema. Siguiendo las tradiciones de la disciplina, los geógrafos han tendido a insistir en la organización social de los ecosistemas, en la diversidad que producen sobre la superficie terrestre, o en el paisaje ecológico resultante. Para muchos geógrafos, tanto de la tendencia cuantitativa como de las que se oponían a ella, la vía ecológica parece particularmente ventajosa porque aleja el peligro de la divi-

sión de la geografía. Así, en una antología realizada por S. R. Eyre y G. Jones (1966), y que lleva el mismo título que el famoso discurso de Barrows (*Geography as Human Ecology*) se declara explícitamente esta superioridad: «si se acepta la premisa de que la geografía es una ecología humana, al ser absolutamente esenciales para su existencia tanto los elementos naturales como los humanos, lógicamente dejan de existir divisiones como la geografía física y la geografía humana».

## 5. Los orígenes de la geografía social

La dificultad de separar lo «social» de lo «humano» y el uso próximo de estos términos en la bibliografía anglosajona ha establecido numerosas conexiones en su empleo, de forma que para muchos los términos geografía social y geografía humana fueron y son, en realidad, equivalentes. El uso del término social implica, desde luego, que el hombre actúa con otros individuos, como grupo o sociedad. Pero puede hacerse la pregunta de si es posible la existencia de una geografía humana que no sea necesariamente social. La respuesta parece evidente, y permite a muchos geógrafos sostener la identificación entre geografía social y humana. Es el enfoque que Emrys Jones (1975) ha calificado de «holístico» o integrador.

Otros, sin embargo, prefieren considerar a la geografía social como una rama de la geografía humana. En este caso se trataría, sobre todo, de una cuestión de acento: consideran que la geografía social se interesa por la sociedad en sí misma, por las relaciones sociales, y no por el resultado de la actividad social, el cual constituiría, en cambio, el objetivo de los geógrafos del paisaje o de los geógrafos culturales. El límite con estos últimos es, de todas formas, muy difícil de establecer y la separación en ocasiones simplemente inexistente. El problema de la identificación del campo de la geografía social se complica, por la polivalencia del término «estructura social», que puede incluir o no la organización económica de la sociedad.

Algunas de las presentaciones históricas que recientemente se han hecho sobre la geografía social hacen remontar el origen de esta tendencia a los mismos padres fundadores de la geografía humana, Ratzel y P. Vidal de la Blache. Se trata, sin duda, de una pretensión desmesurada, aunque algunos de los planteamientos de lo que luego sería la geografía social aparezcan ya en ellos. El concepto de modo de vida —acuñado por Vidal de la Blache para designar el conjunto de las actividades mediante las cuales el grupo que las practica asegura su existencia, y que se concibe como una combinación de técnicas y de prácticas sociales adaptadas al medio (modo de vida pastoril, pesquero, agrario, nómada o esquimal)— conducía necesariamente hacia el análisis de la organización social de esos grupos, aunque se integraba dentro de la preocupación más general por las relaciones entre el hombre y el medio.

Más correcto parece buscar esos precedentes entre algunos autores menos destacados que a principios de siglo defendieron ya la existencia de una geografía social como un campo relativamente autónomo. Entre ellos puede citarse el inglés G. Hoke; en un artículo publicado en 1907 sostuvo que la geografía social debería tratar de «la distribución en el espacio de los fenómenos sociales», y conducir también a la «descripción de la secuencia y significado relativo de aquellos factores cuya influencia da lugar a la localización en el espacio de la serie de fenómenos sociales investigados»; ello representaba tratar específicamente de «dos hechos y los productos de la asociación humana», tales como «características de grupos, industrias, tecnología, instituciones, costumbres, creencias y fenómenos relacionados con ellos», así como estimar «el significado de los diversos factores que influyen en su distribución».

Si la expresión geografía social había sido ya usada desde principios del siglo (por E. Reclus, por E. Demolins, por Jean Brunhes y por Gutiérrez Sobral, entre otros) es a partir de los años 1940 cuando empieza a difundirse realmente y cuando se configura lo que sería una nueva tendencia social dentro de la disciplina. Sin duda, la geografía humana había tratado ya

aspectos sociales en el estudio de la población, de los modos de vida, del poblamiento o de las actividades económicas; pero realizaba de ellos un tratamiento subordinado, dentro de la preocupación prioritaria por el paisaje y la síntesis regional. Pero en los años 40 se produjeron algunos hechos que obligaron a prestar una mayor atención a las características y a la organización social.

Desde los años 1930 las tesis de geografía regional habían empezado a especializarse, y dentro de un marco territorial definido convencionalmente como «regional» algunos geógrafos preferían abordar el estudio en profundidad de un problema concreto. Ello obligó a que en las investigaciones de orientación humana se tuviera que prestar mayor atención a los factores sociales de la organización del territorio. Particularmente clara es esta evolución en las tesis de geografía agraria francesa, que llegarían a subtitularse en muchos casos «estudios de geografía social». Un ejemplo podría ser la tesis de E. Juillard sobre *La vie rurale dans la Plaine de la Basse Alsace* (1953). En Alemania, por los mismos años, la geografía social aparece como un esfuerzo por encontrar factores explicativos de la organización de los paisajes geográficos, buscando dicha explicación en la actividad de los grupos humanos. Si algunos —como veremos más adelante— trataron de encontrar los mecanismos explicativos en las formas económicas (caso de Leo Waibel), otros pusieron énfasis en el conjunto de las características «sociales» de los grupos humanos.

Esta evolución planteó momentáneamente grandes problemas en cuanto a una posible relación conflictiva con la sociología. Es cierto que el ambiente sociopolítico de la posguerra mundial había facilitado la introducción de nuevos temas, como la geografía electoral, los comportamientos políticos o religiosos, y las agrupaciones sociales. Pero los geógrafos afirmaban, en general, que su interés se centraba en el espacio en tanto que sustrato de los hechos sociales, y se limitaban frecuentemente a cartografiar esos fenómenos y a analizar su distribución espacial, dejando gustosamente a los

sociólogos el estudio de las interrelaciones de los grupos sociales.

De todas formas, el desarrollo de una geografía social debía conducir, antes o después, a que se planteara el problema de la relación con la sociología. La evolución de la geografía social en algunos países así lo muestra.

## 6. La geografía social en Alemania

El fundador reconocido de la geografía social alemana fue Hans Bobek. Desde 1928 Bobek planteó ya su estudio sobre Innsbruck considerando a la ciudad como «la expresión espacial de las fuerzas de la vida urbana», y pasó después a posiciones que podríamos considerar economicistas, al considerar el desarrollo urbano en relación con las funciones económicas desempeñadas por las ciudades. Tras un paréntesis geomorfológico y la interrupción provocada por la guerra mundial, se interesó a partir de 1946 por los problemas de la geografía de la agricultura, del poblamiento y de la ecología de los paisajes, temas que desarrolló, sobre todo, después de su traslado a Viena en 1948. Pero desde los años 1950 Bobek enlazó otra vez con sus primeras preocupaciones de geografía social, interesándose por los problemas de la evolución socio-económica. Para él la geografía social era «el tratamiento del elemento humano en el marco del esquema geográfico total». Dada la preponderancia de lo paisajístico en dicho marco teórico, su interés se dirigió hacia los comportamientos sociales que dejan su huella en el paisaje, analizando los «grupos de formas de vida social» (*Lebensformengruppen*) como estructuras socio-geográficas fundamentales, así como, a otra escala, los grupos culturales (o *Kulturgemeinschaften*). En su preocupación por encontrar nuevos caminos profesionales a los geógrafos, Bobek se ocupó activamente en Viena desde comienzos de los 50 de tareas de planificación territorial, y consideró que para ello «una geografía social bien entendida», del tipo de la que él

estaba tratando de desarrollar, «era especialmente adecuada para los estudios espaciales» (según la declaración autobiográfica de Bobek, en Buttner, 1983). La relación con los urbanistas y el consiguiente conocimiento de las propuestas de la Carta de Atenas, así como la misma tradición geográfica que él mismo había contribuido a impulsar, está en la base de su conceptualización de las funciones sociales con sus correspondientes exigencias específicas espaciales, cuya determinación y análisis debería ser una de las tareas del geógrafo social.

También desde los años 1950 Wolfgang Hartke y sus discípulos insistieron en que la percepción y evaluación del espacio realizada por los grupos sociales que poseen el suelo es lo que confiere a los factores naturales uno u otro valor, y constituye el punto de partida para entender la forma como se realiza la explotación de los recursos. Hay que partir por ello de la sociedad, propugnó Hartke, para llegar a comprender la organización del paisaje en auténticos «espacios geosociales».

Siguiendo la huella de Bobek (escuela de Viena) y la de Hartke (escuela de Munich) se despertó en la geografía alemana un gran interés por las investigaciones de geografía social, es decir, por el estudio de las sociedades humanas como grupos espaciales. La consideración de estos grupos sociales como grupos unidos por relaciones funcionales constituyó una reacción ante los enfoques excesivamente morfológicos de la geografía humana alemana en la línea de Otto Schlüter, y enlazó, por otra parte, con la fuerte tradición etnográfica de la geografía humana alemana, a la vez que representaba una vía contrapuesta a los enfoques más economicistas propuestos por Ottemba.

En la línea de las propuestas de Bobek se desarrolló más tarde el enfoque funcional de Karl Ruppert y su discípulo Franz Schaffer, para los cuales la geografía social constituiría el estudio de los «grupos humanos» como «portadores de funciones» y «creadores de estructuras espaciales». Las seis funciones básicas que ellos reconocen (reproducirse y vivir en comunidad; habitar; trabajar, abastecerse y consumir; educar-

se; descansar; y desplazarse) tienen unas demandas específicas de espacio y pueden ser abordadas desde diferentes perspectivas de la geografía humana. La geografía social para estos autores se define como «la ciencia de las formas de la organización espacial y de los procesos conformadores de espacio de las funciones existenciales básicas de los grupos y sociedades humanas» (Ruppert y Schaffer, 1969). A través de ella se aspira a comprender y explicar las estructuras sociales diferenciadas regionalmente, y la diferente fisonomía espacial de las funciones vitales de los grupos sociales o de las sociedades. Al mismo tiempo, la geografía social puede mostrar también la aparición y la transformación de las estructuras espaciales existentes. Con su propuesta Ruppert y Schaffer creían asegurar la unidad de la geografía humana, frente a los peligros de fragmentación, y reforzar la competitividad de la disciplina en el campo de la enseñanza.

Las concepciones funcionalistas han recibido fuertes críticas desde diferentes perspectivas. A partir de una posición de carácter socio-cultural Eugen Wirth (1977), por ejemplo, ha discutido las insuficiencias del concepto de «grupo social», al que considera confuso y califica de sustancialista, proponiendo la utilización en lugar del «concepto sociológico de grupo como contexto de interacción de personas»; al mismo tiempo ha impugnado la noción de «funciones vitales básicas», como algo alejado también de las ideas usadas habitualmente por la moderna sociología. En lugar de esas formulaciones propone una alternativa en la que la geografía social aparece «como una nueva subdisciplina de la geografía cultural», que valore la acción y la interacción social, y que dedique atención a los sistemas culturales y al comportamiento espacial.

Desde otras perspectivas se añadieron todavía nuevas críticas de especial trascendencia a las propuestas funcionalistas. Así desde posiciones marxistas algunos geógrafos, como G. Leng o T. Rhode-Jüchtner, propusieron a mediados de los 70 incorporar explícitamente la noción de clase social, realizar una clasificación jerárquica de las funciones distinguiendo

entre «trabajar» y «consumir», y prestar particular atención a los agentes sociales que toman las decisiones que afectan de forma esencial a la organización espacial. En los debates que se realizaron, la necesidad de partir explícitamente de una teoría social —ya fuera de carácter marxista o de otro tipo— apareció como una conclusión generalmente compartida, lo cual obligaba a una relación creciente con la sociología y planteaba, consecuentemente, la exigencia de debates teóricos para delimitar los campos respectivos.

## 7. La geografía social en Francia

Un resultado semejante ha tenido el debate sobre la geografía social en Francia y parecido ha sido también el marco en el que se realizó, dado que también en este país el predominio de la concepción regional clásica fue incuestionable hasta comienzos de los años 1970. Las diferencias proceden de las propias tradiciones geográficas nacionales y del carácter relativamente discontinuo que ha tenido el desarrollo de la geografía social francesa desde 1940.

En Francia, la militancia comunista de algunos influyentes geógrafos si, por un lado, condujo la atención hacia los problemas sociales y favoreció el desarrollo de una geografía social, por otro, debido a las posiciones del marxismo ortodoxo de la época, pronto convirtió a ésta en una rama subordinada de la geografía económica. La evolución aparece bien clara en la obra de Pierre George. En 1946 este autor publicó una breve *Géographie sociale du monde* en la que cuestionó la validez del concepto tradicional de modo de vida, y propuso sustituirlo por la de «sistema económico y social». En esa obra la geografía social se diferenciaba claramente de la economía, ya que ésta estudiaría el hombre «como productor y consumidor de cosechas y productos fabricados», mientras que la primera le consideraría «como miembro de colectividades vivientes, con una organización propia, un modo de vida particular y

## Algunas definiciones de la geografía social

«La geografía social es la ciencia de las formas de la organización espacial y de los procesos conformadores de espacio de las funciones existenciales básicas de los grupos y sociedades humanas.» (K. Ruppert y F. Schaffer, 1969).

«La geografía social estudia la manera en que los hombres se comunican, intercambian o realizan la interacción. Se interesa en las configuraciones complejas de un grafo cuyos vértices son los individuos y los vectores los desplazamientos que efectúan o los flujos que engendran. El conjunto así constituido es un sistema cuyas partes son interdependientes. La experiencia muestra que las elecciones sucesivas de los actores no son generalmente desordenadas, anárquicas, sino muy al contrario, que las figuras son geométricas y se reproducen frecuentemente de un punto a otro. La geografía social general explica las razones de estas regularidades y permite prever las localizaciones de ciertos elementos de un sistema cuando los otros están dados.» (Claval, 1974).

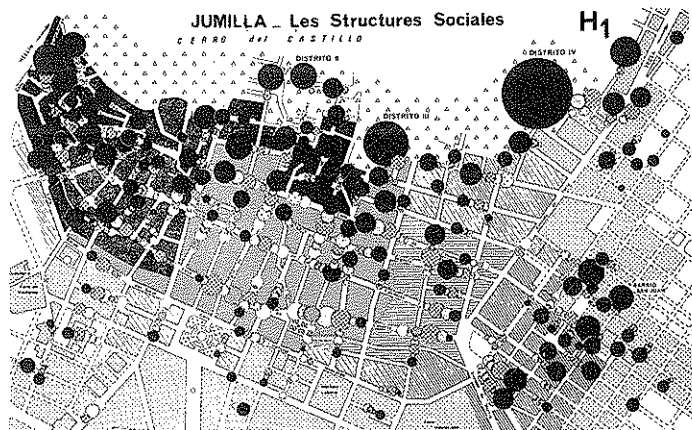
«La geografía social es el estudio de la función social del espacio y de la condición espacial del hombre, considerados en una triple dirección; los espacios sociales, la estrategia espacial de los grupos y subgrupos sociales y la estructuración social del espacio.» (Renée Rochefort, 1972.)

«El objeto de la geografía social reside en la exploración de las interferencias entre las relaciones sociales y las combinaciones geográficas y, de una manera más amplia, entre las sociedades y espacios; estas interferencias, estas interrelaciones, realzan por cierto lo económico, pero también lo jurídico, lo cultural y lo ideológico. La geografía social se define, pues, complementariamente, como una *geografía de los hechos sociales* (de su distribución espacial, de sus relaciones con el espacio...) y una *sociología de los hechos geográficos* (analizar en las combinaciones geográficas el rol de las relaciones sociales y, en particular, de las relaciones, conflictivas o no, de clase.)» (Robert Herin, 1982).

ocupando un lugar determinado en la jerarquía de las civilizaciones», todo lo cual constituiría «el aspecto más geográfico de la geografía humana». Pero más adelante, en otras ediciones de la misma obra, adoptó un punto de vista marxista, según la ortodoxia de la época, y tendió a considerar las relaciones sociales junto con las relaciones de producción, con lo que la geografía social aparece «como una óptica de la geografía económica, que transforma a ésta en geografía humana en sentido pleno».

Quizás sea ello lo que explique que después de que en el decenio posterior a la guerra mundial hubieran aparecido numerosas propuestas para desarrollar una geografía social, a partir de 1955 éstas prácticamente desaparecieron. Para gran parte de los miembros de una comunidad científica tan conservadora como la de los geógrafos franceses, la insistencia en lo social no sólo podía ser políticamente peligrosa, sino también amenazadora para la propia disciplina. Por otro lado, para los más progresistas, el ejemplo de Pierre George conducía a considerar lo social desde el punto de vista de las relaciones de producción y, por consiguiente, en cierta manera, a subordinar lo social a lo económico.

En ese contexto sólo algunas excepciones pueden citarse de esfuerzos realizados en Francia por los años 1950 y 60 para desarrollar explícitamente una geografía social. Entre ellas, de manera destacada, la obra de Renée Rochefort *Le travail en Sicile. Étude de Géographie Sociale* (1951) y las reflexiones teóricas y metodológicas que siguieron a estas tesis, en las que reivindicó la necesidad de un desarrollo autónomo de la geografía social, lo que en el panorama francés de la época venía a significar que había que situar los hechos sociales como factor preponderante para explicar la organización de los paisajes terrestres y de las interacciones espaciales que están en el centro de las preocupaciones geográficas. Como señaló la misma autora, esto significaba, en definitiva, la necesidad de introducir un importante cambio de orden de los factores geográficos: «el grupo humano primero, el espacio después».



El geógrafo francés Robert Herin ha dedicado una sostenida atención a la geografía agraria y a la geografía social, y en estos dos campos sus trabajos se cuentan entre los más estimulantes y renovadores de la geografía francesa actual. Su producción científica se caracteriza también por su rigor intelectual y por su inequívoco compromiso social. La figura muestra una lámina de su atlas socioeconómico sobre la cuenca del Segura, realizado con ocasión de su tesis doctoral.

El renacer de la geografía francesa sólo se realizó a partir de los años 1970. Y en cierta manera se produjo, a la vez, como una reacción contra la geografía clásica marxista —la de la escuela de Pierre George— con su énfasis en lo económico, y como una profundización y renovación de dicha reflexión marxista. En el primer caso se encuentran las obras de Paul Claval que, dentro de una orientación humanista, intenta

hacer de lo social el fundamento de toda la geografía humana. En sus *Principes de géographie sociale* (1973) y en los *Elements de la géographie humaine* (1976) Claval dedica un amplio esfuerzo a afirmar las bases sociales de la geografía humana, explorando la utilidad de conceptos precedentes de la sociología norteamericana, tales como el de rol, grupo, personalidad, comunicación e interacción social. Son siempre los hechos sociales y, no los económicos —aunque evidentemente éstos no se desconocen— los que se anteponen en la explicación.

Una aproximación parcialmente diferente realizan otros geógrafos que se sitúan en la tradición de la geografía marxista francesa y que conceden un papel importante a la economía y a las relaciones de producción en la caracterización de la estructura social. A ello se une también, generalmente, un vivo interés en las desigualdades sociales que reflejan la organización de la sociedad en clases y las consecuencias espaciales que derivan de ello en forma de segregación o marginalidad social, con los comportamientos correspondientes. Una serie de tesis doctorales realizadas a mediados de los años 1970 se han convertido, de hecho, en estudios sociogeográficos o incluso de «geografía sociológica», planteando de forma sugestiva el problema de la organización social y la división del espacio social. Tal como ha escrito Robert Herin (1982), esa geografía social aspira a ser «una geografía de los hechos sociales y una sociología de los hechos geográficos».

## 8. La geografía social en el mundo anglosajón

En Gran Bretaña, el desarrollo de la geografía social fue menos conflictivo que en otros lugares. Por un lado, la influencia de la obra de Patrick Gaddes entre los geógrafos favorecía, como hemos visto, la relación con la sociología. Por otro, la comunidad de sociólogos no era tan pujante como en los Estados Unidos o en otros países, y su campo había sido parcialmente ocupado por la antropología social, lo que dismi-

núa notablemente los motivos de conflicto institucional. Eso explica que los estudios de «*social geography*» alcanzaran un cierto desarrollo ya desde los años 1940. Es seguramente en ese país donde se elevaron más voces en favor de la sustitución del término geografía humana por el de geografía social, aunque no dejaron de existir propuestas en favor de su consideración como una simple rama de aquélla. Pero también en ese país, el desarrollo de esos estudios provocó reticencias. En la década de los 40 algunos geógrafos temieron que ello condujera a una excesiva asociación con las ciencias sociales e implicara un peligro para la identidad de la geografía como disciplina diferenciada. Por eso se elevaron voces que insistían en la necesidad de acentuar el peso de lo físico —de la «*ge*», como escribió S. W. Wooldridge— en los estudios geográficos, disminuyendo correlativamente el de lo social y económico. Esa opinión reflejaba el miedo de ver nuevamente amenazado un campo de estudio, el de la geografía, que hasta los años 1930 había sido muy poco sólido en la universidad británica, y fue compartida por todos los partidarios de los estudios integrados de carácter regional o paisajístico. Pero no fue bastante potente como para impedir el desarrollo de esa línea social y evitar que, al igual que en otros países, algunas obras sobre problemas humanos comenzaran a subtitularse de «geografía social»; como por ejemplo la de R. E. Dickinson: *The population problem of southern Italy: an essay in social geography* (1955).

El temprano impacto de la geografía cuantitativa de base neopositivista condujo la atención de los geógrafos británicos en la década de los 50 hacia otros campos de interés, desviándoles de la preocupación estrictamente social. El espacio y su organización pasaron entonces a un primer plano y el reduccionismo naturalista no facilitaba el camino hacia una ciencia social autónoma. En un ambiente de búsqueda de las regularidades espaciales, el desarrollo de una geografía específicamente social podía resultar poco atractivo y se traducía, como máximo, en el esfuerzo por fundamentar una física social.

Sin embargo, hay que decir que bien pronto algunos autores formados en la geografía cuantitativa se encontraron insatisfechos con esa corriente y sintieron la necesidad de dirigirse otra vez hacia la sociología, e incluso de partir de ella, para poder explicar correctamente la organización espacial. El caso más significativo es seguramente el de R. E. Pahl. Enfrentado con el problema de estudiar aspectos de la organización espacial de Londres (en su tesis *Urbs in rure*, 1964), y apoyado en la rica tradición de la ecología humana y de la geografía social inglesa, comprobó la insuficiencia de una aproximación puramente geométrico-cuantitativa y la importancia decisiva de aspectos sociales, en particular la segregación, en la organización del espacio.

Pahl había iniciado su investigación en un intento de estudiar las influencias «urbanas» sobre un área «rural» de la franja periurbana de Londres y pensaba que sería posible usar un modelo espacial en el que la accesibilidad a las funciones sería la variable fundamental. Pronto, sin embargo, se dio cuenta que «tratar el conjunto de la población como si fueran átomos sociales que poseen ciertas regularidades matemáticas era un ejercicio sin sentido», lo cual le obligó a usar «modelos conceptuales no espaciales», (Pahl, 1967). Su investigación le mostró, pues, «la necesidad de abandonar los conceptos geográficos tradicionales y sustituirlos por un enfoque sociológico del problema estudiado», un enfoque en el que conceptos tales como la estratificación social y las aspiraciones y valores compartidos por los grupos sociales serían elementos esenciales.

En Gran Bretaña, como en todo el mundo anglosajón afectado por la revolución cuantitativa, el desarrollo de la geografía de la percepción y del comportamiento, y en general el impacto de la psicología conductista a partir de 1965, supuso otra vez la aparición de una preocupación específica por lo social. La incorporación del comportamiento social o individual y de lo subjetivo, enlazó también con las críticas que en el campo de la economía se hacían a los modelos económicos



que aceptan el comportamiento racional del *Homo oeconomicus*. De esta forma los mismos planteamientos economicistas se verían obligados a incorporar dimensiones psicológicas, antropológicas y sociales hasta ahora poco tenidas en cuenta.

Poco más tarde, ya en los años 1970, la reacción antipositivista y las geografías «radicales», de carácter humanista o marxista, reforzarían más aún esta tendencia a la preocupación por los problemas sociales y al contacto con la sociología y otras disciplinas sociales.

La geografía social ha adquirido por ello un prestigio creciente dentro de la disciplina. Cada vez se publican más trabajos con el calificativo de «sociogeográficos»: análisis sociales de la vivienda, de la pobreza, el desempleo, la delincuencia, los conflictos raciales, los comportamientos electorales, las organizaciones religiosas, etc. En general, se trata de grupos definidos por características sociales, como son las creencias, los rasgos étnicos o los comportamientos. En las reseñas que hoy hacen algunas revistas geográficas, todos estos temas se incluyen dentro del área de la «geografía social», aunque no conste en su título esta expresión, de la misma manera que se integran en las antologías o tratados de geografía social. Incluso aspectos que antes formaban parte de otras ramas de la geografía humana, como la enfermedad o la muerte, pueden incluirse actualmente bajo esta rúbrica y, con más razones, otros que pueden considerarse específicamente culturales, como la lengua o la religión. La geografía urbana o la rural se convierten en ramas de la social, o pasan a ser enfocadas desde esta perspectiva.

En general los trabajos recientes de geografía social en el área anglosajona presentan dos vertientes. Los análisis de los patrones de *distribución* espacial de los grupos sociales y de su comportamiento constituyen muchas veces el punto de partida; las investigaciones sobre los *procesos* que actúan en la sociedad y que explican esas distribuciones son objeto de un análisis posterior. Estos dos aspectos, patrones y procesos, entran en la definición que hacen algunos autores, como por

ejemplo R. E. Pahl, de la geografía social, siendo a través de su estudio, que se puede llegar a «la comprensión de poblaciones socialmente definidas en su localización espacial» (Pahl, 1965). Con mucha frecuencia se trata de trabajos a los que se acostumbra a llamar —inadecuadamente, desde una perspectiva cartográfica— «micro-escala» o «meso-escala».

Más raros son los análisis al nivel de «macro-escala», sobre el conjunto de un país, aunque tampoco faltan y en algún caso se propongan explícitamente como una nueva clase de geografía regional (Watson, 1970). Los problemas en uno y otro caso, pero sobre todo en la primera escala, radican frecuentemente en la carencia de datos accesibles, ya que éstos normalmente se presentan por unidades administrativas territoriales (municipios, provincias) y no por grupos sociales, y facilitan escasa información sobre los procesos sociales. Las cuestiones planteadas por la desagregación de los datos disponibles son numerosas, así como el de la integración de lo individual en los estudios agregados, para lo cual parece ofrecer buenas perspectivas al método antropológico, usado hoy de forma cada vez más amplia por los geógrafos.

La clase social sigue estando con frecuencia ausente, pues muchos geógrafos sociales insisten en que las divisiones sociales no son rígidas e inmutables y que las mismas personas pueden formar parte a la vez de círculos sociales diferentes y ocupar diferentes grupos a lo largo de la vida; por ejemplo, son sucesivamente jóvenes y viejos. Recientemente, sin embargo, los aspectos referentes a la clase social pasan a ser valorados de forma creciente, como hemos visto que ocurre en la geografía francesa y alemana. Hay también un gran interés por los procesos políticos que organizan la sociedad y afectan al espacio: instituciones, organizaciones locales, políticas sociales, acceso a servicios públicos, burocracia y gestión, relaciones entre poder local y central. El marxismo ha contribuido a introducir nuevos temas y nuevas perspectivas en la geografía social anglosajona. Las traducciones que se han hecho al inglés de obras de sociólogos marxistas como Manuel Castells,

cuya obra *La cuestión urbana* fue traducida en 1977, han dado —en palabras de Robson— «una nueva dimensión a los paradigmas de la geografía social». Todo ello provoca, también aquí, una nueva convergencia entre los intereses de la geografía social y de la geografía económica, y plantea no pocos problemas en la delimitación con la sociología y con otras disciplinas sociales. En esta situación, la pretensión de muchos de los cultivadores de la geografía social es la de contribuir a «la emergencia de una disciplina académica» (Jones, 1975). A pesar de todo, el desarrollo reciente no ha permitido fijar con exactitud los límites de la geografía social y sigue constatándose la «ambigüedad latente en este campo» (Ley, 1977), o afirmándose que esta ciencia «está falta de una clara formulación de sus objetivos y de su campo» (Robson, 1979).

## IV. Geografía y economía

### 1. *La geografía de la producción y el comercio*

Antes del siglo XIX, las cuestiones económicas eran abordadas por los geógrafos en el marco de la descripción de países. La preocupación por la riqueza de las naciones, sus recursos económicos y producción, su población y comercio, era habitual en los grandes tratados de geografía universal que se publicaron durante el siglo XVIII, entre los cuales el de Büsching constituye, en este sentido, un ejemplo particularmente destacado. La necesidad de ordenar gran número de datos estadísticos sobre estos temas se tradujo en una temprana relación de la geografía con la estadística, patente sobre todo en Alemania desde fines de esa centuria y durante la primera mitad del ochocientos.

A lo largo del siglo XIX el interés por lo económico se reflejó en el desarrollo de una geografía de la producción y de los intercambios, y en particular en una geografía comercial que algunos autores, como, por ejemplo, el alemán Götz en 1882, consideraron como una especie de rama aplicada de la geografía. La expresión «Geografía comercial» se incluyó en el título de numerosas revistas y obras generales en el último tercio del XIX, al tiempo que la «Geografía Económica, Comercial y Estadística» se individualiza como comisión específica en los congresos internacionales de la materia, desde el segundo congreso celebrado en 1875, al quinto, que tuvo lugar en 1889. En general, durante la segunda mitad del siglo XIX la

geografía comercial comprendía todo el dominio de lo que hoy llamamos geografía económica, y tenía normalmente un carácter práctico e informativo. Las relaciones comerciales entre las principales potencias y de cada una de éstas con las colonias eran cuestiones de atención preferente.

Durante todo este período los contactos con la ciencia económica fueron relativamente escasos, aunque no inexistentes. Por ejemplo, la utilización de la idea de los rendimientos decrecientes en agricultura, desarrollada por los economistas, hizo adoptar a algunos geógrafos actitudes pesimistas acerca del problema de la superpoblación, o de la «saturación» mundial, en los primeros años de nuestro siglo. En general, los contactos con la economía fueron tempranos en Alemania y Gran Bretaña y particularmente destacados en este último país, donde Halford Mackinder (1861-1947), el creador del primer Instituto universitario británico de Geografía (el de la Universidad de Oxford), contribuyó a fundar también la London School of Economics en 1895. Este importante centro de estudios, cuyo origen se encuentra en relación con las actividades de la Sociedad Fabiana, fue creado bajo el impulso del matrimonio Webb como un intento de formar políticos y funcionarios en las ideas liberales progresistas e ilustradas, adaptando al mismo tiempo el liberalismo decimonónico a las condiciones del período imperial. El primer director de dicha escuela llamado por los Webb fue W. A. S. Hewins, el cual ofreció a Mackinder la plaza de «Lecturer» en «Economic Geography». Desde entonces, y durante treinta años (1895-1925), Mackinder estuvo asociado a dicha Escuela, a la vez que organizaba los departamentos de Geografía de Oxford y Reading, y desempeñaba su puesto de diputado en el Parlamento. Su función como profesor en la L. S. of E. era la de «dar en cada sesión no menos de un curso de lecciones (...) sobre Aplicaciones de la Geografía a problemas concretos de Economía y Política (...) y aconsejar en la organización del Departamento de Geografía de la School of Economics». En 1963 Mackinder sucedió a Hewins como director de la Escuela y

permaneció en dicho puesto durante cuatro años, período durante el cual la L. S. of E. progresó extraordinariamente, siendo sucedido por William Beveridge. Indudablemente, como ha señalado E. W. Gilbert (1961), el contacto de Mackinder con la L. S. of E. fue beneficioso para la geografía británica, dándole una temprana preocupación por los temas económicos. El mismo Mackinder, a pesar de su formación como naturalista (física, biología, ciencias naturales y geología), tuvo que interesarse por ellos, y fue inventor de términos tales como el de «nodalidad», que muestra una clara preocupación por la organización del territorio y por los flujos que en él se producen. Aunque la aportación fundamental de Mackinder dentro de la geografía humana se produciría en el campo de la geografía política, los geógrafos británicos tuvieron que incorporar a sus investigaciones los problemas económicos gracias a este contacto anudado con los economistas.

También en Alemania, donde, como hemos dicho, la relación entre geografía y estadística fue en algunos casos muy estrecha, los contactos con la economía pudieron ser importantes, y se reflejan en la adopción de puntos de vista innovadores dentro de la geografía de la circulación y el comercio, que algunas veces se liga también a la geografía del poblamiento. Es el caso de Wilhelm Götz, cuya obra tiene la particularidad de resaltar la importancia del factor distancia en la localización de hechos económicos, intentando basar en dicho factor un estudio sobre las vías comerciales al servicio del comercio (*Die Verkehrswage im Dienste des Welthandels*, 1888). Se ha dicho que para Götz la geografía económica era «geografía comercial causalmente tratada», y que en sus obras intentó mostrar las relaciones entre el comercio mundial y la producción en las diferentes áreas, destacando también los factores físicos que influyen en dichas producciones.

La geografía de la producción y el comercio no pasó durante mucho tiempo de una enumeración de productos y cifras obtenidas o intercambiadas, con un tratamiento estadístico bastante elemental. La aportación fundamental radica gene-

ralmente en el propio esfuerzo de recolección y comparación de los datos económicos sobre actividades o países. El cuidado con que se realizó esta sistematización y la sucesiva puesta al día de los datos, dio particular relieve a algunos de estos tratados, como por ejemplo al *Handbook of Commercial Geography* (1ª edición, 1889; 18ª ed. 1966) de George G. Chisholm, un geógrafo que desde su cátedra de Edimburgo se preocuparía luego de mantener un constante intercambio de ideas con los economistas y de desarrollar la etnografía económica. En la misma línea se sitúa la obra de L. Dudley Stamp, un geólogo convertido a la geografía y que desde su puesto de profesor de esta disciplina en la London School of Economics (1926-1958) impulsaría decisivamente los estudios sobre utilización del suelo; como docente, su concepción de la geografía económica se refleja en su manual *An intermediate Commercial Geography* (1ª edición, 1927), dividido en una parte general sobre los factores físicos y la actividad económica mundial y una parte corográfica dedicada a la geografía económica de los principales países del mundo.

Obras como éstas que acabamos de citar son bien representativas de una evolución de la geografía económica que tiende a poner un énfasis creciente en los problemas de los recursos naturales, primero en forma de un censo de recursos y producciones y luego en forma de una discusión sobre la relación entre recursos y actividad económica, la cual pronto quedó involucrada en los debates más generales acerca del determinismo. En realidad, eran los factores físicos y biogeográficos, así como los históricos, los que, de forma general, se esgrimían para explicar los problemas de localización y desarrollo de la actividad económica. La existencia en el Congreso Geográfico de 1904 de una comisión titulada «Geografía económica e Hidrología», parece indicar que en aquellos años se consideraba a este elemento geográfico como un factor esencial en la actividad económica, principalmente a través de su influencia en la circulación y el comercio.

Lo que se discutía con gran frecuencia cuando se supe-

## El medio físico en la geografía económica

«Bajo el nombre de *geografía* económica están comprendidos el estudio de la *población* (reparto territorial, distribución, acrecentamiento), considerada principalmente en sus relaciones con el suelo; de la *agricultura*, con indicación sumaria de los principales productos característicos de cada región y de su relación con el suelo y el clima; de la *producción mineral* y de su relación con la constitución geológica; de la *industria* manufacturera en sus rasgos esenciales, y considerada principalmente en su relación con la agricultura y las minas, que le proporcionan sus materias primeras, y con la población, que consume sus productos; las *vías de comunicación* por agua y por tierra, cuyo trazado se subordina al régimen de las aguas, al relieve del suelo y a las necesidades de la población; el *comercio* que, utilizando estas vías, pone los productos de la agricultura y de la industria mineral y manufacturera al alcance de la población y establece corrientes de cambio entre naciones.» (Emile Levasseur, *L'enseignement de la géographie*, comunicación al VI Congreso Geográfico Internacional, Londres, 1895).

«La geografía económica estudia la distribución de toda clase de materiales, recursos, actividades, instituciones, costumbres, capacidades y tipos de habilidades que desempeñan algún papel en el mantenimiento de los hombres.

La agricultura, la industria y el comercio son los principales métodos para el mantenimiento.

Así la geografía económica combina tres fases principales (agrícola, industrial y comercial), aunque la minería, la explotación forestal y la pesca deben ser también consideradas. La geografía económica, como cualquier otra rama de la disciplina, no puede separarse de la geografía física. Su principal problema es descubrir las formas en que la distribución de las condiciones físicas influencia la distribución de los métodos con los que la gente satisface sus necesidades de alimentación, vestido, alojamiento, herramientas y otros productos.» (Ellsworth Huntington: *Principles of Economic Geography*, Nueva York. John Wiley and Sons, 1947).

raban los problemas de intercambio comercial y se planteaban los de producción era, sobre todo, hasta qué punto el clima, la geología u otros factores «geográficos», como la localización, explicaba en mayor o menor grado el desarrollo de ciertas actividades económicas, sobre todo agrícolas, mineras o industriales; sólo excepcionalmente se aludía a los servicios (Cuadro 4). En general, pueden considerarse ejemplo de este tipo de obras todas las que con el nombre de geografía comercial o de la circulación (y económica en algún caso) se citan como publicadas antes de 1930. Pero la influencia de esta concepción puede encontrarse en las definiciones y planteamientos de la geografía económica que se ha hecho todavía en obras generales en una época relativamente reciente. Un ejemplo de ello puede ser la definición de R. N. R. Brown, (1ª ed. 1930; 1946) para quien la «geografía económica es el aspecto de la ciencia que trata de la influencia del medio, inorgánico y orgánico, en las actividades económicas del hombre». De manera semejante, la obra de Howard F. Gregor (1963) realiza «un planteamiento particular del tema, subrayando con énfasis el papel del medio ambiente en las actividades económicas del hombre, más que los productos que el hombre encuentra en el ambiente»; se trata de estudiar «la significación económica del medio ambiente», intentando encontrar respuesta a la pregunta «¿cómo los principales elementos individuales del medio han sido de ayuda, u obstáculos, para el hombre económico?».

## 2. Los paisajes económicos y el espíritu de los pueblos

La influencia de las concepciones regionales y paisajistas produjo una primera renovación de la geografía económica hacia los años 1920, tanto en Europa como en América. En algunos casos las ideas neorrománticas sobre el espíritu de los pueblos, ligadas al Historicismo, llegaron también a esta rama

de la geografía y se utilizaron como elementos explicativos de la actividad económica.

En Alemania la obra de Karl Sapper (1866-1945) supuso un hito decisivo en la evolución desde la geografía de la circulación y el comercio (*Wirtschaftsgeographie*) que integraba aquellos estudios en un planteamiento más general, tal como se refleja en su obra de madurez *Allgemeine Wirtschafts und Verkehrsgeographie* (1930).

Más repercusión tuvo la obra de Alfred Rühl (1882-1935), que ha sido oportunamente valorada por R. E. Dickinson como un hito importante en el desarrollo de la moderna geografía y su autor como «un trabajador riguroso y productivo en el campo de la geografía económica y social», notablemente avanzado respecto a su tiempo. Tras una primera etapa de investigación geomorfológica y oceanográfica, desde 1920 aproximadamente, Rühl comenzó a interesarse por los temas económicos; en 1920 publicó una monografía sobre el comercio exterior de los puertos alemanes y en 1926 publicó otra sobre el papel de localización en la agricultura, con ejemplos australianos. A continuación, influido quizás por las ideas de Max Weber, se interesó por el espíritu económico o *Wirtschaftsgeist* de varios pueblos (españoles, americanos, orientales) con la intención de llegar a una tipología del hombre económico: el espíritu económico de cada pueblo influiría en las formas de trabajo humano que determinaban, a su vez, los distintos tipos de paisaje económico. A pesar de la formación original geológica y naturalista que Rühl poseía —como también la mayor parte de los geógrafos alemanes en ese momento— consideró que era necesario introducir métodos procedentes de las ciencias sociales y económicas para plantear adecuadamente los problemas humanos; sólo el tratamiento de estos problemas desde una perspectiva situada fuera de la tradición naturalista permitiría superar, pensaba, la frecuente atribución del desarrollo económico a los factores naturales, en lugar de destacar la primacía de los socioeconómicos. Es lo que trató de poner de manifiesto en su *Einführung in die*

*allgemeine Wirtschaftsgeographie*, publicada póstumamente en 1938. Rühl publicó una interesante obra en 1932 sobre «la división internacional del trabajo», un estudio estadístico sobre la base de las importaciones de Estados Unidos, en la que aplicó un variado instrumental, para investigar los factores que lo determinan. La influencia de este autor fue grande no sólo directamente a través de sus propias publicaciones, sino también indirectamente a través de su influencia en H. Bobek y W. Hartke.

En el desarrollo de la geografía económica alemana, tuvo igualmente un papel destacado Leo Waibel (1888-1951). Desde los años 1930 Waibel criticó las ambigüedades y los sesgos de la geografía del paisaje y, en particular, la forma como ésta consideraba las actividades humanas en función del paisaje natural. Sus trabajos sobre la geografía de México, y concretamente sobre la Sierra Madre de Chiapas (1930), pusieron énfasis en la influencia de los tipos de economía sobre la organización espacial y dedicaron particular atención a la economía agrícola, tratando de encontrar los principios organizadores de los usos del suelo agrario, así como la validez del esquema de Von Thünen.

Waibel se preocupó ampliamente de la interacción entre los aspectos ecológicos y económicos. De sus estudios de geografía económica tomó la idea de definir el concepto de formación económica, o *Wirtschaftsformation*, como unidad fisiognómico-paisajístico en la que existiría una asociación de plantas cultivadas y especies ganaderas introducidas y controladas por el hombre. Cada forma económica estaría así asociada a su correspondiente y distintivo paisaje económico, del que serían ejemplo las explotaciones de cafetales, las pequeñas unidades campesinas o las praderas, paisajes todos ellos que fueron objeto preferente de atención en su obra.

La influencia de Waibel fue muy fuerte en la geografía alemana, donde ya en 1933 se construyó, en buena parte por influencia de su obra, una asociación de geógrafos económicos, la *Landwirtschaftsgeographische Arbeitsgemeinschaft*, de

la que fueron elementos destacados Gottfried Pfeifer y Wilhelm Credner. Después de la guerra mundial este último desarrolló las ideas de su maestro sobre «formación económica» y «región económica», y desde su cátedra de Geografía económica en la Escuela Superior de Munich impulsó, más tarde, los estudios de planificación y ordenación espacial y las investigaciones sobre países en desarrollo. Pero la influencia de Waibel fue también decisiva en los Estados Unidos, a donde se exiló en 1938. Basta recordar que desde 1941 a 1946 fue profesor de la Universidad de Wisconsin, donde luego se constituiría uno de los núcleos más importantes de la «nueva geografía» norteamericana.

Con la obra de los autores citados —a la que podría añadirse la de otros geógrafos, algunos ya aludidos, como Bobek— la geografía económica fue poniendo un énfasis creciente en los paisajes económicos, a la vez que se afirmaba la importancia de las fuerzas económicas en el modelado de dichos paisajes. El tradicional enfoque geográfico, que partía del medio natural para explicar a partir de ahí algunos aspectos de la organización económica, se fue modificando con ello lentamente y dio paso a una valoración de las influencias recíprocas. Como escribió Rudolf Lütgens en una conocida y extensa obra (*La Tierra y la Economía mundial*, 1949), que refleja bien las ideas de la geografía alemana en la inmediata postguerra —de la que existe una temprana traducción castellana— la geografía económica se debe ocupar de las relaciones recíprocas entre dos elementos: por un lado la naturaleza, el medio físico; por otro la actividad económica dirigida a la producción y al consumo de los medios materiales que se dirigen a la satisfacción de las necesidades humanas. Para Lütgens resulta igualmente justificado tanto el enfoque tradicional de la geografía, que destacaba las influencias del espacio en el hombre economizante, como el nuevo enfoque que ponía énfasis en «las influencias del hombre economizante —que hace economía— en el espacio terrestre, en el paisaje». Punto de vista que coincide con el expresado en otros muchos manuales y obras de la época a un lado y otro del Atlántico (véase Cuadro 5).

## La geografía y los paisajes económicos

«La geografía trata de la distribución espacial (*areal distribution*) de los rasgos físicos y culturales en la superficie de la tierra. La economía es el estudio de aquellas actividades con las que el hombre trata de satisfacer sus ilimitados deseos, utilizando para ello los recursos limitados facilitados por la naturaleza. La geografía económica trata de la distribución espacial (*areal*) de las actividades económicas del hombre en sus esfuerzos para satisfacer sus deseos, y del intercambio interregional de bienes resultantes de la especialización de la producción. Es el estudio e interpretación del paisaje económico. La tarea del geógrafo económico es descriptiva y analítica (...). El campo de la geografía económica es la descripción e interpretación del paisaje económico. Las regiones difieren grandemente en sus paisajes físicos y sus factores económicos. Las diferencias regionales en los paisajes económicos y en la localización de la producción de bienes son resultado de factores físicos, económicos e institucionales actuando combinadamente. La geografía económica, por consiguiente, debe incluir un estudio de todos esos factores.» (William Harrison Carter y Richard E. Dodge, 1939).

«La geografía económica es el estudio de la acción recíproca entre el espacio terrestre y su contenido, con el hombre economizante, y por tanto de la extensión y explicación de sus fenómenos y consecuencias. Como fin último científico se persigue ahora a menudo, desde este punto de vista de la acción recíproca, la investigación y conocimiento del paisaje económico natural y creado, es decir, la obtención del cuadro espacial o del paisaje en la medida en que ha sido condicionada por momentos económicos.» (Rudolf, Lütgens, 1951).

## 3. La primacía de los factores económicos

El desarrollo del interés por lo económico no se hizo sin reticencias, que fueron particularmente grandes en algunas escuelas como la francesa. El peso del magisterio de Vidal de la Blache, que concedía especial atención a los hechos culturales y «de civilización», conducía a una desvaloración de los aspectos económicos y a considerar esa rama como secundaria o, simplemente, como no geográfica. El énfasis en los estudios regionales dentro de la investigación superior implica también un desinterés por los estudios sistemáticos de geografía económica, aunque éstos no dejarán de aparecer en los manuales universitarios o de divulgación.

La situación se fue modificando lentamente y las opiniones se mantenían todavía divididas después de la segunda guerra mundial. En una encuesta realizada por G. Chabot y publicada en «L'Information Géographique» en 1948, la aceptación de la geografía económica como una parte de la geografía humana fue bastante general, pero algunos autores, como Baulig, Digeon y otros, no dejaron de manifestar claras reticencias. Resumiendo la opinión de varios encuestados, Chabot considera que parecían existir dos métodos para tratar las mismas materias y que, de hecho, sólo uno de ellos sería considerado como verdaderamente geográfico: «la geografía humana representaría la geografía pura, reservando algunos capítulos a la circulación o la producción; la geografía llamada económica, que recurre a otros métodos no sería ya geografía».

La década de 1945-1955 ve aparecer al mismo tiempo un cierto número de trabajos en los que se insiste en el interés de los estudios de geografía económica, a la vez que se inicia la realización de estudios concretos sobre estos aspectos, empezando por los que se refieren a la geografía industrial. En 1950 André Allix podía ya escribir que la geografía humana era «cada vez menos una geografía de los campos y los agricultores» y que comenzaba a ser «cada vez más una geografía de las ciudades y de las industrias».

A los problemas de la producción agraria e industrial se unieron pronto los del intercambio y distribución, que enlazaban con la venerable rama de la geografía comercial, así como los del consumo. Estos tres aspectos aparecen en la definición de geografía económica propuesta por Allix en 1948; el estudio de la «coordinación de hechos de producción, consumo e intercambio».

La llegada al magisterio universitario de geógrafos de ideas marxistas, y especialmente el magisterio de Pierre George, contribuyó decisivamente a asegurar el desarrollo de una corriente que acepta «la primacía de lo económico» —la expresión es de Derruau— dentro de la geografía francesa. Nacido en 1909, George se doctoró en 1935 con una tesis de carácter regional sobre la región del Bajo Ródano, en la que aparece claramente ya su preocupación por los temas económicos, que luego se afianzaría con su militancia comunista y la influencia de las ideas de la geografía soviética. Al acabar la guerra y tras su acceso a la cátedra universitaria, primero en Lille, desde 1946, y luego en París, desde 1948, sus ideas alcanzaron una difusión e influencia considerable, que vino facilitada por su enorme prestigio e influencia en el campo académico de la geografía francesa y su prolífica actividad editorial.

Coincidiendo con las ideas de la geografía marxista de la época, que identificaba geografía humana y económica (Cuadro 6), para Pierre George, la geografía humana radica en el estudio del hombre en cuanto productor y consumidor. En una discusión mantenida en 1950 con Maurice Le Lannou, George opuso a una geografía concebida como el estudio del hombre-habitante, otra concepción basada en el estudio del hombre-consumidor: «el punto de partida de la geografía humana —escribió— es el inventario de las fuerzas productivas o, si se prefiere, de los medios de existencia de los grupos humanos». Esta posición fue mantenida por él en los años posteriores, y todavía en 1964, en la introducción de una obra colectiva dedicada a la *Geografía activa*, repetía que «el problema específico de la geografía es el de estudiar en un espacio

## La geografía económica y la teoría de los sistemas

«En términos generales, los geógrafos económicos, como los economistas, están interesados en los sistemas económicos. Un sistema económico es básicamente una estructura organizacional a través de la cual el hombre trata de situar recursos escasos de forma eficiente entre usos alternativos de acuerdo con sus necesidades.

Las actividades básicas de los sistemas económicos pueden ser clasificadas bajo tres títulos generales: *producción, consumo, intercambio*. Dicho de forma general, puede decirse que la fuerza que motiva esas actividades es la *demanda* (...).

Para el geógrafo económico, al contrario que para el economista, el punto fundamental es que oferta y demanda, los reguladores del sistema económico, poseen una componente espacial (...).

Un sistema económico, por consiguiente, posee una *dimensión* espacial, y es eso lo que interesa primeramente al geógrafo (...).

La geografía económica es esencialmente una *ciencia del comportamiento*. Como ciencia del comportamiento que se refiere a la dimensión espacial de los sistemas económicos, la geografía económica está interesada por la construcción de *principios generales y teorías* que expliquen la operación del sistema económico en el espacio. Es pues, un campo de estudio *nomotético*, más que *idiográfico*.» (Peter E. Lloyd y Peter Dicken, 1972).



definido *todas las relaciones de consumo*, entendidas en el más amplio sentido de la palabra, y *los fenómenos de producción*», aunque ahora complementara su pensamiento añadiendo que la tarea del geógrafo se extendía también a la determinación de «dos grupos homogéneos de evolución sincrónica y correlativa y a poner de relieve las contradicciones y las supervivencias inhibitorias».

George reaccionó contra la excesiva atención que los geógrafos franceses ponían tradicionalmente en el desarrollo histórico. Para él la pervivencia de rasgos heredados del pasado debería más bien explicarse como resultado de un determinado tipo de organización económica, en el marco de cada formación social concreta. Sin duda, en ello su obra supone una aportación original en la geografía francesa dominada por una concepción historicista.

De todas maneras, conviene no olvidar que, a pesar de que en algunos enfoques George se separa de esa geografía clásica francesa, en lo esencial ha mantenido siempre las posiciones teóricas fundamentales de ésta. En muchos aspectos su figura es equivalente a la de un Pierre Vilar en el campo de la historia. Al igual que éste ha podido conciliar sus pensamientos marxistas con una persistente defensa de la síntesis y de la historia total, que se liga a las posiciones de la «escuela de los Annales», también George introdujo en la geografía francesa unos enfoques marxistas —versión 1945— sin cuestionar en lo fundamental la concepción historicista y antipositivista dominante igualmente en la geografía francesa desde comienzos de siglo. Sus defensas de la síntesis geográfica, de la necesidad de que el geógrafo penetre en la complejidad de las situaciones, con la consiguiente pretensión de exhaustividad en el trabajo geográfico, sus prevenciones ante los métodos cuantitativos y sus llamadas de atención ante las extrapolaciones y las generalizaciones matemáticas, así como muchos otros rasgos básicos de la geografía regional francesa de base historicista, han sido repetidos por él una y otra vez y aparecen, incluso, en una tardía obra suya sobre *Los métodos de la geografía* (1973). No

es extraño por ello que haya valorado también insistentemente la importancia de las explicaciones históricas, como muestra esta frase suya: «toda ciencia humana de lo actual está llamada, cuando pasa de la descripción a la búsqueda de explicaciones, a convertirse en histórica»; o esta otra: «la geografía es el resultado y la prolongación de la historia».

La formación marxista, junto con la influencia de Pierre George, explica las posiciones adoptadas, de forma sistemática o episódica, por los discípulos de éste, como B. Kayser, R. Dugrand, M. Rochefort, Y. Lacoste y otros. En todos ellos, por otra parte, la aceptación de la primacía de lo económico va unida, como en el maestro, a una amplia atención a los fenómenos sociales, al estudio del hombre productor y su acción de organizador del espacio. En la explicación de los fenómenos de distribución y actividades de la población el antiguo determinismo físico desaparece completamente ante el reconocimiento del peso esencial de los factores económicos, de la estructura socioeconómica en un sentido más amplio.

Al magisterio de George se unió desde la década de los años 1950 la influencia creciente de las obras de los economistas franceses, cada vez más interesados por la dimensión espacial de los hechos económicos, por evolución autónoma y por influencia también de la *Regional Science* norteamericana. El papel de R. Boudeville, de F. Perroux, y de los numerosos economistas ligados, de una u otra forma, a la elaboración de los planes de desarrollo, es bien patente. La influencia de esos autores es, sobre todo, neta en la modificación de las ideas tradicionales sobre la región mantenidas desde principios de siglo por la escuela geográfica francesa. La defensa de la región funcional realizada por E. Juilliard en su conocido artículo de 1962 puede servir de ejemplo del profundo cambio experimentado en las concepciones regionales. La aportación de la escuela de George fue también, en este sentido, importante, ya que fueron discípulos suyos, y sobre todo B. Kayser, M. Rochefort y R. Dugrand, los primeros que se adentraron

por este nuevo camino, emprendiendo la realización de tesis sobre la organización urbana de los espacios regionales.

Las modificaciones introducidas por todos estos cambios explican las nuevas vías por las que se adentró la geografía francesa tras la segunda guerra mundial. Nuevos temas de estudio, como el papel de la ordenación del espacio, los distintos aspectos de la organización de las regiones industriales o el papel de las relaciones económicas en la estructura del paisaje agrario, proceden de ello.

Las reticencias ante estos desarrollos en la geografía francesa no fueron pocas. La oposición de muchos geógrafos tradicionales a las ideas de George y sus discípulos fue grande, y las discusiones habidas entre unos y otros llenaron todo un capítulo de la historia de la geografía francesa en el decenio 1950 y parte del de 1960. La actitud ante la aparición de ciertas obras no es menos significativa, y en concreto la publicación de las tesis de Jean Labasse sobre los capitales y la región (1955) o la de Paul Claval sobre la geografía de los mercados (1963), dio lugar a algunos comentarios adversos en las revistas de geografía francesa de la época. Sin embargo, poco a poco, en la década de los 60 se fue aceptando desde posiciones teóricas e ideológicas bien diversas la primacía de lo económico en la organización del espacio, tanto a nivel regional como nacional o internacional. La incidencia de los factores económicos en dicha organización espacial pudo plantearse sin referencia específica al paisaje, o bien todavía dentro de una perspectiva más o menos tradicional, como un «análisis científico de los distintos modos de evolución controlada de los paisajes», según pretendió Jean Labasse en su obra sobre *L'organisation de l'espace* (1966).

La necesidad sentida por los geógrafos de adquirir una sólida formación económica se reflejó en la aparición de cursos de economía como materia optativa u obligatoria, en algunos Institutos de Geografía, y en la publicación de obras de «economía para geógrafos», como la que realizaron E. Dalmaso, R. Guglielmo y M. Rochefort (1969), destinada a

los estudiantes de geografía a su entrada en la Facultad, con el fin de facilitar algunos elementos sobre los mecanismos económicos que rigen las actividades humanas, considerando que dichos mecanismos constituyen uno de los factores básicos de explicación de las formas de organización espacial. Esto representaba, de alguna manera, un cambio significativo hacia una mayor atención a las teorías económicas en la investigación geográfica. Con ello la escuela francesa se situaba en la línea de una evolución que se había producido ya desde unos años antes en otros países.

#### 4. *El impacto de las teorías económicas*

La gran novedad en el desarrollo de la geografía económica procedió de la mayor atención concedida a las teorías económicas por parte de los geógrafos, hecho que se produjo en algunos países ya a partir de los años 1930.

Diversas circunstancias estimularon este desarrollo. Algunas de carácter «interno», como las dudas ante la validez de los métodos descriptivos y empíricos hasta entonces utilizados, que hizo volverse a algunos geógrafos hacia las teorías y métodos deductivos usados en el campo de la economía. En la escuela alemana, un reflejo temprano de esta necesidad sentida es sin duda la obra de Christaller (1933) en la que el autor emplea —según sus mismas palabras— «exclusivamente el método económico, incluyendo en él consideraciones sociológicas, así como métodos matemáticos objetivos»; también lo es la atención que L. Waibel dedicó en sus estudios de geografía agraria a modelos procedentes de la economía, como el modelo de Von Thünen. En Estados Unidos también a partir de los años 1930 se empezaron a conocer las teorías de la localización industrial que Alfred Weber había elaborado desde 1909, gracias sobre todo a la traducción de una de sus obras realizada por J. Friedrich en 1928. El eco de estas ideas se deja sentir en las obras de los geógrafos norteamericanos desde esos

años, coincidiendo, además, con la publicación de la revista «Economic Geography» por el Departamento de Geografía de la Universidad de Clark, en Worcester, desde 1925, y con la influencia de los trabajos de Homer Hoyt en la geografía urbana norteamericana. Pero fue después de la segunda guerra mundial cuando este cambio de actitud empezó a dar sus frutos, estimulado, además, por la llegada de científicos sociales alemanes que huían del nazismo. La labor de Waibel en Wisconsin, el conocimiento de la obra de Christaller, difundida en Estados Unidos por E. Ullman, el cual parece que la conoció por intermedio del economista Lösch, y la difusión de los trabajos de los economistas Tord Palander (1935), E. M. Hoover (1937) y August Lösch (1944), contribuyeron a acentuar un movimiento que, poco después, influiría considerablemente en el nacimiento de la nueva geografía cuantitativa.

El movimiento hacia el cambio fue también ayudado por el descontento hacia los planteamientos tradicionales de las geografías económicas que, hemos visto, acostumbraban a poner énfasis en la incidencia de los factores naturales sobre la actividad económica. En un trabajo de R. D. Buchanan sobre *The pastoral industries of New Zealand*, publicado en 1935 por el Institute of British Geographers y que es uno de los que se acostumbran a citar como pioneros en el desarrollo de la tendencia economicista dentro del mundo anglosajón, se encuentra ya una clara formulación de esta nueva actitud: «dicho brevemente —escribe el autor— en industrias organizadas sobre una base comercial, distinta a la pura subsistencia, las condiciones geográficas se expresan por sí mismas, si lo hacen de alguna manera, en términos económicos, especialmente monetarios; la naturaleza y extensión de las condiciones geográficas dependen de la naturaleza precisa de las condiciones económicas». Acabada la guerra mundial estas palabras adquirieron toda su repercusión en la demanda para introducir nuevos temas y enfoques en la geografía económica. Como escribió C. A. Fisher en 1948, si los economistas clásicos habían postulado la existencia de tres factores de la produc-

ción —la tierra, el trabajo y el capital— parecía ilógico que los geógrafos consideraran el primero en detalle, el segundo tímidamente y que el tercero no fuera considerado en absoluto. En consecuencia se imponía la necesidad de introducir temas nuevos como el origen de los capitales o el volumen y la dirección de las inversiones. Para el geógrafo tradicional esto podía no ser geografía, pero algunos empezaron a pensar que sin la consideración de estos aspectos la geografía económica era inútil e incomprensible, y que había que transitar urgentemente por lo que M. J. Wise (1956) denominó la «tierra de nadie» entre geografía y economía.

Todos estos cambios en las concepciones de la geografía económica fueron, sin duda, activados por la incidencia de factores «externos». En Gran Bretaña la colaboración, entre 1930 y 1940, de geógrafos y economistas en los comités para desarrollar las áreas deprimidas y la intervención en trabajos sobre utilización del suelo, especialmente por la dirección de L. Dudley Stamp en el *Land Use Survey*, tuvo una indudable incidencia para introducir nuevas ideas y preocupaciones en la geografía británica, al igual que ocurrió en Estados Unidos, donde las medidas que se adoptaron para resolver la crisis de 1929 tuvieron, asimismo, un claro impacto en el pensamiento geográfico.

Como resultado de todo ello, algunas tesis regionales destacaron la actividad económica como elemento organizador de la unidad regional. Más significativamente, esta actividad económica y sus efectos sobre la estructuración del espacio, se convirtió en objeto de atención específica de los geógrafos; la geografía económica del petróleo, del carbón o de la energía en general, la geografía del hierro y el acero, la actividad manufacturera o agrícola, el funcionamiento de los servicios, el comercio nacional o internacional, se convierten en tema de investigación tanto a escala mundial o continental como a escala de regiones o áreas urbanas concretas.

La evolución que venimos señalando no se limitó, desde luego, a los países anglosajones. Así, por ejemplo, en Italia

desde 1937 U. Toschi, interesado por los problemas de la actividad industrial y minera, además de por la morfología urbana, adoptó un punto de vista economicista. Desde 1941 se interesó por las teorías de la localización industrial de Weber, publicando en 1942 un volumen sobre esta cuestión y continuando posteriormente su aportación acerca de ella a través de trabajos publicados en los Anales de la Facultad de Economía y Comercio de Bari (sobre la localización de la industria en función de los transportes, 1941) y en el «Giornale degli Economisti» (sobre la localización industrial y la inercia, 1946). Toschi mantuvo siempre un amplio contacto con los economistas y no dudó en adoptar sus métodos y enfoques a la investigación geográfica, reflexionando también sobre la geografía económica y sobre las relaciones de ésta con la ciencia económica. En 1969 dio a luz su conocido tratado de geografía económica en el que resume ampliamente sus puntos de vista sobre este tema.

La existencia de cátedras de «Geografía económica» en las facultades italianas de Economía y Comercio, o de «Geografía política y económica» en las Facultades de Ciencias políticas, obligó a algunos geógrafos de ese país a incorporar teorías y métodos económicos en la enseñanza y en sus investigaciones geográficas. Entre ellos puede destacarse a Dino Gribaudi, fundador del Laboratorio de Geografía económica de la Universidad de Turín; a Carlos della Valle, que llegó a la geografía tras una larga experiencia como empresario industrial y que por ello cultivó ampliamente los temas industriales. Los geógrafos italianos reconocieron también tempranamente el valor económico del turismo, siendo en este sentido importante el trabajo realizado sobre ese tema por U. Toschi en 1947. Por otra parte, en lo que respecta a los problemas del comercio interior y los mercados, no dejaron de sufrir la influencia de los trabajos emprendidos desde antes de la guerra mundial por A. Tagliacarne.

Las reflexiones teóricas de los geógrafos italianos sobre la geografía económica, sin ser muy abundantes, no dejan de ser

interesantes. Varios de los autores anteriormente citados han escrito sobre este aspecto, y en particular Toschi y Gribaudi. Este último ha insistido repetidamente (Gribaudi 1951 y 1961) en que la geografía económica no es simplemente una geografía de la economía, sino que debe tener en cuenta las manifestaciones materiales a través de las cuales la actividad económica se incorpora a la superficie terrestre, aunque debería esforzarse por partir siempre de la economía: «la geografía económica general debería más bien acomodarse a la evolución de la doctrina económica y por ello tender a poner en evidencia los aspectos geográficos de los procesos económicos que resultan estudiados y configurados por la teoría» (Gribaudi, 1961).

El acercamiento al campo de la economía y a las teorías económicas vino también estimulado en los países europeos y en Norteamérica por la importancia que adquirieron después de la guerra los problemas del desarrollo y del subdesarrollo a nivel nacional e internacional, y por el prestigio de las aportaciones que hicieron los economistas a su estudio. Desde fines de la década de los 40 algunos geógrafos, como C. A. Fisher (1948) realizaron llamadas para desarrollar una geografía económica ligada a la geografía política, despierta al dinamismo de un mundo cambiante y atenta a los nuevos estudios que iban apareciendo en el campo de la economía acerca de la renta nacional y la «riqueza de las naciones». De todas formas, estas preocupaciones tardarían en difundirse en el seno de la comunidad y sólo fueron fuertes un decenio más tarde. D. E. Keeble ha hecho notar que entre los 250 artículos principales publicados entre 1955 y 1964 en la revista «Economic Geography» y entre los 242 de «Annals of the Association of American Geographers», sólo dieciséis, respectivamente, se referían a problemas de desarrollo económico, hecho que dicho autor relaciona con el peso del tradicional planteamiento de los problemas por parte de los geógrafos en términos de individualidad y singularidad de los diferentes países y áreas. Sólo desde el comienzo de los años 60, con trabajos como los



El geógrafo brasileño **Milton Santos** ha estudiado ampliamente los problemas sociales y económicos de los países subdesarrollados.

de Norton Ginsburg en Chicago (*Atlas of Economic development*, 1961) o los de Yves Lacoste en Francia, el tema del desarrollo económico encontró carta de naturaleza en la geografía.

Toda esta evolución dio lugar a una nueva actitud sobre las relaciones entre geografía y economía. A finales de los años 1950 el deslumbramiento de las teorías económicas entre los geógrafos anglosajones fue tan grande que algunos llamaron la atención sobre la necesidad de «una geografía económica más geográfica» (Luckermann, 1958). En general, fue grande la demanda para una mayor utilización de las teorías económicas en las investigaciones geográficas.

El reconocimiento de que «entre las ciencias de la economía y de la geografía ha existido durante mucho tiempo una sorprendente falta de contactos» y el deseo de mostrar «el modo en que los conceptos de la economía guardan una relación fundamental con todas las clases de estudios de los aspectos humanos de la geografía» condujo a la realización de obras como la que M. Chisholm (1966) dedicó a «explorar el marco conceptual de la economía y, a partir de aquí a mostrar la forma en que las ideas y la lógica de esta ciencia poseen una gran relevancia para los estudios geográficos». El libro pretende ser «una contribución al proceso de acercamiento entre la economía y la geografía» ya que «mientras resulta algo totalmente corriente que un geógrafo reciba alguna información geológica, cualquiera que sea su esfera particular de especialización, en el pasado no se ha desarrollado ninguna relación estrecha comparable con respecto a ninguna de las ciencias sociales, en particular con la economía».

### 5. *Ascenso y caída del Homo Oeconomicus*

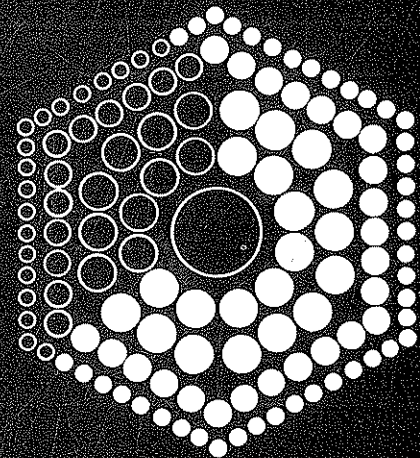
Los cambios que se habían ido introduciendo en la geografía económica desde los años 1930 conducían a una atención hacia temas nuevos, a un esfuerzo por aproximarse al campo

de la economía y a una aceptación de que son factores económicos, (precios, accesibilidad a los mercados, fuerza de trabajo, capitales disponibles, tarifas aduaneras, etc.) los que contribuyen de forma decisiva a explicar una serie de fenómenos en geografía humana, desde el poblamiento al paisaje agrario. Pero con ser esto mucho, no lo es todo. De mucha mayor trascendencia es el impacto que tuvo en el trabajo geográfico la amplia utilización de teorías y modelos abstractos procedentes de la economía, y el mismo uso de modelos en general.

Para valorar en toda su dimensión el significado de este último cambio, conviene recordar que la posición tradicional de la geografía, tal como se formuló durante la fase de dominio de las concepciones historicistas, se interesaba por la complejidad de los hechos, por la singularidad específica de cada situación, aceptando que la realidad ha de ser interpretada con una metodología inductiva que debía partir de las situaciones históricamente configuradas. Los geógrafos se interesaban por las regiones singulares en su misma singularidad, que era resultado necesario de una específica combinación de condiciones naturales y de una evolución histórica compleja: por el paisaje concreto, como expresión morfológica de dicha individualidad; por el hombre concreto en toda su variedad y diversidad real. El historiador Lucien Febvre actuando como vocero de la escuela geográfica francesa y de las ideas que se plasmarían en la llamada escuela de los «Annales», había rechazado en *La Tierra y la evolución humana* (1922) lo que él llama «la noción abstracta, confusa y no analizada del Hombre», con mayúscula. Ese hombre abstracto le parecía una noción sin interés para el geógrafo, y por ello creía absurdo y sin sentido el posible uso de un *Homo geographicus*, ya que consideraba «más que absurdo, verdaderamente peligroso dar un hermano tardío a ese *Homo oeconomicus* del que los economistas han tenido tanto trabajo para desprenderse en sus especulaciones».

Pues bien, frente a la opinión de Febvre, que refleja con gran precisión las ideas de la escuela regional francesa, de raíz

# EXCEPCIONALISMO EN GEOGRAFIA FRED K. SCHAEFER



DEPARTAMENTO DE GEOGRAFIA DE  
LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

La publicación de la obra de Fred K. Schaefer en 1953 tuvo una gran importancia en el desarrollo de la geografía contemporánea, al facilitar un sólido apoyo teórico a la revolución cuantitativa. (Portada de la edición española de esta obra realizada en 1971).

historicista, será precisamente ese *Homo oeconomicus* el que se convertirá en el protagonista indiscutido de las teorías geográficas desarrolladas por los geógrafos cuantitativos de los años 50. Ese cambio no se produce solamente por influencia de la economía. Es también un nuevo ambiente intelectual, dominado por las concepciones neopositivistas, el que favorece este paso desde la complejidad real de las situaciones a los conceptos abstractos que, se piensa ahora, son los únicos que hacen posible la ciencia.

Ese *Homo oeconomicus* es el individuo que toma decisiones económicas actuando siempre de forma perfectamente racional de acuerdo con la lógica del sistema económico dominante, teniendo completa información sobre las opciones existentes y los factores relevantes para cualquier decisión, y tratando de optimizar los resultados de su actividad, en el sentido de maximizar los beneficios y minimizar los gastos. Naturalmente ni los economistas ni los geógrafos consideran que tal hombre exista realmente, pero estiman que con esta simplificación pueden formularse teorías generales que permiten luego entender el comportamiento económico real de los individuos. De manera semejante se utilizaron otros conceptos, tales como el de *llanura isotrópica*, en la que no existen líneas privilegiadas de movimiento, y que resulta útil para formular teorías espaciales, como la de Christaller, o el de *paisaje económico*. Este último no es el paisaje concreto, históricamente configurado, de los geógrafos tradicionales, sino el paisaje económico simplificado de un Von Thünen, o de un Lösch. Se trata de un espacio diferenciado y con actividades económicas localizadas, pero que está espacialmente ordenado, con un orden que es racionalmente comprensible a partir de ciertos principios, con una estructura que deriva de la producción, intercambio y consumo de bienes y servicios bajo las condiciones especificadas en la teoría.

El número de investigaciones concretas y de obras generales que, a partir de mediados de los 50, incorporaron estos conceptos simplificados como punto de partida para elaborar

## La geografía humana como geografía económica

«En muchos países existen, junto a la Geografía económica, otras disciplinas geográficas que estudian diversos aspectos de la vida de la sociedad humana: geografía política, geografía urbana, demografía, geografía cultural y otras. En la URSS todas estas cuestiones están incluidas en la Geografía económica. Los fenómenos políticos examinados por el especialista en Geografía política representan, en último término, en su mayor parte el producto de condiciones económicas definidas. Al mismo tiempo, las condiciones políticas ejercen una inmensa influencia sobre la vida económica. Por ello las cuestiones de geografía política están íntimamente relacionadas con las de geografía económica y, en consecuencia, no hay suficiente motivo para separar la geografía política de la geografía económica.» (Konstantinov, O. A. *Economic geography*, en *Soviet Geography. Accomplishment and tasks* Nueva York, American Geographical Society, 1962, pág. 31).

modelos de la actividad económica es demasiado elevado para que podamos enumerarlos aquí. De hecho, coinciden con el desarrollo de la nueva geografía cuantitativa que alcanzó su máximo prestigio en el mundo anglosajón durante el decenio de los 60. El deseo de superar el estadio puramente descriptivo, o «cualitativo», en los estudios de geografía económica se tradujo en un esfuerzo para llegar a formulaciones de tipo «predictivo» o de «clasificación cuantitativa y comprobación de hipótesis», considerando a la geografía económica como una ciencia nomotética, en lugar de idiográfica. Al igual que los economistas, también los geógrafos se interesaron por la aplicación de la teoría general de los sistemas y por el estudio de los «sistemas económicos», de los que se han dado diferentes definiciones, y cuyos elementos han sido también caracterizados de distintas maneras, pero en los que ha sido corriente considerar la producción, consumo e intercambio como las actividades básicas, y la demanda como la fuerza que genera esas actividades (Cuadro 7). La consideración de los procesos de decisión y control, y la incorporación de una perspectiva dinámica, con la atención a los problemas del crecimiento y desarrollo, constituye una perspectiva más sugerente.

Desde los años 70, sin embargo, la crisis de la geografía cuantitativa supuso también la crisis de confianza en la validez de la noción del *Homo oeconomicus*. Se cuestionó la validez de esos modelos basados en unos supuestos totalmente alejados del funcionamiento real de la economía. Los geógrafos cayeron en la cuenta de que, ni la información de los agentes económicos es completa, ni su conocimiento de la racionalidad del sistema es total, ni los objetivos que se proponen son siempre los de maximizar los beneficios económicos. Al igual que en otros campos de la geografía, también aquí el desarrollo de los estudios sobre los hombres, las simplificaciones y errores que existen, y la influencia de las informaciones incompletas a la hora de tomar decisiones. Éstas se adoptan en relación con una visión particular y simplificada de la realidad y no en relación con la realidad objetiva. Citando a H. A.

Simon (*Models of Man*, 1957), los geógrafos gustaron de recordar que el comportamiento se realiza en función de una racionalidad cognitiva y limitada, más que de una racionalidad global, y constataron que la toma de decisiones se hace frecuentemente de acuerdo con una estrategia que trata de conseguir soluciones de satisfacción, más que con una estrategia de optimización. El trabajo de Julian Wolpert (1964) supuso una primera comparación —a la que siguieron otras muchas— entre las decisiones reales que toman los agentes económicos y aquéllas que cabría esperar si hubieran sido adoptadas con la racionalidad perfecta del Hombre Económico; el análisis de la productividad agrícola real y potencial en algunas comarcas suecas le llevó a la conclusión de que el campesino medio no alcanza una productividad óptima y que ello tiene que ver con los desfases en la difusión de información desde los grandes centros económicos, y con una estrategia de defensa frente a riesgos inciertos.

En esta misma línea, otras investigaciones fueron estudiando las desviaciones entre los comportamientos económicos esperados según un determinado modelo y los comportamientos reales dados, concluyendo sobre la importancia de las mismas. Por ese camino se vio la necesidad de desarrollar una geografía económica que incorporara la dimensión subjetiva y que fuera «más humana», que no solamente intentara discutir las opciones adoptadas en términos de la teoría de la decisión, sino que tuviera en cuenta también el carácter «falible» de las decisiones humanas. Y en esa dirección se vio igualmente la necesidad de profundizar las relaciones entre la geografía y la antropología económica. Paralelamente, la geografía social había sentido también la necesidad de incorporar la dimensión económica a sus investigaciones, ya que, por ejemplo, no se puede prescindir de la accesibilidad de los grupos sociales a recursos económicos que son escasos, o que están mal distribuidos, lo que conduce necesariamente a una preocupación por la producción y la distribución económica, así como por el control de las mismas y por las desigualdades sociales. El



resultado de todo este proceso es una insistente demanda para la integración de la geografía económica y de la geografía social, en un enfoque integrado socioeconómico. El desarrollo de una geografía marxista en la década de los 70 ha permitido abordar estas cuestiones desde una base teórica coherente.

## 6. Geografía vs. economía

Geografía y economía son dos ciencias de larga historia que coinciden en el tratamiento de ciertos temas, y ello no sólo a partir de la evolución reciente de la geografía económica. A pesar de lo cual sus relaciones no han sido fáciles y se han visto afectadas también por el desarrollo institucional de una y otra disciplina.

En los esfuerzos por delimitar los campos entre una y otra ciencia, los geógrafos han pretendido frecuentemente que, frente a las abstracciones de las teorías económicas, sólo la geografía trataría de la distribución concreta de las actividades económicas en la superficie terrestre; y que, frente a un exclusivo interés por los fenómenos económicos, por parte de aquéllas, ellos serían los únicos capaces de abordar adecuadamente el estudio de las interrelaciones con otros fenómenos físicos y humanos. Naturalmente, ni una ni otra pretensión es aceptada por los economistas.

La preocupación por los problemas espaciales y por la distribución espacial de la actividad económica aparece desde fecha bien temprana en el pensamiento económico europeo. Cuestiones tan esenciales al pensamiento económico de los siglos XVII y XVIII como son la riqueza de las naciones, las producciones de los estados, el potencial humano y otros similares, tenían, antes o después, una proyección espacial que había de ser tenida en cuenta por los tratadistas de la economía política, como lo fueron, efectivamente, por autores como Turgot, Condillac y otros.

La teoría de la localización se desarrolló, sin duda, prime-

ramente entre los economistas, que desde el siglo XVIII están preocupados por los problemas del mercado. Baste recordar que un capítulo de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith se titula de forma bien significativa «De la división del trabajo limitada por la extensión del mercado», y esto es ya claramente el planteamiento de los problemas espaciales y de localización. Un poco después, a principios del siglo XIX, los problemas de la organización espacial de la ciudad y el campo aparecen también planteados, de una forma más sistemática en la obra del economista alemán Von Thünen (1806). De todas maneras, tanto la ciencia económica como la geografía tardarían en incorporar plenamente estas vías que entonces se abrieron.

A pesar de que las geografías universales que se publicaron en los siglos XVIII y XIX reunían gran cantidad de informaciones económicas, para los economistas políticos de la época no existía ninguna necesidad apremiante de debatir los límites entre una y otra ciencia. En general, desde la perspectiva de la economía política, la ciencia que reunía y sistematizaba los datos económicos no era la geografía, sino la estadística. Era ésta la que ofrecía «los datos de que se aprovechaba el economista» para formar sus raciocinios y establecer sus juicios, como escribió Álvaro Flórez Estrada en su *Curso de Economía política*, (1828). Las pretensiones de la economía política eran, desde luego, ambiciosas: la «ciencia social por antonomasia», la denomina el economista español antes citado; ciencia experimental como la física, aunque sus efectos no sean tan generales, cuyo objeto sería «examinar las leyes que regulan la producción, la distribución, los cambios y el consumo de la riqueza». La reflexión del economista se basaba en los hechos desnudos de observaciones facilitadas por el estadístico, el cual —señala Flórez Estrada— «hace conocer, sin indicar las causas, la marcha progresiva y retrógrada de un país, en una duración determinada, su extensión, sus producciones, sus consumos, su población considerada bajo todos los aspectos, los recursos físicos que ofrece el suelo»; a partir de estos datos

el economista político descubriría las causas de esos fenómenos y los medios para producir consecuencias favorables y evitar las perjudiciales.

Efectivamente, el desarrollo de la estadística durante el siglo XVIII la había convertido en una ciencia ambiciosa, con pretensiones integradoras de todos los datos que se relacionaban con la vida social, en competencia creciente con la geografía. «El conocimiento profundo de la situación respectiva y comparativa de cada estado», había considerado Achenwall, a la estadística, el cual añadía que esta ciencia expresaba «todo lo que hay de efectivo en una sociedad política, en un país, en un lugar cualquiera». En el mismo sentido algunos economistas la calificaban de «Mapa político» y otros, como J. B. Say, de «Aritmética política». En el siglo XVIII sus pretensiones eran las de ocupar, junto con la historia, todo el campo descriptivo de las ciencias políticas o sociales: como escribió el principal discípulo alemán de Achenwall, la estadística sería una historia estacionaria, mientras que la historia sería una estadística continuada.

Sin duda, esta ambiciosa pretensión de elaborar una ciencia descriptiva exacta de todos los hechos humanos se convirtió en un proyecto inviable ya en el mismo siglo XVIII, debido al crecimiento de las informaciones. Durante el siglo XIX la estadística se convirtió por ello en una disciplina instrumental, de tratamiento matemático de los datos, al servicio de otras ciencias especializadas. Desde los trabajos de Quetelet, Meitzen y otros estadísticos, se fue desarrollando una concepción formalista de esa ciencia, como disciplina que facilitaba el tratamiento de los casos concretos, reuniendo las observaciones afines, con el fin de extraer de ellas las regularidades ocultas. Pero no por ello se perdió del todo una concepción de la estadística como ciencia de la vida social de los estados, y en concreto con referencia a la búsqueda de las leyes de la población y de la actividad económica. En particular, el frondoso desarrollo de una «estadística comercial» durante el XIX, permitió a los economistas disponer del arsenal de datos que

necesitaban para sus elaboraciones teóricas sobre los intercambios comerciales. La creación de oficinas de estadística en los diferentes estados europeos a partir de 1800 permitió contar con un gran número de datos sobre aspectos muy diversos de la vida social y económica, y desde 1853 los congresos internacionales de estadística, y más tarde el Instituto Internacional de Estadística, fundado en 1885, hicieron posible abordar el problema de la unificación de criterios de clasificación, con el fin de facilitar las comparaciones internacionales. Se comprende así que los economistas no necesitaran acudir a los tratados de geografía comercial o económica para la información básica que necesitaban.

Conviene, sin embargo, no desvalorizar completamente la aportación que suponía los esfuerzos que realizaban los geógrafos para presentar un panorama de la distribución de la actividad económica en esos decenios del siglo XIX en que la *economía política* se va convirtiendo en *economía* a secas y se dedica a la elaboración de teorías abstractas sobre la vida económica. Quizás sea cierto que, como pretende algún autor (Fisher, 1948), la geografía perdió en esos momentos la oportunidad de convertirse en un estudio de la riqueza de las naciones y de los desequilibrios internacionales, tarea que seguramente no podía desarrollar por las ideas dominantes en la disciplina.

El alejamiento entre geografía y economía se hizo grande, sin que bastaran para evitarlo los canales de comunicación que, como hemos visto, establecieron algunos geógrafos individuales. Durante el primer tercio del siglo XX el énfasis en la singularidad regional, en la morfología y en los aspectos culturales impidió que las investigaciones geográficas fueran de utilidad para los problemas que los economistas estaban debatiendo. Cuando después de la segunda guerra mundial se empezó a redescubrir en economía el tema de la riqueza de las naciones, a través de los estudios sobre la renta nacional y el desarrollo económico, los geógrafos tardaron en reaccionar y llegarían a esta problemática con dos decenios de retraso.

La aproximación entre geógrafos y economistas se produ-

ciría a partir de los años 1940 con el renovado interés que los segundos empezaron a tener hacia la dimensión espacial. Durante los primeros cuatro decenios del siglo los trabajos de Alfred Weber (1909), Tord Palander (1935) y August Lösch (1940) establecieron los fundamentos de una rama de la economía, la *economía espacial*, que adquiriría un espectacular desarrollo a partir de los años 50. En relación con ella las interrelaciones entre geógrafos y economistas tendrían mayor intensidad.

El estudio de la localización de la actividad económica fue abordado por los economistas en términos de proximidad, concentración, interdependencia, dispersión, efectos del transporte, competencia por el espacio, áreas de mercado, semejanza o diversidad de modelos de organización espacial. Dentro de la economía espacial la región se convirtió en un tema de atención preferente.

En efecto, por los años 1950 los economistas tomaron conciencia de que —en palabras de uno de ellos, Teitz— «si la región es ignorada se abandona una forma esencial en la que el hombre ha considerado subjetivamente su entorno». Los economistas se enfrentaron entonces con problemas semejantes a los que habían tenido los geógrafos en sus esfuerzos por definir y delimitar la región, así como la misma ciencia que estaban desarrollando.

De entrada, existieron dudas sobre si se trataba de una *economía regional* o de una *ciencia regional*. Algunos autores, incluso en el área de la economía, se negaron a aceptar la división del campo de los estudios regionales, considerado como un objeto indivisible. La ciencia regional combinaría los enfoques de la sociología, geografía, economía, demografía, antropología y otras disciplinas sociales, aplicándolos a un espacio concreto. Sin duda, esa ciencia regional así planteada, aunque se desarrolla ahora de forma autónoma a partir de la economía, constituye una renovación del viejo proyecto intelectual de los geógrafos.

Curiosamente, a la hora de debatir los problemas de deli-

mitación las argumentaciones se repiten de forma sorprendente. Así, el famoso y criticado «punto de vista geográfico», que serviría para identificar esta ciencia según algunos geógrafos, ha sido también utilizado cuando ha parecido oportuno por los economistas, que en algún caso han llegado a definir a su ciencia no por el objeto de estudio, sino por el «punto de vista», como hizo L. Robbins en 1932. Probablemente, las ambiciosas pretensiones de los economistas del primer tercio del siglo y la toma de conciencia sobre las numerosas superposiciones y solapamientos entre las distintas disciplinas sociales, así como la inclusión de la dimensión cultural y social en los estudios de economía, convertía en una tarea muy difícil la delimitación de campos, y conducía a la utilización de criterios identificadores como el del punto de vista, de raíz claramente corporativista.

La utilización del criterio «punto de vista» implica que no tiene sentido distinguir entre factores económicos y no económicos, y ésta fue también la posición de Robbins. Pero, comprensiblemente, para otros economistas eso suponía el peligro de pérdida de identidad de la economía en el tratamiento de los problemas regionales, y preferían por ello limitar el campo de esta ciencia al estudio de los problemas económicos de una región. Esto, a la altura de los años 1950, suponía problemas graves de separación entre lo económico y lo que no lo es, a no ser que se optara por una enumeración dogmática y corporativista de los problemas a estudiar.

No extraña, por ello, que la consideración del «punto de vista económico» aparezca también en algunas definiciones de la economía regional, la cual se convierte en «el estudio, desde un punto de vista económico, de las diferencias e interrelaciones de áreas en un universo de recursos desiguales e imperfectamente móviles» (Dubey, 1974). Cuál sea ese punto de vista no se especifica con claridad, ya que sólo se insiste en que la economía regional «estudia todos los problemas de la región desde un punto de vista particular».

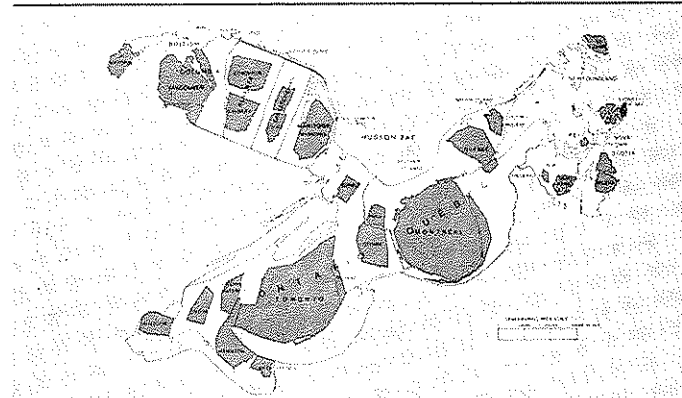
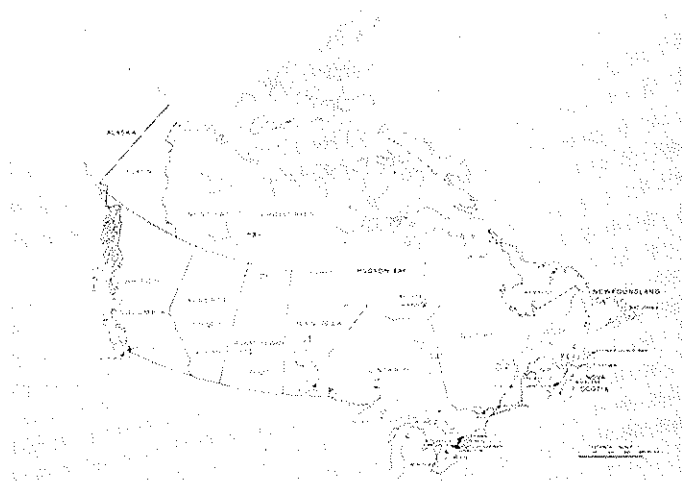
La justificación de esa definición y la misma justificación

última de la economía regional, deriva, según Dubey, de tres elementos únicos y fundamentales de la existencia humana. En primer lugar, el hecho de que las actividades humanas ocupan espacio y que entre ellas existe separación espacial; en segundo lugar, que los recursos, su producción y consumo no están homogéneamente distribuidos en el espacio, y cambian además con el tiempo; esta distribución desigual tiene que ver con la inmovilidad de los recursos, así como también con la tendencia a la concentración de la producción que es resultado de la actividad humana. Por último, los recursos son escasos y capaces de usos alternativos, por lo que existe un problema de asignación de recursos y de aumento de los escasos.

El interés de los economistas por estos problemas espaciales y regionales debía conducir necesariamente a una convergencia con las preocupaciones de los geógrafos. Desde luego el método de aproximación podía ser al principio bastante diferente, pero el desarrollo de la revolución en geografía y la misma influencia de la economía a que ya nos hemos referido en páginas atrás, aproximaron pronto los lenguajes y los enfoques.

Los economistas insistieron desde el primer momento en que el suyo iba a ser el lenguaje tradicional del análisis económico: «serán construidos modelos económicos de las normas espaciales de la actividad económica —escribió el economista Hugh O. Nourse en 1968— de manera que encajen dentro de los modelos tradicionales de la economía». Y añadía:

«No tratarán de ser exactas descripciones de la actual distribución geográfica de la actividad económica. Son modelos que indican las tendencias. Su importancia no se debe, por tanto, a que predicen dónde se situarán las actividades, sino a que aíslan las variables críticas causantes del cambio y predicen cómo cambiaría la distribución geográfica de la actividad económica cuando se produjeran cambios en dichas variables. Además, es



*La realización de transformaciones cartográficas ha sido un procedimiento usado por los geógrafos no sólo por razones pedagógicas, sino también para tareas investigadoras; por ejemplo, la transformación de un espacio heterogéneo en otro homogéneo. Esta técnica fue usada por Getis para comprobar la validez de teorías que, como la de los lugares centrales de Christaller, parten del supuesto de una llanura uniforme. La figura muestra, en la parte de arriba, un mapa convencional de Canadá según una proyección cónica de Lambert, con las principales áreas metropolitanas; en la parte inferior, un mapa isodemográfico, realizado por L. Skoda y C. Robertson en 1972, con la misma información pero transformando las unidades territoriales del mapa de acuerdo a su población.*

imposible interpretar la realidad sin teorías que nos indiquen el sentido de los hechos. Los hechos no tienen ningún sentido sin interpretación. Las teorías son necesarias para unir conjuntamente los hechos de forma que puedan ser interpretados.»

La búsqueda del «olvidado orden espacial» pasó a ser una tarea científica para geógrafos y economistas, aunque ha sido realizada, sin embargo, desde comunidades científicas que no por ello han abandonado sus pretensiones de independencia y especificidad. Curiosamente, la preocupación por la elaboración de teorías abstractas por parte de los geógrafos les ha conducido con alguna frecuencia a seguir un camino que se aleja cada vez más de las situaciones concretas existentes en la superficie terrestre, con lo que, paradójicamente, muchas de las críticas que antes se habían dirigido a la economía podrían hacerse ahora a los mismos trabajos de la geografía económica. El esfuerzo por acercarse a la economía ha conducido ya a la elaboración por parte de algunos geógrafos de manuales de «Economía geográfica» (O'Sullivan, 1981), en donde los problemas que se abordan son de carácter claramente económico, como puede ser la investigación de las circunstancias geográficas que gobiernan la economía de los recursos limitados o la determinación de los mejores lugares para producir e invertir. El resultado de todo ello puede ser la publicación de obras en las que la distinción entre geografía y economía es difícil, e incluso imposible, de establecer, y en los que la bibliografía utilizada incluye a partes iguales trabajos de una y otra procedencia. La discusión sobre las teorías de la localización, el estudio de la competencia por el espacio y las economías de aglomeración, el tratamiento de las facilidades de transporte y el movimiento comercial, la atención a los procesos de toma de decisiones, la inclusión de la dimensión temporal y la incorporación de la incertidumbre de costes, demanda y oferta son temas que aparecen hoy tratados tanto en las obras de economía espacial como en las de geografía económi-

ca. A no ser por el lugar de trabajo del autor y la profesión que declara tener, resulta con frecuencia difícil de determinar si se trata de obras de geografía o de economía.

Los problemas concretos abordados por una y otra ciencia son también estrechamente parecidos, tanto en los países capitalistas como en los socialistas. En un trabajo que el geógrafo soviético Y. G. Saushkin (1976) dedicó a debatir la posición de la geografía humana (o económica, en la terminología de los países socialistas) entre las disciplinas próximas, al plantear la relación con la economía regional, el autor realizó una enumeración de algunos problemas económicos a los que durante más de medio siglo habían venido prestando atención los geógrafos de todo el mundo. Dicha enumeración incluye: el desarrollo económico de territorios de varios tipos; la regionalización económica; la división geográfica del trabajo; el desarrollo económico integrado y la formación y crecimiento de los complejos territoriales de producción; la organización territorial de los distritos y nodos industriales; la organización territorial de los complejos agrícolas y agroindustriales; la regionalización agrícola y la organización territorial de las regiones agrícolas; la organización territorial de sistemas de ciudades; la evaluación económica y el uso de asociaciones territoriales y de tipos individuales de recursos naturales; la planificación regional; y los modelos econométricos de sistemas regionales y sobre la localización de las fuerzas productivas. Desde luego, el mismo Saushkin reconoce que una parte de esos problemas se han abordado en geografía por influencia de la economía y que el impacto de esta ciencia en la evolución de la disciplina ha sido enorme. Esta influencia ha sido tan importante que ha conducido, incluso, a una modificación de posiciones fundamentales fuertemente defendidas en el pasado. Así, frente a las pretensiones de algunos geógrafos que, explícita o implícitamente, aceptaban que la consideración de los problemas desde una perspectiva espacial era un rasgo específico de la geografía, hoy los geógrafos se han visto obligados a extraer las consecuencias pertinentes del fuerte

desarrollo de la economía espacial. Y así el mismo autor soviético antes citado reconoce en su artículo de 1976 que «el enfoque espacial (o regional) no puede ser la prerrogativa exclusiva de ninguna disciplina particular, al igual que el enfoque histórico es inherente a todas las ciencias sin excepción».

## Bibliografía

### Capítulo I

Para un panorama general de la evolución de la geografía pueden consultarse las siguientes obras:

- CAPEL, Horacio: *Geografía y Matemáticas en la España del siglo XVIII*, Barcelona, Oikos-Tau, 1982.
- CAPEL, Horacio: *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*, Barcelona, Barcanova, 1982.
- CAPEL, Horacio y URTEAGA, Luis: *Las nuevas geografías*, Madrid, Salvat Editores, Aula Abierta Salvat, 1982.
- CLAVAL, Paul: *Evolución de la geografía humana*, Barcelona, Oikos-Tau, 1974. La serie «Geo Crítica», publicada por la Cátedra de Geografía Humana de la Universidad de Barcelona (desde 1976, 6 números anuales) ha dedicado amplia atención a la teoría e historia de la geografía.

Los datos biográficos sobre geógrafos usados en esta obra proceden, en general, de alguna de estas fuentes:

- DICKINSON, Robert E.: *The makers of modern Geography*, [Londres], Routledge and Kegan Paul, 1969.
- DICKINSON, Robert E.: *Regional concept. The anglo-american leaders*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1976.
- FREEMAN, T. W.: *A Hundred Years of Geography*, Londres, Gerald Duckworth and Co., 1961.
- FREEMAN, T. W.; BUGHTON, M. y PINCHEMEL, Ph.: *Geographers. Bibliographical Studies*, Londres, Mansall, desde 1976, 8 vols.
- MEYNIER, André: *Histoire de la pensée géographique en France (1872-1960)*. París, 1969. (La cita a que se alude en el texto procede de la pág. 65).

La información sobre los Congresos Internacionales de Geografía, procede de:

- U.G.I.: *La Géographie à travers un siècle de Congrès Internationaux*, Union Géographique Internationale-Unesco, 1972.

El texto de Guthe se ha tomado de la 5ª edición de su obra realizada por H. Wagner:

WAGNER, Hermann: *Trattato di Geografia General*, Trad. ital. Turin, Fratelli Bocca, 1911, 3 vols.

Las citas sobre Mackinder y Herbertson proceden de:

GILBERT, E. W.: *Sir Halford Mackinder, 1861-1947. An appreciation of his life and Work*, Londres, The London School of Economics, 1961.

GILBERT, E. W.: *Andrew John Herbertson, 1865-1915. An appreciation of his life and work*, «*Geography*», vol. 50, n.º 4, 1965, págs. 313-331.

El texto de K. Mason ha sido citado a partir de:

SCARGILL, D. I.: *The Royal Geographical Society and the foundations of Geography at Oxford*, «*The Geographical Journal*», Londres, vol. 142, n.º 3, noviembre 1976, págs. 438-461.

También se alude en el texto al siguiente artículo:

MARTÍNEZ VAL, J. M.: *Panorama de la Geografía humana actual*, «*Estudios Geográficos*», Madrid, vol. 7, n.º 22, 1946, págs. 73-96.

La *Antropogeografía* de Ratzel puede ser considerada como el primer tratado de geografía humana; de ella existe una edición italiana publicada en Turín en 1914. Muy tempranos y clásicos son también los de Jean Brunhes (1910) y el inacabado de Paul Vidal de la Blache, publicado póstumamente en 1922. El número de manuales de nivel universitario fue aumentando desde el segundo decenio, y a través de ellos puede seguirse la evolución de la geografía humana en los diferentes países. Citaremos algunos de los que se han realizado hasta mediados de nuestro siglo. En Alemania los de Norbert Krebs (1931; ed. española, Labor, 1931) y Otto Maull (1931) y H. Hassinger (1937). En Francia, además de los ya citados y del de Albert Demangeon (1942), que no es propiamente un manual, destacan los de Maurice Le Lannou (1948), Max Sorre (1943-1952) y Max Derruau (1962; ed. española Vicens Vives, 1964) que, aunque tardío, refleja muy bien los presupuestos de la escuela clásica francesa. En Estados Unidos la obra de E. Huntington y L. W. Cushing (1921) representó un temprano esfuerzo sistematizador, que tuvo luego su continuidad en numerosos manuales y antologías. En Italia puede citarse el manual de Elio Migliorini (1947) y en Portugal los de A. de Amorin Girao (1936 y 1946). En España debe destacarse el olvidado texto de Leoncio Urabayen (*La Tierra Humanizada. La Geografía de los paisajes humanizados y la lucha del hombre por la conquista de la Naturaleza*, Madrid, Espasa Calpe, 1949) elaborado antes de la guerra civil y que supuso un interesante esfuerzo por elaborar una síntesis original de acuerdo con las tendencias dominantes en la geografía europea durante la década de los años 1930, y en particular las concepciones de Jean Brunhes.

## Capítulo II

Los trabajos de A. Tyler, A. R. Radcliffe-Brown, C. Lévi-Straus, F. Eggan, H. Conklin y W. H. R. Rivers, citados en el texto, se han reproducido en la antología de:

LLOBERA, J. R. (ed.): *La antropología como ciencia*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1975.

Entre las historias de la antropología que dedican atención a la obra de geógrafos hemos utilizado las siguientes:

LOWIE, L.: *Historia de la Etnología México*, Fondo de Cultura Económica. (1937).

MERCIER, P.: *Histoire de l'Antropologie*, París, 1971.

PENNIMAN, T. K.: *A Hundred Years of Anthropology*, Londres, Gerald Duckworth and Co., 1935; 2ª ed. 1952.

Puede ser interesante, asimismo, conocer la concepción de la geografía que tenía Franz Boas antes de convertirse en etnólogo profesional:

BOAS, Franz: *The study of Geography*. «*Science*», vol. 9, 1887, págs. 137-141. Reproducido en BOAS, Franz: *Race Language and Culture*, Nueva York, The Free Press, 1940.

Las referencias acerca de Fleure proceden de:

CAMPBELL, J. A.: *Some sources of the humanism of H. J. Fleure*, School of Geography, University of Oxford, Research papers n.º 2, junio 1972.

Las relaciones entre geografía y antropología han sido debatidas en repetidas ocasiones desde una y otra disciplina. Algunos ejemplos pueden ser:

DIAS, Antonio Jorge: *Orientaciones actuales de la Etnografía*, «*Estudios Geográficos*», Madrid, vol. IX, febrero 1948, págs. 53-67.

LEROI-DURHAM, A.: *Ethnologie et Géographie*, «*La Revue de Géographie Humaine et d'Ethnologie*», París, Gallimard, n.º 1, enero-marzo, 1948.

POKSHISHEVSKIY V. V.: *Interpretation between Geography and Ethnography*, «*Soviet Geography*», Nueva York, 1976, págs. 665-678.

Puede ser interesante asimismo conocer la concepción de la geografía que tenía Franz Boas antes de convertirse en etnólogo profesional:

BOAS, Franz: *The study of Geography*, «*Science*», vol. 9, 1887, págs. 137-141. Reproducido en Boas, Franz: *Race Language and Culture*, Nueva York, The Free Press, 1940.

Una representación de los conceptos básicos de la geografía cultural puede encontrarse en las obras siguientes:

CARTER, G.: *Man and the Land. A Cultural Geography*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1964.

ENGLISH, Paul Ward, y MAYFUELD, Robert C. (Eds.): *Man, Space and Environment. Concepts in contemporary Human Geography*. Nueva York. Oxford University Press, 1972.

GADE, Daniel W.: *L'optique culturelle dans la géographie américaine*. "Annales de Géographie", París, n.º 472, noviembre-diciembre 1976, págs. 672-693.

SPENCER J.E. y THOMAS, W.L.: *Cultural Geography*. Nueva York, John Wiley 1969.

WAGNER, Philip L. y MIKESSELL, Tarvin (Eds.) *Readings in cultural Geography*. The University of Chicago Press, 1962.

La obra de Carl O. Sauer, el fundador de la escuela de Berkeley, sigue encontrándose entre los mejores ejemplos de geografía cultural producidos dentro de la disciplina. Destacaremos concretamente dos libros, el primero de los cuales reúne una serie de artículos clásicos de este autor:

SAUER, C. O.: *Land and life. A selection from the writings of...*, Edited with and introduction, by John Leughty of California Press, 1965.

SAUER, C. O.: *The early Spanish Main*, University of California Press, 1967. (trad. cast., México, F.C.E.).

Véase también la obra de un antropólogo muy relacionado con Sauer: KROEBER, Alfred: *The Nature of Culture*, Chicago University Press, 1952.

### Capítulo III

La primera definición de la morfología social se formuló por Emile Durkheim en las páginas de «L'Année Sociologique» (1897-98, págs. 520-521). De este autor véase también:

DURKHEIM, Emile: *Les règles de la méthode sociologique*, París, 1895, Trad. cast. Madrid, Editorial Morata, 1975.

Otras definiciones citadas en el texto proceden de:

MAUSS, Marcel: *Obras*, vol. III, *Sociedad y ciencias sociales*, Barcelona, Barral Editores, 1972 (texto de 1927 en págs. 114 y 127-29).

HALBWACHS, Maurice: *Classes sociales et morphologie*, Presentation de Victor Karady, París, Les Editions de Minuit, 1972 (véase pág. 225).

Esta obra comprende diversos artículos del autor y constituye un buen muestrario de la metodología y los debates teóricos de la escuela de Durkheim. Incluye también una completa bibliografía de Halbwachs.

Una obra de gran trascendencia en el desarrollo del pensamiento geográfico y que abordó el problema de las relaciones entre geografía y morfología social es la siguiente:

FEBVRE, Lucien: *La Terre et l'évolution humaine. Introduction géographique à l'histoire* (con la colaboración de Lionel Bataillon), París, 1922. Reedición,

París, Editions Albin Michel, 1970 (existe traducción castellana, Barcelona 1925. Véase en particular el capítulo I, titulado «Morfología social o geografía humana»).

La perspectiva geográfica sobre la polémica en:

CLAVAL, P.: *La evolución de la geografía humana*, op. cit. en cap. I.

BUTTNER, Anna: *Sociedad y medio en la tradición geográfica francesa*, Trad. cast., Barcelona, Oikos-Tau, 1980.

ANDREWS, Howard F.: *The Durkheimians and human geography. Some contextual problems in the sociology of knowledge*, «Institute of British Geographers. Transactions, New Series», vol. 9, n.º 3, 1984, págs. 315-336.

La obra aludida de G. P. Marsh es ésta:

MARSH, George Perkins: *Man and Nature; or Physical Geography as modified by Human Action*, Nueva York, 1864, Edited with an introduction by David Lowenthal, Cambridge, Mass., The Balknap Press of Harvard University Press, 1960, XXIX pág. 427.

Sobre la ontografía de Davis véanse los textos de este autor reunidos en la antología de:

CHORLEY, Richard J., BECKINSALE, R. P. y DUNN, A. J.: *The History of Land forms or the development of Geomorphology*. Volumen II, *The life and work of William Morris Davis*, Londres, Methuen and Co. 1973.

Un estudio más general es el siguiente:

FUCHS, Gerhard: *Das Konzept der Oecologie in der Amerikanischen Geographie*, «Erdkunde», Bonn, vol. 21, n.º 2, 1967.

El artículo de Harlan H. BARROWS (*Geography as Human Ecology*, «Annals of the Association of American Geographers», vol. 13, 1923, págs. 1-14) ha sido traducido en la antología de:

GÓMEZ MENDOZA, Josefina, MUÑOZ, Julio y ORTEGA, Nicolás: *El pensamiento geográfico*, Madrid, Alianza Universidad, 1982.

La reacción favorable al artículo de Barrows aparece por ejemplo en: WHITE, C. Langdon y RENNER, George T.: *Geography. An introduction to Human Ecology*, Nueva York, 1936.

Los trabajos clásicos de la ecología humana de Park (1936), E. Burgess (1926), R. D. McKenzie (1926) y otros han sido reunidos en la antología de:

THEODORSON, G. A.: *Estudios de Ecología humana*, Barcelona, Editorial Labor, 1974, 2 vols.

El análisis del proyecto intelectual de Park, en sus relaciones con la geografía, ha sido realizado por:



ENTRIKIN, J. Nichols: *Robert Park's Human Ecology in the context of Geographic ideas*, «Annals of the Association of American Geographers», vol. 70, marzo 1980, págs. 45-58.

Las definiciones de ecología humana de los cuadros 1 y 2 están tomadas de:

OGBURN, William F. y NIMKOF, Meyer F.: *Sociología*, Madrid, Aguilar, 1961 pág. 369.

QUINN, James: en FAIRCHILD, H. P. (Eds.) *Diccionario de sociología*, 1944.

BOUGHEY, Arthur S.: *Man and the environment. An introduction to Human Ecology and evolution*, Nueva York, Mac Millan, 1971, pág. 1.

HAWLEY, Amos H.: *Human Ecology*, Nueva York, 1950. Trad. cast., Madrid, Tecnos, 2ª ed. 1966, págs. 83-84.

TERÁN, Manuel de: *Geografía humana y Sociología. Geografía Social*, «Estudios Geográficos», Madrid, vol. 25, 1964, págs. 441-466.

El problema de las relaciones geografía-sociología, visto por un sociólogo:

SCHNORE, Leo F.: *Geography and Human Ecology*, «Economic Geography», 1961, págs. 206-217.

La tradición de la geografía como ecología humana se refleja, además de en los trabajos citados en el texto, en las siguientes obras:

EYRE, S. R. y JONES, G. R. J.: *Geography as Human Ecology, Methodology by Example*, Londres, Edward Arnold, 1966.

ACKERMANN, Edward: *Las fronteras de la investigación geográfica* (1963), «Geo-Crítica», n.º 3, mayo 1976.

Sobre los orígenes de la geografía social véase:

DUNBAR, G. S.: *Some early occurrences of the term «Social Geography»*, «Scottish Geographical Magazine», vol. 93, n.º 1, 1977, págs. 15-20.

HOKE, G. W. *The study of Social Geography*, «Geographical Journals», vol. 2, n.º 1, 1907, págs. 64-67.

DEMOLINS, E.: *Les grandes routes des peuples. Essai de géographie sociale. Comment le route crée le type social*, Paris, Firmin Didot, 1901.

VALLAUX, Camille: *Géographie sociale; la mer, populations maritimes, migrations, peches, commerce, domination de la mer*, Paris 1908.

VALLAUX, Camille: *Géographie sociale: le sol et l'Etat*, Paris, 1911. Trad. cast., Madrid, Daniel Jorro, 1914.

GUTIÉRREZ SOBRAL, J.: *Geografía social. Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el día 21 de marzo de 1915*, Madrid, Imprenta del Patronato de Huérfanos e Intervención Militares, 1915.

Recientemente el Prof. Alberto Luis ha realizado valiosos estudios sobre la evolución de la geografía social, en general, y de la geografía social alemana, en particular. Véase en concreto:

LUIS GÓMEZ, Alberto: *La geografía humana, ¿de ciencia de los lugares a ciencia social?*, «Geo Crítica», n.º 48, noviembre 1983, pág. 51.

LUIS GÓMEZ, Alberto: *Geografía social y geografía del paisaje*, «Geo Crítica», n.º 49, enero 1984, pág. 34.

El mismo autor ha realizado una meritoria labor de traducción y análisis de obras clásicas de la geografía social alemana. A él se deben concretamente la traducción de los siguientes trabajos:

RUPPERT, Karl y SCHAFER, Franz: *Acerca de la concepción de la geografía social*, (1969), «Geo Crítica», n.º 21, mayo 1979, pág. 25.

WIRTH, Eugen: *La geografía social alemana en su concepción teórica y en su relación con la sociología y la «Geographie des Menschen»*, «Geo Crítica», n.º 22, julio 1979, pág. 31.

BAHRENBERG, Gerhard: *De la Antropogeografía a la investigación regional. Un balance intermedio*, «Geo Crítica», n.º 24, noviembre 1979, pág. 16.

Véase asimismo:

HADJU, J. G. *Towards a definition of Post-war German Social Geography*, «Annals of the Association of American Geographers», vol. 58, 1968; y la réplica del mismo autor a unos comentarios a dicho artículo en «A.A.A.G.» vol. 59, 169 págs. 598-599.

La autobiografía de Bobek citada en el texto aparece en la siguiente obra:

BUTTNER, Anne: *The practice of Geography*, Londres y Nueva York, Longman, 1983.

Un panorama general sobre la evolución de la geografía social francesa, con amplia bibliografía, puede encontrarse en:

HERIN, Robert: *Herencias y perspectivas en la geografía social francesa*; «Geo Crítica», n.º 41, septiembre 1982, pág. 38.

Además de ella, pueden verse estas dos obras, de donde están tomadas las definiciones que aparecen en el cuadro 3:

ROCHFORD, Renée: *Géographie sociale et sciences Humaines*, «Bulletin de l'Association des Géographes Français», Paris, n.º 314-315, 1963, págs. 18-32.

ROCHFORD, Renée: *Géographie sociale et environnement*, en *La pensée géographique française contemporaine. Mélanges offerts au professeur A. Meynier*, Saint Brieuc, Presses Universitaires de Bretagne, 1972, págs. 395-405.

CLAVAL, Paul: *Principes de géographie sociale*, Paris, M-Th Génin, 1973.

CLAVAL, Paul: *Principes de géographie humaine*, Paris, M-Th Génin, 1976.

Una valiosa aportación reciente a la geografía social francesa es la de:

FREMONT, A. HERIN, R. CHEVALIER, J. y RENARD, J.: *Géographie sociale*, Paris, Masson, 1984.

En la geografía anglosajona las reticencias ante el paso creciente de lo social aparecen en:

WOOLDRIDGE, S. W.: *On taking the «Ge» out of Geography*, «Geography», vol. 34, 1949, págs. 9-18.

WOOLDRIDGE, S. W.: *Geography and «Social Studies» in Schools*, «Geography» vol. 35, 1950, págs. 181-185.

Una perspectiva poco habitual es la que presentan:

GILBERT, E. W. y STEEL, R.N.: *Social Geography and its place in colonial Studies*, «Geographical Journal», vol. 105, 1946.

Los trabajos de Pahl aludidos en el texto son los siguientes:

PAHL, R. E.: *Urbs in rure. The Metropolitan Fringe in Hertfordshire*, London School of Economics, 1964.

PAHL, R. E.: *Trends in Social Geography*, En CHORLEY, R. J. y HAGGET, P.: *Frontiers in Geographical Teaching*, Londres, Methuen, 1965.

PAHL, R. E.: *Sociological Models and Geography* (1967), Trad. cast. en CHORLEY, R. E. y HAGGETT, P.: *La geografía y los modelos socioeconómicos*, Madrid, I.E.A.A. 1967, capítulo 3.

Una buena antología reciente sobre la geografía social anglosajona es la de:

JONES, Emrys (Ed.): *Readings in social geography*, Oxford University Press, 1975.

Una presentación de los debates sobre la incorporación de la teoría social en geografía, con amplia bibliografía, en:

EYLES, J. D.: *Social theory and social Geography*, «Progress in Geography» vol. 6, 1974, págs. 27-88.

Con el fin de no alargar indebidamente esta bibliografía, eludimos al citar aquí ejemplos de trabajos representativos acerca de los temas que hoy aborda la geografía social anglosajona. Recomendamos al lector que consulte con este fin el trabajo de J. D. Eyles, antes citado y las reseñas que bajo la rúbrica «Social Geography» se realizan en la revista «Progress in Human Geography», las cuales son realizadas generalmente por Brian T. Robson.

#### Capítulo IV

Sobre la geografía económica del siglo XVIII véase:

BROC, Numa: *La Géographie de Philosophes, Géographie et voyageurs françaises au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, Editions Ophrys, 1975.

CAPEL, Horario: *Los Diccionarios geográficos de la ilustración española*, «Geo Crítica», n.º 31, enero 1981.

Las informaciones sobre la relación de Mackinder con la London School of Economics proceden de los trabajos de E. W. Gilbert citados en cap. I. En las obras de Dickinson y de Freeman citadas en dicho capítulo pueden encontrarse asimismo, informaciones complementarias sobre la geografía económica británica de fines del siglo XIX y principios del XX.

La comunicación de Levasseur citada en el cuadro 4 puede leerse en las Actas del Congreso de Londres, y aparece ampliamente resumida en el trabajo de:

TORRES CAMPOS, Rafael: *La Geografía en 1895. Memoria sobre el VI Congreso Internacional de Ciencias Geográficas celebrado en Londres*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1896.

Ejemplos de obras de geografía económica con énfasis acusado en la influencia del medio natural son las siguientes:

BROWN, R. N. R.: *The Principles of Economic Geography* (1930), 5ª ed. Londres, Pitman, 1946.

HUNTINGTON, Elsworth: *Principles of Economic Geography*, Nueva York, John Wiley and Sons, 1947.

GREGOR, Howard E.: *Environment and economic life. An economic and social Geography*, Nueva York, 1963, Trad. cast., con el título *Geografía económica y social*, México, Cia. Editorial Continental, 1964.

Una obra en la que se declara que el geógrafo estudia las actividades económicas «desde el punto de vista de su relación con los factores físicos del medio natural» es la *Economic Geography* de C. E. Jones y G. C. Darkenwald (1941). Pero si se lee el prólogo de la primera edición —reproducido nuevamente en la 3ª edición corregida y aumentada (1965), de la que existe una traducción castellana en México, Fondo de Cultura Económica, 1971—, se comprueba que, desde luego, los geógrafos no desconocían del todo la trascendencia de otros factores. En efecto, a continuación de la frase que acabamos de citar, los autores escribían que el geógrafo no puede limitarse al medio físico: «si ha de llegar a comprender las ocupaciones de las diferentes regiones y pueblos debe tener conocimiento de los rasgos y las costumbres raciales, de las ventajas que representa un desarrollo temprano, de la disponibilidad de capital y mano de obra, de los conocimientos técnicos acumulados y de una administración capaz, de la estabilidad de los gobiernos, de las ayudas u obstáculos que los mismos interponen en forma de aranceles, subvenciones o esquemas de valoración, de la revolución tecnológica del siglo XX, con una automatización que crece rápidamente, y por último de la organización política y económica del mundo». No siempre, sin embargo, se pasaba de las declaraciones generales a la incorporación de estos aspectos en los estudios geográficos.

La obra de uno de los renovadores de la geografía económica alemana, A. Ruhl fue objeto de la atención en España por parte de los economistas, que tradujeron alguno de sus trabajos:

RUHL, Alfred: *Die Wirtschaftspsychologie des Spaniers*, «Zeitschrift Gesellschaft Erdkunde zu Berlin», n.º 3-4, 1929, págs. 81-115. Trad. cast. «Revista Nacional de Economía, n.º 16, 1923, págs. 13-49. Reeditado en «Economía Financiera», vol. VII, págs. 66-69.

Sobre la obra de Waibel y su influencia en Estados Unidos:

BROEK, Jan O. M.: *Leo Heinrich Waibel. An Appreciation*, «The Geographical Review», vol. 42, abril 1952, págs. 286-292.

Los textos citados en el cuadro 5 proceden de:

CARTER, William Herrison y DODGE, Richard, E.: *Economic Geography*, Nueva York, The Odyssey Press, 1939, págs. 4-8.

LUETGENS, Rudolf (Director): *La Tierra y la Economía mundial. Tratado general de Geografía económica*. Trad. cast. Barcelona, Omega, 1954, Vol. I, *Los fundamentos geográficos y los problemas de la vida económica*, pág. 5.

Las obras de geografía económica de Pierre George han sido ampliamente difundidas en español a través de las traducciones de Ariel, Omega, Península y Oikos-Tau de Barcelona, y Taurus de Madrid. Creemos innecesarias citarlas aquí. Nos limitaremos, por ello, a señalar las dos aludidas en el texto, en las que insiste en la importancia de las explicaciones históricas:

GEORGE, Pierre: *Geografía y Sociología*, Barcelona, Ediciones Península, 1969, pág. 49.

GEORGE, Pierre, GUGLIELMO, R., KAYSER, B. y LACOSTE, Y.: *Geografía activa*, Barcelona, Ariel, 1966, pág. 23.

La discusión con La Lannou sobre el concepto de geografía humana y el significado de los factores económicos se produjo en:

GEORGE, Pierre: *Réflexions sur la géographie humaine à propos du livre de M. La Lannou*, «Annales de Géographie», 1950, págs. 214-218.

La concepción ortodoxa soviética sobre la geografía económica como equivalente a geografía humana puede verse defendida en el trabajo de O.A. Konstantinov incluido en:

*Soviet Geography. Accomplishment and tasks*, Nueva York, American Geographical Society, 1962.

El artículo de E. Juillard en el que se propone por primera vez la noción de región funcional dentro de la geografía francesa, es éste:

JUILLARD, Etienne: *La région. Essai de définition*, «Annales de Géographie», vol. 71, 1962, págs. 117-129.

Las tesis de Labasse y de Claval aludidas en el texto son las siguientes:

LABASSE, Jean: *Les capitaux et la région*, París, 1955.

CLAVAL, Paul: *Géographie générale des marchés*, Cahiers de Géographie de Besançon, 1962; París, Les Belles Lettres, 1963.

Una obra de economía para geógrafos en la escuela francesa:

DALMASSO, E., GUGLIELMO, R. y ROCHEFORT, M.: *Eléments de science économique à l'usage des géographes*, París, Fernand Nathan, 1969, 2 vols.

Los trabajos económicos que tuvieron especial influencia en la geografía norteamericana fueron los siguientes:

WEBER, Alfred: *Ueber dem Standort der Industrien* (1909), trad. ingl. *Theory of the location of Industries*, University of Chicago Press, 1957.

HOOVER, Edgar Malone: *Location Theory and the Shoe and Leather Industries*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1937.

HOOVER, Edgar Malone: *The Location of Economic Activity*, Nueva York, MacGraw Hill, 1948, Trad. cast. México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

PALANDER, Tord: *Beiträge zur Standorttheorie*, Upsala, 1935.

OESCH, August: *Des räumliche Ordnung der Wirtschaft*, Jena (1944) Trad. ingl. *The Economics of Location*, New Haven, Yale University Press, 1954, trad. cast. Buenos Aires, Ateneo, 1951.

Dos revistas básicas en la renovación de los temas y métodos de la geografía económica, publicadas por un departamento de geografía y por otro de economía, son las siguientes:

—«Economic Geography», Clark University, Worcester, desde 1925, 4 n.º/año.

—«Land Economics», University of Wisconsin, Madison, desde 1924, 4 n.º/año.

Sobre la influencia de las ideas económicas en la nueva geografía norteamericana puede verse:

JOHNSTON, R. J.: *Geography and Geographers. Anglo-American Human Geography since 1945*, Londres, Edward Arnold, 1979.

En Gran Bretaña la obra de L. Dudley Stamp contribuyó a acercar a los geógrafos con los problemas de la utilización del suelo, a través de su intervención en la dirección de *Land use survey*. De este autor puede verse:

DUDLEY STAMP, L.: *Geografía aplicada*, Trad. cast. Buenos Aires, Eudeba, 1961.

Dos artículos influyentes en Gran Bretaña por sus análisis de la relación entre geografía y economía fueron:

STAMP, Josiah C.: *Geography and Economic Theory*, «Geography», vol. 22, 1937, págs. 1-14.

FISHER, C.A.: *Economic Geography in a changing world*, «Transactions and Papers. Institute of British Geographers», 1948, págs. 69-85.

Véase también:

WISE, M. J.: *Economic Geography and the location problem*, «Geographical Journal», vol. 122, 1956, págs. 98-100.

Una relación de las investigaciones anglosajonas de carácter económico en:

HOODER, B. W. y LEE, Roger: *Economic Geography*, Londres, Methuen and Co., 1974.

La evolución de la geografía económica italiana puede seguirse a través de las obras de dos geógrafos muy abiertos a los cambios que se iban produciendo:

TOSCHI, U.: *Indirizzi di geografia economica*, «Bolletino della Societa Geografica Italiana», Roma 1940, págs. 23-30.

TOSCHI, U.: *Concetto e compiti della Geografia economica*, en *Atti XIV Congresso Geografico Italiano*, Bolonia, 1947, págs. 229-238.

TOSCHI, U.: *La distribuzione geografica nella teoria economica*, «Bolletino della Societa Geografica Italiana», 1954, págs. 257-264.

TOSCHI, U.: *I fondamenti psicologici della Geografia umana*, «Rivista Geografica Italiana», Florencia, 1954, págs. 185-199.

TOSCHI, U.: *Geografia economica*, Turin UTET, 1959.

GRIBAUDI, Dino: *I moderni orientamenti della geografia antropica ed i loro riflessi nel campo della geografia economica*. «Bolletino della Societa Geografica Italiana», Roma, 1951, págs. 1-15.

GRIBAUDI, Dino: *Verso una geografia dell'economia pura*, «Rivista Geografica Italiana», Florencia, 1961, págs. 15-42.

El trabajo de D. E. Keeble en el que se alude a los artículos dedicados a temas de desarrollo económico se incluye en Chorley R. y Hagget, P. (*La geografía y los modelos socioeconómicos*, Madrid, IEAL, 1971, cap. 4).

La atención de estos temas fue desde luego escasa entre los geógrafos, a pesar de que desde 1953 existía en la Association of American Geographers un comité sobre desarrollo económico, dirigido por D. Black, con el fin de estimular dichos estudios. En 1958 la reunión de la A. of A. G. en Santa Mónica se dedicó a los aspectos geográficos del desarrollo económico, y ese mismo año se realizó un Seminario sobre el mismo tema en la Universidad de Chicago. Como resultado de ello aparecieron estos trabajos:

GINSBURG, Norton (Ed.) *Essays on Geography and Economic development*, The University of Chicago, 1960.

GINSBURG, Norton: *Atlas of Economic development*, The University of Chicago Press, 1961. Trad. cast. *Atlas del desarrollo económico*, Buenos Aires, Eudeba, 1965.

Poco después, en Francia, Yves Lacoste introducía por primera vez el tema en una revista geográfica de ese país, con un artículo que fue la base de sus posteriores obras sobre el subdesarrollo:

LACOSTE, Yves: *Le sous développement: quelques ouvrages significatifs parus depuis dix ans*, «Annales de Géographie», vol. 71, n.º 385-386, 1962, páginas 247-278.

La defensa de una geografía económica mas geográfica se hizo en 1958 por:

LUCKERMANN, F.: *Toward a more geographic economic geography*, «Professional Geographer», Washington, n.º 10, 1958, págs. 2-10.

La cita de Chisholm procede de:

CHISHOLM, Michael: *Geografía y economía*, Trad. cast., Barcelona, Oikos-Tau, 1969, (págs. 11-15).

La crítica de Febvre a la noción de *Homo oeconomicus*, se hizo en *La Terre et l'évolution humaine*, 1922, (op. cit. en cap. III), ed. 1970, pág. 163.

Sobre la utilización de las ideas de Von Thünen en geografía véase:

GARCIA RAMÓN, María Dolores: *Valor actual del modelo de Von Thünen y dos comprobaciones empíricas*, «Revista de Geografía», Barcelona, vol. X, 1976, págs. 11-13.

<sup>1</sup> Para otros conceptos de raíz económica (como el de «base económica urbana») usados en geografía, véase:

CAPEL, Horacio: *Estudios sobre el sistema urbano*, Ediciones de la Universidad de Barcelona, 1974, 2ª ed. 1982.

La cita sobre la definición de sistema económico en geografía procede de:

LLOYD, Peter E. y DICKEN, Peter: *Location in space: A theoretical approach to economic geography*, Nueva York, Harper and Row Publishers, 1972, páginas 1-2.

La atención a estos temas se desarrolló paralelamente entre los geógrafos de los países socialistas. Puede verse sobre ello, además de los artículos incluidos en la serie «Soviet Geography»:

IVANICKA, Koloman: *Specificity on analysis of social-economic systems in Geography*, en W. Peter Adams y F. M. Helleter; *International Geography*, 1972, The University of Toronto Press, 1977, págs. 605-606.

La obra de B. W. Hodder y Roger Lee (1974), citada anteriormente en este mismo capítulo, presta atención a los procesos de decisión y control e incorpora una perspectiva dinámica.

El trabajo de Wolpert sobre los procesos de decisión es éste:

WOLPERT, Julian: *The decision process in spatial context*, «Annals of the Association of American Geographers», vol. 54, 1964, págs. 537-558.

La llamada hacia una geografía económica «más humana» se hizo doblemente en el año 1969 desde las páginas de la revista «Economic Geography» en dos editoriales de geógrafos invitados:

PARSONS, J. J.: *Toward a more humane Geography*, «Economic Geography», vol. 45, n.º 3, 1969, (Guest Editorial).

VANCE, J. E.: *Moral rectitude among economic geographers*, «Economic Geography», vol. 45, n.º 4, 1969 (Guest Editorial).

Ejemplos de estudios en los que los planteamientos economicistas se reformulan incorporando las dimensiones subjetivas de los agentes económicos puede ser, además de la obra de P. E. Lloyd y P. Dicken antes citada (véase en concreto, el capítulo 8), las siguientes:

ELIOT HURST, M. E.: *An introduction to Geography of Economic Behaviour* Duxbury, Mass., 1972, (Del mismo autor puede ser interesante consultar *Whiter economic geography*, en W. P. Adams y F. M. Helleiner, *International Geography*, Toronto, 1972, págs. 546-548).

Estudios de la utilización del suelo agrícola en los que se incorporan enfoques comportamentistas son:

MORGAN, W. B.: *Geografía agrícola* (1971), Trad. cast. Barcelona, Omega, 1975.

Como una geografía económica con una base humanista y orientada hacia la antropología puede ser considerada la de:

CLAVAL, Paul: *Elements de Géographie économique*, París, M-Th. Génin, 1976.

Sobre las relaciones entre la geografía social y la geografía económica, véase el artículo de Eyles (1974) cit. en Cap. II.

Sobre el enfoque marxista que permite integrar la geografía económica y la geografía social, véase:

SÁNCHEZ, Joan-Eugeni: *La geografía y el espacio social del poder*, Barcelona, Los Libros de la Frontera, 1981.

Sobre el interés del pensamiento económico del siglo XVIII en los aspectos espaciales:

DOCKES, Pierre: *L'espace dans la pensée économique du XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, Flammarion, 1969.

Véase también:

PONSARD, Claude: *Histoire des théories économiques spatiales*, Rennes, Colin, 1958.

Puede ser igualmente de utilidad, por la bibliografía que facilita:

CLAVAL, Paul: *Chronique de Géographie économique, XIII: Les conceptions de l'espace économique*, «Revue Géographique de l'Est», 1979, n.º 1-2, páginas 135-154.

Las obras de Flórez Estrada (1828) han sido reeditadas recientemente a partir de la 3ª edición:

FLÓREZ ESTRADA: *Curso de Economía política*, Edición y estudio preliminar de Salvador Almenar, Introducción de Ernest Lluch, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1980, 2 vols.

La cita de Teitz sobre la importancia de la región en la ciencia económica así como la de Dubsey defendiendo la economía regional proceden de:

MCKEEN, David L.; DEAN, Robert D. y LEATHY, William H.: *Regional Economics Theory and Practice*, Nueva York, The Free Press, 1970.

La defensa del «punto de vista» económico para delimitar la economía fue efectuada por:

ROBBINS, L.: *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, Londres, MacMillan, 1932.

El texto del economista Nourse sobre la aplicación del análisis económico a la ciencia regional procede de:

NOURSE, O.: *Economía regional. Estudio de la estructura, estabilidad y desarrollo económico de las regiones*, Barcelona, Oikos-Tau, 1969.

Desde los años 1960 se hicieron esfuerzos para integrar a la geografía económica en el marco conceptual de la economía. Es lo que explícitamente defendieron, por ejemplo, B. W. Hodder y Roger Lee (1974) *op. cit.*

Un manual de economía geográfica es el de:

O'SULLIVAN: *Geographical Economics*, Worcester, MacMillan, 1981.

El punto de vista soviético sobre la relación entre la geografía económica y la economía regional en:

SAUSHKIN, Y. G.: *Economic Geography among the cognate disciplines*, «Soviet Geography», vol. 17, n.º 10, diciembre 1976, págs. 655-664.

# Índice

|      |   |     |
|------|---|-----|
| I.   | El nacimiento de la geografía humana . . . . .                        | 9   |
| 1.   | <i>La geografía como ciencia histórica y matemática</i> . . . . .     | 9   |
| 2.   | <i>El tardío desarrollo de la geografía humana</i> . . . . .          | 10  |
| 3.   | <i>Las reticencias ante la geografía humana</i> . . . . .             | 13  |
| 4.   | <i>El peso creciente de la geografía humana</i> . . . . .             | 19  |
| II.  | Geografía humana y antropología . . . . .                             | 23  |
| 1.   | <i>Dos disciplinas próximas</i> . . . . .                             | 23  |
| 2.   | <i>La geografía cultural</i> . . . . .                                | 33  |
| 3.   | <i>Los temas de la geografía cultural</i> . . . . .                   | 36  |
| III. | Geografía humana y sociología . . . . .                               | 42  |
| 1.   | <i>Los geógrafos y la morfología social</i> . . . . .                 | 43  |
| 2.   | <i>La sociografía</i> . . . . .                                       | 48  |
| 3.   | <i>La ecología humana</i> . . . . .                                   | 51  |
| 4.   | <i>La geografía como ecología humana</i> . . . . .                    | 60  |
| 5.   | <i>Los orígenes de la geografía social</i> . . . . .                  | 67  |
| 6.   | <i>La geografía social en Alemania</i> . . . . .                      | 70  |
| 7.   | <i>La geografía social en Francia</i> . . . . .                       | 73  |
| 8.   | <i>La geografía social en el mundo anglosajón</i> . . . . .           | 77  |
| IV.  | Geografía y economía . . . . .  | 83  |
| 1.   | <i>La geografía de la producción y el comercio</i> . . . . .          | 83  |
| 2.   | <i>Los paisajes económicos y el espíritu de los pueblos</i> . . . . . | 88  |
| 3.   | <i>La primacía de los factores económicos</i> . . . . .               | 93  |
| 4.   | <i>El impacto de las teorías económicas</i> . . . . .                 | 99  |
| 5.   | <i>Ascenso y caída del Homo Oeconomicus</i> . . . . .                 | 105 |
| 6.   | <i>Geografía vs. economía</i> . . . . .                               | 112 |
|      | Bibliografía . . . . .  | 123 |